

ELLA BROOKE & JESSICA BROOKE



LA
AMANTE
*Robada
del Feque*

La Amante Robada del Jeque

Autoras: Ella Brooke y Jessica Brooke

**Todos los derechos reservados.
Copyright 2015 Ella & Jessica Brooke**

[Haz clic aquí](#)

para suscribirte a nuestro boletín y conseguir actualizaciones **EXCLUSIVAS** sobre todas las ofertas, avances especiales y nuevos lanzamientos.

Índice

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

OTRA HISTORIA QUE DISFRUTARÁS
El Acuerdo del Jeque

Capítulo Uno

Amy Monroe sonrió al mirar la postal enviada por su hermana, Alexis. Aproximadamente dos años atrás, su hermana había sido secuestrada por el jeque Farzad Yassin y ahora era su jequesa. En la foto que le había enviado, estaban ella y su hijo, Farid, jugando en los vastos jardines de su palacio. Era una imagen adorable y aunque al principio Amy no se había sentido emocionada con el nuevo rumbo que había tomado la vida de su hermana, ahora estaba contenta. Este tipo de felicidad no se puede fingir y, además, Farid era realmente el niño más mono que nunca hubiera conocido. Una parte de ella estaba muy celosa de su hermana, que había encontrado a alguien, aunque hubiera sido prácticamente de la forma menos convencional posible. Y sí, una parte de Amy también se preocupaba porque Alexis prácticamente había arruinado su carrera de abogada por un romance, pero en todo el tiempo que habían vivido juntas, nunca había visto a su hermana sonreír tanto. Suspirando, dejó la postal y las fotos que la acompañaban y se dirigió a su armario.

Buscando torpemente en su interior, se puso el omnipresente conjunto de pantalones negros y camiseta y se pasó los dedos por su cabello negro, que llevaba corto y despuntado. No era su color natural y, en los últimos tiempos, se había sentido tentada de hacerse mechas de color azul medianoche o moradas. Trabajaba en una cafetería próxima al campus de la Universidad de Boston. Probablemente, esto le hacía sentirse más cerca de formar parte de la contracultura del campus. Poniéndose una diadema para sujetar su pelo corto hacia atrás, Amy cogió su bolso y corrió hacia la puerta.

Iba a ser una larga noche, puesto que tenía el último turno y la cafetería se cerraba a la una de la madrugada. Siendo un pequeño negocio familiar, se había hecho todo lo posible que Lem's pudiera obtener el permiso para vender alcohol. Puesto que podían convertir un café en café irlandés y tenía una lista habitual de bandas de garaje locales y bandas universitarias que tocaban allí, siempre abrían hasta tarde por la noche. Aun así, Amy lo prefería. Era horrible levantarse antes de que amaneciera, especialmente en los interminables inviernos de Boston.

Teóricamente, después de graduarse, había ido allí a intentar estudiar un Máster en Bellas Artes, en Escritura Creativa. Lo dejó poco después y se dio cuenta de que, a pesar de que tenía mucha ambición, ahora mismo lo único que parecía encajar con su actitud general y su hastío, era servir café con *muffins*. No era exactamente dónde había pensado que estaría a los veintitrés. Coño, fuera de bromas, teniendo en cuenta que dos amigas de su círculo más íntimo eran literalmente reinas de sus propios países, realmente parecía una vaga. No es que lo fuera exactamente, pero se sentía como si hubiera metido la pata, ya que no tenía ni idea de que se suponía que iba a hacer con su vida o, incluso, qué era lo que quería hacer.

Claramente, servir café mezclado con licor a compañeros de estudios borrachos no era lo que quería, pero era lo mejor que podía hacer por el momento.

Se acercaba el final de su turno. Era jueves, lo que significaba que no había bandas tocando (eran los especiales de las noches de los viernes y los sábados) y estaban al inicio del semestre. La gente no estaba lo bastante desesperada todavía para estar tecleando enérgicamente sus trabajos trimestrales con su sexta taza de café. Lo estarían. Coger un buen sitio cerca de una salida en Lem's, en época de finales podía convertirse en una competición sangrienta. Sin embargo era una noche tranquila y, excepto dos clientes habituales sentados en la parte de atrás leyendo novelas rusas del tamaño de un maldito sujeta-puertas, estaba sola por lo que se puso a fregar, restregando el fregadero y la máquina de capuchinos.

Al menos, había estado sola. Veinte minutos antes de la hora de cerrar, el hombre más guapo que nunca había visto entró en la cafetería. Era alto, medía más de un metro ochenta, de hombros anchos y tez morena, olivácea. Sus ojos eran un sorprendente y profundo tono verde jade y llevaba la barba muy recortada. El único de sus rasgos que podía "estropearle" era una cicatriz cerca de su ceja izquierda, pero, en realidad, estaba segura de que podría hacer volverse a cualquier chica entusiasta. Cuéntale la historia de la "herida de guerra" y acabará siendo incluso más encantador que al principio. Coño, si sólo sus ojos eran suficiente para que Amy se perdiera en ellos.

"¿Cómo puedo ayudarle?" preguntó ella.

"Dvar," dijo él, sonriendo y leyendo después su identificación. "Y tú eres Amy."

"Así que, ya sabemos que sabes leer, genial. Entonces, puedes elegir lo que necesites."

"¿Y qué pasa si lo que necesito eres tú?"

Ella se sonrojó y se le pusieron los ojos en blanco. No había tenido una cita desde hacía mucho tiempo. No era que no fuera atractiva. Francamente, desde que había sido patinadora artística (no muy buena, pero bueno) cuando era jovencita, siempre había estado pendiente de conservar su estilizada figura. Estaba delgada, pero también era bajita. Medía escasamente un metro cincuenta y cinco, si midiera cinco centímetros más, y era delgada y esbelta. Nunca había sido el tipo de mujer que dejaba a la gente con la boca abierta cuando entraba en una habitación. No tenía ese tipo de éxito. Sin embargo, la manera en que Dvar la estaba observando, bueno, parecía un hombre que se hubiera arrastrado por el desierto y hubiera encontrado un oasis.

Era abrumador, pero le gustaba, admitió para sí mientras se ponía el flequillo detrás de la oreja.

"Eso no está en el menú, pero tenemos un café moka explosivo y quedan unos pocos *brownies*. La gente adora nuestros *bagels* de brotes germinados."

Dvar soltó una risita. "¿En serio?"

"Cualquiera que sea un estudiante universitario tratando de ser vegano, macrobiótico o lo que sea, lo que no es tan raro."

"Creo que prefiero tomar algo con un poco más de sustancia", dijo, con su voz como un profundo ronroneo. "¿Qué tienes para mí?"

"Tenemos un magnífico capuchino mezclado con Bailey's. Te lo prepararé ahora mismo", dijo ella, ya hirviendo la leche.

Amy no pudo evitar sonrojarse bajo la mirada fija del hombre. En serio, había visto modelos de fotografía menos atractivos. ¿Sería ese su trabajo? Quizá era un modelo de Nueva York, que, vaya usted a saber por qué motivo, había decidido que era el momento de visitar Boston – porque., ¿a quién no le encantan las pilas y pilas de nieve y basura que nunca pueden recogerse? Dios mío, no es que lo use mucho, pero si tiene que volver a sacar su coche de la nieve una sola vez más, se volvería loca.

Dvar le sonrió cuando terminó de preparar su bebida. Después, se agachó a cogerla de su mano y fue obvio que se estaba tomando su tiempo deliberadamente, que no lo había hecho por error cuando sus dedos se cerraron sobre los de ella al coger la taza.

"Ha sido todo un placer que me sirviera una belleza como tú."

Amy se sonrojó de nuevo y se retiró el flequillo despuntado de los ojos. Dios mío, ahora desearía haber mantenido su pelo en su color castaño dorado natural y con algo que recordaba a los bucles. Coño, hacía mucho tiempo que no tenía a un hombre – y menos aún a uno tan abrasadoramente sexy – prestándole atención. No era como si siempre tuviera la sensación de tener el mejor cebo.

“Entonces, demuéstremelo con una buena propina. Una chica tiene que ganarse la vida.”

Él sonrió y fue una sonrisa de un megavatio como nunca había visto antes. De repente, parecía como si su teoría de que él trabajaba como modelo no fuera tan disparatada. Dvar sacó un billete de veinte del bolsillo de su chaqueta con su mano libre y lo dejó en el bote de las propinas. “Yo no me preocuparía por eso, Amy.”

“Gracias, pero por muy amable que seas, veinte dólares no van a alejar a los lobos de mi puerta durante mucho tiempo.”

El asintió con la cabeza y retrocedió, y ella quiso gimotear un poco por la pérdida de contacto y de proximidad física. “Entonces, ten cuidado con esos lobos. Nunca sabes cuándo vas a encontrarte con ellos.”

Con eso, el señor Alto, Oscuro y Delicioso había vuelto a salir por la puerta, dejando a Amy con su anodina vida. Suspirando, terminó de limpiar la cocina de atrás y cogió también el cubo de la fregona. Tenía mucho que fregar todavía.

En Boston hacía un frío terrible.

Obviamente, eso no era noticia. Estaban en mitad de la mayor y más potente ola de frío que la ciudad nunca hubiera conocido. Cada fin de semana parecía haber una nueva tormenta de nieve y todo el mundo hablaba del récord de nevadas y como, pronto, sería literalmente el invierno con más nieve registrado. Al notar que sus dientes castañeteaban al volver hacia su apartamento, Amy se ciñó más el abrigo al cuerpo. Se había dejado las condenadas orejeras en la cafetería y lamentaba haber cometido un error tan estúpido. Ya las sentía como dos cubitos de hielo y aún tenía que caminar, al menos, cuatro manzanas más. De todas formas, no es exactamente que lo estuviera pasando bien. Los montones de nieve le llegaban a las pantorrillas y se sentía como si se estuviera hundiendo, sin importar cómo de ligera y ágil tratara de ser con sus botas.

Puf, necesitaba vacaciones.

Bueno, su hermana se había ofrecido a organizar su visita y el sol del desierto tenía que ser mejor que la interminable aguanieve.

Sacudiendo la cabeza, sacó el móvil y empezó a marcar el largo código internacional que le permitiría hablar con Alexis. No había llegado muy lejos antes de oír unos pies que se arrastraban tras ella. Amy se volvió a mirar y frunció el ceño. Había unos cuatro tipos detrás de ella y todos ellos eran de tez morena. Algunos tenían barbas pobladas y frondosas, negras o incluso canosas, un poco parecidos a los hombres que había visto en la ceremonia de la boda de su hermana. Parecían estar un poco fuera de lugar.

Frunció el ceño, arrepentida y se movió hacia el lateral de la ocupada acera. “Lo siento. Estaba ocupando todo el espacio de la calle. No ha sido muy amable por mi parte. ¿Saben qué? Continúen y ya me preocuparé de llamar por teléfono más tarde.”

Los hombres no se movieron, solo la miraban fijamente como si fuera un filete gratis en un buffet.

Metiendo su teléfono en el bolsillo, Amy trató de tomárselo con calma. Asintió y volvió al centro de la acera. “Bien, entonces yo me moveré primero. De nuevo, siento haber ocupado todo el espacio, fue sin querer,” terminó, comenzando a caminar a un ritmo que era más rápido que antes, pero no era una realmente correr. Tenía miedo de que empezaran a perseguirla si se ponía a correr. Así fue, en cuanto ella comenzó a andar, ellos comenzaron a caminar detrás de ella, los pasos de los hombres sonaban regulares y comedidos detrás de los suyos propios.

Cuando pasó por delante de una peluquería con los cristales muy tintados, Amy temblaba por razones que nada tenían que ver con el frío. Los cuatro hombres estaban apenas a quince centímetros de ella y caminaban siguiendo sus pasos. Sujetando su bolso con más fuerza, decidió que tratar de ignorarlos no iba a ayudar. Claramente, querían algo de ella, ella estaba aterrorizada de pensar lo que eso podría significar exactamente. Podía adivinarlo y sin embargo, pensar en ello le revolvió el estómago. Sólo quedaban dos manzanas (muy nevadas) hasta su apartamento. Respirando profundamente y deseando lo mejor, comenzó a correr.

Le quemaban los pulmones y deseó que no fueran casi la una y media de la madrugada. Dios mío, cómo deseaba poder ser más rápida, no sentir que se resbalaba un poco más a cada paso que daba. En la primera manzana, los hombres siguieron pesadamente sus pasos, tan cerca que uno tiró de la correa de su bolso y le empujó, dejando que se rompiera, dejando que se llevara todo. Ya reemplazaría las condenadas tarjetas de crédito más tarde, siempre y cuando no se convirtiera en una víctima más en las estadísticas. La segunda manzana no fue tan fácil. Estaba cerca de su bloque de apartamentos cuando se resbaló en una gran placa de hielo.

Amy se estrelló duramente, vio las estrellas y el mareo ya llegaba a ella desde que su cabeza se golpeó contra el cemento.

Había cuatro pares de manos sobre ella y se retorció en su agarre, golpeando y gritando a cada intento de tocarla. No fue suficiente. El más alto de los hombres, de casi metro noventa y cinco, con una gran barba canosa, finalmente consiguió sujetarle los brazos a la espalda.

“¡Déjenme ir!” gritó. Arqueando el cuello, miró alrededor, pero la calle estaba vacía. “Déjenme ir y no se lo diré a nadie, se lo juro.”

El más alto sacudió la cabeza y le pasó algo oscuro, una especie de pasamontañas, por la cabeza y no pudo ver nada excepto el tejido negro. “No, señorita Monroe, eso no va a funcionar. Después de todo, necesitamos llevarle ante nuestro jefe a la nueva jequesa.”

Eso fue todo lo que supo porque después de palabras de tan mal agüero, algo afilado mordió su cabeza detrás de la oreja y todo fue oscuridad.

Capítulo Dos

El jeque Dvar Yassin de Jordania seguramente tenía cosas más importantes que hacer. Lo cual, en realidad, no era mentira. Sus primos, Farzad y Munir, ambos de naciones vecinas, estaban interesados en conseguir un frente organizado frente a los mercenarios y el ejército de Lebanon^[1], para, finalmente y de una vez por todas, conseguir pararlos a ellos y al populacho al que provocaban. Dvar no podía objetar nada a este plan. Después de todo, el país beligerante había creado en Jordania más problemas de los que le correspondían, especialmente tras su agresión a la frontera oriental. Estaban corrompiendo a los grupos insurrectos dentro de las propias fronteras de Jordania y estaban ocurriendo cosas horribles, atrocidades que nunca hubieran pensado que pudieran suceder en su reino. Había estado con sus primos en una larga cumbre, de tres días de duración la semana pasada. Parecía como si, en este punto, la guerra total fuera inevitable. Dvar solo esperaba que Estados Unidos se alineara con ellos. Después de todo, Emma, la esposa de su primo Munir, también era hija de un poderoso senador.

Nada podía ayudar porque los problemas estaban llegando a todas las tierras que gobernaba la dinastía Yassin y solo podía ponerse peor.

Pero no podía pasarse la vida encerrado en la sala de guerra, y confiaba en que sus primos fueran capaces de manejar todo el asunto durante una semana o más, el tiempo que necesitara para consolidar los asuntos que necesitaba poner en marcha. Era posible... bueno no era posible, era seguro, Dvar estaba rabiosamente celoso de sus primos. Ambos habían encontrado novias increíbles y seductoras al raptar mujeres americanas. Farzad parecía particularmente encantado con Alexis Monroe y, francamente, tras haber espiado a su bonita y menuda hermana en la celebración de la boda unos meses antes, Dvar podía ver por qué. La familia entera era más que notable.

Se había enamorado totalmente de la hermana pequeña, Amy, desde lejos.

Este era el motivo por el que se encontraba sentado a una mesa, en medio del patio principal de la Universidad de Boston, vigilando a la chica. Quería hacerse una idea de cómo era antes de llevarla con él a Jordania. Hasta el momento, podía decir que sobre todo se cuidaba a sí misma. Aunque había dejado la escuela de graduados, era muy probable que estuviera en el campus, sentada en el patio, viendo pasar a la gente, o no pocas veces encerrado en lo más profundo de la biblioteca. Era una intelectual. Al recordar su tinte y sus piercings – una verdadera jequesa no los llevaría – se sorprendió un poco. Era bastante regañona, cosa que él había podido oír por sí mismo en la boda. Amy no había medido sus palabras hablando con Farzad, especialmente respecto a los métodos de seducción de su primo. Sin embargo, su lado más tranquilo y amable había sorprendido y encantado a Dvar. Había algo en las personas observadoras que podía ser educado, que podía ser controlado y alentado para que llegara a ser el tipo de equilibrio y pensamiento cuidadoso por el que destaca una verdadera jequesa.

Ella se movió un poco y miró por encima de su hombro, y él levantó el periódico hasta su cara. Desde que empezó a vigilarla, algunas veces casi le había sorprendido haciéndolo, al casi verle mirarla fijamente. Amy era avispada además de estar pendiente de su entorno. Por supuesto, Dvar había servido y conducido su propio ejército durante varios años. Tampoco era fácil de sorprender.

“Maravilloso,” se dijo a sí mismo. “Lo hará espléndidamente.”

Hakim, su sirviente de más confianza, entró en la parte privada de su jet. El hombre mayor llevaba sujeto el paquete pequeño, colorido y blasfemante que Dvar había estado esperando. “Mi jeque, hemos puesto a salvo a la señorita Monroe, como pidió. Estamos ya en el aire y estaremos en Jordania en las próximas diez horas.”

Él sonrió y asintió en dirección a la chica. “Está bien, ahora déjanos”

“Es un poco problemática, mi señor.”

Se rio, realmente conmovido de que Hakim estuviera preocupado por él. Aunque si la fierecilla estuviera diciendo palabrotas sin parar y, francamente, tratando de golpear cualquier cosa que estuviera cerca de ella, apenas medía un metro cincuenta y probablemente pesaría unos cuarenta kilos chorreando agua. “Creo que podré manejarla.”

“Fue capaz de magullar a Asaad, señor.”

“Entonces, puede que ella disfrute con diferentes juegos,” dijo, asintiendo hacia Hakim. “Ahora, por favor, vete.”

Hakim titubeó un momento más antes de hacer una reverencia y volver a la parte principal del avión. El pasamontañas todavía cubría la cabeza de la chica y sus manos estaban atadas a su espalda con bridas. Dvar se aprovechó de la situación y cerró la puerta, asegurando la cerradura.

“Ahora,” dijo él, rodeándola y rozando su clavícula con la mano. Le habían quitado el abrigo antes de atarla. Por eso, lo que vio fue la misma camiseta negra que se ceñía incitante a sus bonitos pechos. Podía incluso sentir su piel, también, suave y cremosa. “Está a más de veinte mil pies de altitud. No puede escapar si quiere hacerlo y no le aconsejo que salga de esta habitación. Yo juego sucio, señorita Monroe.”

Ella jadeó y él pudo ver cómo se encogía incluso bajo la oscura capucha negra que llevaba. “¿Por qué me está haciendo esto?” Él se encogió de hombros y retiró la negra capucha que cubría su cara. Sus ojos, agudos, inteligentes y tan azules como el cristal tallado, se fijaron en él. Amy parpadeó algunas veces más, como si estuviera tratando de orientarse. “Te conozco, ¿verdad? En cualquier caso, no solo de la cafetería.”

El asintió. “Estabas muy enfadada con mi primo, Farzad, y con cómo había tratado a tu hermana, según tu percepción.”

Se volvió hacia él, y pudo ver el fuego que quemaba en aquellos inolvidables y profundos zafiros. “¿Qué tu qué? ¿Es que me estás gastando alguna broma rara? Yo no estoy metida en esa mierda de la princesa árabe. ¡Quiero irme a casa!” Se abalanzó contra él y trató de golpearle.

Dvar tenía que reconocerle el mérito, la chica era rápida. LA esquivó, justo por los pelos y giró para ponerse detrás de ella. Empujándola hacia la cama, la giró para que quedara de frente a él, sujetándola entre su cuerpo y el colchón.

“Bueno, esto no ha sido muy agradable, fierecilla.”

Ella se retorció debajo de él, pero él tenía unos cuarenta y cinco kilos de músculo encima de ella y no tenía ninguna esperanza de poder moverle. “¡Joder, quítate de encima!”

Él sonrió y besó su garganta dejando que su lengua se demorara, lamiendo el punto en el que se sentían los latidos de su corazón. “No, eso vendrá después, mi

jequesa. Aunque eso no quiere decir que no podamos divertirnos un poco aquí. ¿Nunca has querido unirme al Club de la Milla de Altura?”

Se quedó tan quieta como una estatua debajo de él. “Quiero irme a casa. No quiero ser reina como mi hermana y sin duda, no he firmado para esto.”

“No, no creo que lo hicieras,” dijo él. “Ahora, voy a levantarme y tú no te vas a mover de esta cama. Si lo haces, no van a gustarte las consecuencias.”

Ella asintió desde debajo de él. “No vas a hacerme daño, ¿verdad?”

“Hay algunos juegos que me gustan, fierecilla, pero nada de eso es relevante aquí o ahora. No te arrojaré de nuevo a una cama si tú no huyes o intentas pegarme otra vez. ¿Te parece un acuerdo justo? Seré civilizado mientras tú también lo seas.”

“¡No sé qué significa civilizado para ti en ese retrógrado y diabólico agujero del desierto del que vienes, pero para mí significa que no se secuestran mujeres que van del trabajo a casa y se les atan las manos!” dijo ella.

Él se puso de pie y le devolvió una sonrisa de suficiencia, mientras ella se ponía boca arriba. “Bueno, fierecilla, cada familia tiene sus costumbres. Los hombres Yassin saben lo que quieren. Vemos lo que deseamos y lo cogemos para nosotros. Definitivamente, tú eres algo que, sin más, deseaba tener desde el momento en el que puse mis ojos en ti.”

“Bueno, no puedo decir que el sentimiento sea mutuo, imbécil.”

Él se encogió de hombros. “Necesitamos encontrar cosas mejores que hacer con esa boca tuya, Amy.”

“Creo que tengo millones de cosas que puedo decirte. ¿Te he dicho que te vayas al infierno?”

Él se rio entre dientes. No le extrañaba que su primo estuviera embelesado por su hermana Alexis. Tenía mucho carácter, era muy intensa. Suponía un desafío mayor que ninguno planteado por cualquiera de las mujeres de su harem. Definitivamente, era una distracción que merecía la pena frente a las preocupaciones de la guerra y el caos. Dvar se rio profundamente otra vez y se inclinó sobre ella. No se dejó caer de nuevo en la cama o la aprisionó con su peso, simplemente se inclinó sobre ella para besarla en los labios.

Amy cerró fuertemente los labios y no se movió bajo él. Eso no podía quedarse así, no si él tenía algo que decir al respecto. Finalmente, estiró una mano y amasó su pecho. Lo notó suave y blando a su contacto, de forma natural. Era pequeña y delgada, pero él adoraba la sensación de tener su delicado pecho en la mano. Ya podía sentir como se endurecía el pezón a través del fino tejido de la camiseta y el sujetador.

Dvar pasó su pulgar sobre su pecho y ella se estremeció, el pezón se endureció instantáneamente debido a sus atenciones. Puso la boca en la oreja de ella. “No te plantees siquiera intentar mordirme.”

“No lo hacía,” dijo ella, pero su tono era débil y titubeante. Había pensado en ello. Una vez más, probaba que era una luchadora, una excelente cualidad par una jequesa, para una futura madre de la dinastía Yassin. “No me gusta esto.”

“Tu pezón se ha endurecido con mi contacto” dijo él, enfatizando sus palabras con un movimiento circular alrededor del pezón, disfrutando de cómo se sentía bajo sus esfuerzos. “Tu respiración se ha convertido en jadeos irregulares. Joder, hasta se te están dilatando las pupilas. Estás más excitada de lo que tú quisieras.” Enfatizó sus palabras besándola en los labios, dejando que sus dientes mordisquearan la suave carne. No la hizo sangrar, nada tan dramático como eso, pero disfrutaba la sensación de tener su labio, tan suave y vulnerable, entre los dientes.

Amy tomó aire bruscamente y se estremeció debajo de él. Sus párpados temblaban y ella lo evaluó, con los ojos entrecerrados y expresión hambrienta a pesar de su enfado.

Él sonrió de nuevo y la besó, bajando por su garganta y yendo hacia su clavícula. Le rozó el hombro con los dientes, disfrutando la forma en la que se estremecía al tocarla. Su mano todavía masajeaba su pecho y él no podía esperar para sentir su calor rodeando toda su longitud, sentirse en casa al hundir su carne dentro de ella. Pero para eso aún queda mucho tiempo, deja que te lo diga. Nada es divertido si lo coges todo desde el principio.

Después de todo, ¿la paciencia no es una virtud?

Aun así, quizá disfrutar un poco más de diversión no estaría mal. Besó sus labios una última vez e incluso permitió que su lengua invadiera la boca femenina, enroscándose con la de ella y luchando por dominar el beso. Incluso entonces, ella se retorció y luchaba debajo de él, como si ni siquiera un beso fuera algo que Amy rindiera gratuitamente. Dios, ella estaba tan motivada y era tan testaruda como él. Esto se iba a convertir en un duelo de voluntades que él no podía esperar a ganar. Al besarla, hundió su firme dureza en sus caderas, prometiéndole mucho más cuando llegaran a casa, a Jardania. Se puso de pie, sonriéndole. “Hasta pronto, fierecilla... ¿cuándo te volveré a ver?”

“¿Me dejarás ir, gilipollas egocéntrico?” exigió ella,

“No, tenemos que jugar, de verdad.”

Capítulo Tres

No había mucho que ella pudiera hacer para sentirse más cómoda. Al menos, ya no tenía puesta la capucha negra, que apestaba a aceite de pachuli, humo de cigarrillos y algo más. Amy apostaría que era sudor...pero, por Dios, ¿a cuántas víctimas o almas asustadas y secuestradas habían forzado a meterse en esa bolsa? Aun así, maniobró consigo misma para quedarse sentada, apoyada contra el cabecero de ébano.

¿Para un avión? ¿En serio? Claro que si eres un jeque y tienes billones de dólares, ¿por qué no malgastarlos?

Dejando salir un suspiro profundo y entrecortado, trató de no llorar. No era su estilo. Ella era mucho más de gritar a la gente, dejándoles clara su opinión sin parar. Coño, golpear en la ingle a ciertos jeques sabelotodo sonaba muy bien. Se quedó congelada, pensando en cómo se había pegado a ella, su dura extensión contra su núcleo. Amy se estremeció y se dijo a sí misma que no importaba lo que sintiera, que lo que importaba era que Dvar la había secuestrado, la había robado de su vida y que esperaría *ciertas cosas* de ella.

Y sin embargo, una parte de ella no estaba tan disgustada.

Estaba terriblemente aburrida y desanimada con su humilde vida en Boston.

Coño, se estaba congelando el maldito culo ahí fuera. Tal vez ella no pretendiera que la rescataran del invierno siendo secuestrada y enviada a Medio Oriente y al desierto abrasador, pero cualquier cosa probablemente sería mejor que la desolación que se había pegado a ella.

La sensación de su miembro pegado a ella, tan duro y preparado, la provocaba con su recuerdo, al igual que la sensación de su pulgar, delicado pero intenso en su pezón derecho. Dios, no podía mentirse a sí misma, no del todo, y no podía contarse a sí misma una bonita historia sobre la nula atracción que sentía por Dvar. Ella lo encontró increíblemente guapo desde el momento en el que entró en la cafetería, y su olor, la sensación del cuerpo de él presionando el suyo, todavía hacía bullir su sangre.

¿Qué diablos no iba bien en ella?

Naturalmente, esos pómulos alucinantes, los ojos verde jade y los anchos hombros hubieran hecho caer de rodillas a cualquier mujer heterosexual.

Esa era la parte que más la enfurecía de todo este lío. Todo lo que Dvar hubiera tenido que hacer era pedirselo y ella hubiera viajado con él, habría estado interesada en él. Ahora, ella se sentía como si él pensara en ella como en un juguete. Él la había conseguido y ahora esperaba que se comportara, obedeciera y fuera la perfecta jequesa.

Bueno, pues podía ir olvidándose.

No iba a inclinarse por nadie, ni siquiera por un hombre tan sexy y, por lo visto hasta el momento, con tanto talento como Dvar.

Mientras estaba allí sentada, sopesando las posibilidades que tenía de escapar si huía de ellos en la pista del aeropuerto, la puerta se abrió y ella se encogió. Delante de ella estaba el hombre alto de pelo canoso que más la había sujetado. Era Hakim, ¿verdad?

El hombre alto llevaba una bandeja cargada con cacahuets, unos sándwiches y un refresco. Él se inclinó un poco y dejó la bandeja en la cama, a su derecha. “Jequesa Amy, necesita comer.”

Ella puso los ojos en blanco y se inclinó hacia delante. “Tengo las manos un poco atadas a mi espalda, Hakim. Es Hakim, ¿verdad?”

Él se inclinó de nuevo. “Sí, mi jequesa. Ese es mi nombre. Bueno, entonces, aquí hay un pequeño problema. Yo no estoy autorizado a desatarla. Podría escapar, incluso aunque eso resultara inútil y estúpido al mismo tiempo.”

“Sí, entendido. No voy a despresurizar la cabina o algo así a más de veinte mil pies.”

“Y no sería muy adecuado para la jequesa hundir la cara en su comida,” dijo tímidamente, frunciendo el ceño. “Llamaré a mi señor. El podrá ayudarle a atender sus necesidades.”

Ella se ruborizó, pensando en la forma en la que él casi satisface sus necesidades unos minutos antes. “Por supuesto, no quiero pasar hambre. Quiero decir, no creo que lo esté, pero estoy sorprendentemente hambrienta, Hakim.”

Él sonrió. “Creo que le corresponde a Dvar ocuparse de ello.”

Antes de que ella pudiera oponerse, el hombre se había ido. La dejó parpadeando debido a la gran velocidad a la que salió de allí. Considerando que Hakim había sido enviado a capturarla, Amy se preguntó repentinamente si había una razón para que él estuviera a cargo de hacer los trabajos sucios para el jeque. Probablemente, era uno de los agentes mejor entrenados de Dvar, otro motivo por la que ella ni siquiera tenía la esperanza de escapar. Ni siquiera si podía soltar las apretadas ligaduras de sus muñecas y conseguía pasar una guardia de tres o cuatro enormes hombres desarmados, bueno, todos más que competentes. No era como si tuviera un paracaídas de repuesto o la urgencia suicida de sentir una caída en picado al océano desde una altura de varios cientos de pies (¿habría tiburones?).

Todo eso la dejaba con los brazos atados y una bandeja llena de sándwiches que no se podía comer. Ah, y un jeque más caliente que el infierno, pero que quería que ella estuviera a su completa disposición. Y de eso ni hablar. Hablando del rey de Roma, Dvar se coló de nuevo en la habitación. De nuevo, fue como si todo el aire se escapara de los pulmones de Amy. Nunca antes había visto a nadie tan guapo en persona: los marcados ángulos de su rostro y sus pómulos altos, los labios fruncidos, y, como siempre, esos ojos brillantes de jade que parecían ver y asimilar todo lo que ocurría a su alrededor. El jeque era observador por encima de todo, eso era algo que Amy podía sentir en los huesos.

“Tengo hambre,” dijo, levantando el mentón desafiante. Era un gesto inútil mientras estuviera atada, no podía hacer daño ni a un gatito, pero la hacía sentirse mejor. Nadie iba a tomarla sin luchar, no importaba que la pelea fuera con un par de golpes bien dados o puyas verbales. Ella no era una de las chicas del maldito harén.

Dvar asintió y se sentó al otro lado de la cama. La bandeja se tambaleó, pero nada de lo que había en ella se volcó debido al desplazamiento del peso. El jeque la sonrió y le pasó la mano por el pelo. Amy se quedó quieta pero, francamente, le gustaba demasiado su cercanía como para tratar de retirar la cabeza. Tampoco se sentía capaz de negarle el acceso. Al contrario, si le hacía enfadar, se pasaría las diez horas de vuelta a Oriente Medio con el estómago vacío y no había comido mucho durante

su turno, precisamente. En ese preciso momento, seguirle el juego parecía la mejor estrategia.

Sus grandes manos, extrañamente encallecidas – quizá no todos los jeques llevaban vidas fáciles y lujosas – acariciaron su cabello y después acariciaron su mejilla. Ella tembló con ese gesto y, probablemente, no fue su garganta la que emitió ese maullido. Coño, ella nunca había maullado en toda su maldita vida. Amy se negó a admitir que lo estaba haciendo en ese momento.

“Como ya he dicho, tengo hambre. Así que, oh gran y poderoso soberano, ¿qué vas a hacer al respecto?”

“¿Qué te gustaría que hiciera, fierecilla?”

“Tengo sed,” dijo.

Él sonrió ampliamente, ella estaba segura de que esa expresión había llevado a otras mujeres a caer de rodillas delante de él. Suplicando. El abrió el refresco de cola delante de él y bebió un trago largo. Amy se lamió los labios viendo su nuez de Adán moverse en su garganta. Demonios, era tan patética que incluso la visión de unas gotas del líquido ambarino que habían quedado goteando de su bigote y su barba hacían que estuviera aún más húmeda. Genial, todavía estaba asombrosamente sedienta, ahora de más de una forma.

Dvar se inclina y la besó. Fue un beso largo y lento, con más suavidad de la que ella nunca habría asumido que él fuera capaz. Sus anteriores acciones habían sido hambrientas y voraces, actos codiciosos que solo querían tomar y dominar. ¿Y ahora? Ahora, estaba casi bañando cariñosamente su lengua, abrazándola con la suya. Ella casi se rio por las cosquillas que le hacía con la barba. Su lengua y sus labios eran dulces, sabían al refresco de cola, y todavía estaban un poco fríos.

“¿Menos sedienta ahora?” preguntó, su sonrisa diabólicamente amplia.

Ella bufó. “No exactamente, Casanova. ¡En realidad, me gustaría beber un poco de refresco!” El asintió, tomó otro sorbo y se inclinó hacia ella. Amy vio por donde iba y le golpeó con el hombro. “Buen intento. Pero *tampoco* soy un pajarito en el nido.”

Él tragó y se encogió de hombros. “Pero eres mi prisionera. He jugado antes a estos juegos.”

“Um, eeehhh, esto no es un juego al que estaré jugando pronto, en cualquier momento, mientras tenga los brazos atados a la espalda,” señaló ella.

El asintió y abrió el otro refresco para ella, de forma que fuera su propia bebida. Decididamente, ella agradeció mucho ese favor. Él puso la lata en su boca y dejó que el líquido se deslizara por ella. Ella tragó vorazmente el refresco y, a pesar de sus esfuerzos, bañó su piel, haciendo que quedara azucarada y pegajosa. Aun así, hacía horas que no bebía nada y el líquido frío era todo lo que ella podía desear, apagando al menos uno de los tipos de sed que quemaban su cuerpo.

Dvar retiró la lata de refresco y la puso en la mesa, a su lado, junto a la otra lata. “Creo que has derramado un poco, fierecilla.”

“No puedo limpiarlo, precisamente,” dijo ella, sacando la lengua por la comisura de la boca y esperando que fuera suficiente.

Él se inclinó hacia delante y comenzó a ayudarla, lamiendo la comisura de su boca, la punta de su barbilla, incluso asegurándose de llegar al borde de su camiseta. Unas pocas gotas habían ido tan lejos como para llegar a su expuesta clavícula y Dvar acarició lánguidamente la piel con la lengua en ese punto. Ella se estiró lo mejor que pudo, lamentando todo el tiempo aquellas condenadas ataduras en sus manos. Repentinamente, ella tenía muchísimas ganas de tocarle, de sentir los duros músculos que ella apostaría que había bajo su traje – de otra forma, no le quedaría tan condenadamente bien – o su pelo, oscuro y grueso.

“¿Todavía estás sedienta?” preguntó él, por fin, y ella añoró el contacto entre su piel y la lengua de él, tan hábil y posiblemente demoniaca.

Ella sacudió la cabeza. “Pero aún estoy hambrienta. ¿Qué propone que hagamos al respecto, mi señor?”

Él entrecerró los ojos. “No lo digas así.”

“Oh, lo siento,” dijo ella. “Quiero decir, mi seeeñor. ¿Debería haberlo enfatizado más, amo?”

“Eres una insolente,” dijo él con tono bajo y peligroso. Tomó la barbilla de ella en su mano derecha, entre el índice y el pulgar. Ella fue consciente justo entonces de cuánto más grande era él que ella (lo que no era difícil) y cuánto más fuerte. Amy no podía mover la cabeza, ni siquiera un centímetro, no importaba la fuerza con la que lo intentara. “Ahora,” dijo Dvar. “Inténtalo otra vez. Pídemela comida con el respeto que *tu* jeque merece.”

“Mi jeque,” dijo ella, moviendo las pestañas con coquetería. “Me encantaría que me alimentara con cacahuets y sándwiches. ¿Sería posible? ¿Sería mucho problema?”

“Mejor, pero no del todo,” dijo él. “Pero tenemos tiempo para pulirte hasta que seas la reverente jequesa que necesitas ser.”

“¿Reverente? ¿Eso no es poner el carro delante de los bueyes?” preguntó ella.

“Jamás,” dijo, soltando su barbilla y cogiendo el sándwich.

Casi le olía a gloria de lo hambrienta que estaba, si no se equivocaba olía a mantequilla de cacahuete y miel. Dvar lo cogió en sus grandes manos y, realmente, dio la impresión de que la maldita cosa empujaba. Si no hubiera sabido que no era, habría asumido que era un mini-sándwich. Pero no lo era. Espontáneamente, Amy se sonrojó pensando cómo serían de grandes otras partes de su cuerpo. Desechó ese pensamiento. Su plan era sencillo: esperar a que aterrizaran, correr hacia el amanecer por la pista de aterrizaje y encontrar una forma de llamar a su hermana para que la ayudara.

Fácil, sencillo.

Entonces, ¿por qué estaba fantaseando con la idea de quedarse aquí y dejar que sus grandes manos y, ejem, *otras cosas*, hicieran lo que quisieran con ella?

Él se estiró e interrumpió sus pensamientos. Acercó la parte cortada del sándwich a sus labios y ella lo mordió y es posible que se lamiera los labios y gimiera un poco más de lo que resulta apropiado, solo un poquito. Seguro, el sándwich era bueno y la iba a ayudar a sofocar las llamas y el hambre que rugían en su interior, pero no era exactamente maná caído del cielo. Sin embargo, ella disfrutaba provocándole a su vez, tentándole. Ella podía verle moverse en su asiento, la silueta de su miembro dibujándose a través del tejido de su pantalón de vestir. Sus ojos estaban entrecerrados, mirándola con toda su atención, grandes pupilas rodeadas de círculos de jade.

“Ha sido increíble,” ronroneó, lamiéndose de nuevo los labios y riéndose por lo bajo de él, anticipándose exageradamente al siguiente bocado.

Dvar lo acercó a su boca de nuevo y ella mordió entusiasmada, dejando que sus dientes rozaran su dedo índice, sin morderle, no exactamente. “Cuidado, ferecilla.”

Ella tragó y se encogió de hombros. “¿Conoces la expresión americana “este gatito tiene zarpas”?”

“No, no me resulta familiar.”

“Bueno, pues te prometo que no solo tengo zarpas, sino también dientes bastante afilados. Es posible que todavía quieras ser amable conmigo.”

El asintió y le dio otro bocado. El primer sándwich ya iba por la mitad y ella no estaba segura de si se sentía aliviada o decepcionada. De todo lo que Amy estaba segura era de que la atención y los esfuerzos del jeque la confundían. En parte, estaba asustada y frustrada, solo quería irse a casa tan pronto como pudiera. Sin embargo, una parte más profunda y atávica de ella, algo primario y ajeno a su mente racional... bueno... estaba tan dolorosamente húmeda, deseando que él llevara la situación más lejos.

Le impactó darse cuenta de ello, pero, al mismo tiempo, la excitó.

Jesús, ¿qué le estaba pasando?

¿Había perdido completamente la condenada cabeza?

“¿Estás bien?” le preguntó él, con la preocupación tiñendo sus ojos color jade.

Ella le miró especulativamente. “¿Realmente te has preocupado en algún momento de mi incomodidad? Has mandado como cuatro tipos a secuestrarme, tengo las manos atadas y estoy asustada de lo que pasará si tengo que ir al baño.”

“Uno de los co-pilotos es una mujer, ella puede ayudarte.”

“Es un alivio,” dijo sarcásticamente. “Para ti soy solo una posesión y ambos lo sabemos.”

“Eres más que eso,” dijo él en voz baja, colocando de nuevo el sándwich en la bandeja y recogiendo todo para llevarlo a la parte principal del avión, fuera de su habitación privada. “Descansa esta vez, Amy. Cuanto más duermas, más rápido llegaremos a nuestro destino.”

“Y a mi esclavitud sexual... ¿no puedo esperar!”

Él frunció el ceño y giró la cabeza hacia ella. Dios, ¿el deseo era tan evidente en ella como en él? Era obvio que la deseaba. Diablos, si hasta un ciego podría verlo. ¿Él podría adivinar que, al menos, parte de su cuerpo traidor le deseaba también?

“Creo que me deseas más de lo que te quieres permitir, Amy. Ahora, que tengas dulces sueños.”

Ella puso los ojos en blanco después de que se cerrara la puerta e intentó ponerse cómoda en el colchón. Sus brazos parecían llenos de agujas y alfileres, como si un millón de incómodas hormigas la estuvieran mordiendo, debido a la falta de circulación. De todas formas, se encontró cayendo en un sueño intranquilo. No porque no dejara de tener pesadillas en las que la capturaban y la torturaban, Amy sabía que en su futuro no había nada tan drástico como barras o ahogamientos. No. En lugar de eso, soñó con penetrantes ojos de color jade que la miraban situándose entre sus muslos y con el anhelo que ardía en ellos.

Capítulo Cuatro

Se veían enormes pirámides por la ventana.

Se veían pirámides.

Su cerebro no lo estaba asimilando. Hacía menos de veinticuatro horas, estaba atrapada en el invierno más frío del que había registros en Boston y ahora, Amy estaba de pie en la suite real del hotel Mena House en El Cairo, Egipto, mirando por encima del campo de golf y directamente a esas fenomenales pirámides. El rey Tut, maldiciones y momias antiguas, sabes, ¿no? Sí, esas pirámides. Eran enormes, tan impresionantes que se sentía insignificante al estar cerca de ellas, como si nada de lo suyo importara al compararlo con algo que había durado eones. La habitación era asombrosa, también – un enorme cabecero de láminas de oro puro que eclipsaba incluso a la gigantesca cama, la rica alfombra oriental en tonos bronce y rojo y el antiguo mobiliario, tapizado con las más finas sedas. Le habían dicho que en el Mena House se alojaban celebridades y casas reales desde hacía generaciones.

Amy lo creyó.

Registrarse en el hotel había sido interesante.

Ella había querido huir desesperadamente desde el momento en el que la sacaron del avión. Para ser sinceros, lo había hecho, pero entonces Hakim – a quién ella había rebautizado como el jodido Flash^[2] – la había atrapado y empujado con más fuerza de la necesaria al interior de la limusina. Ella esperaba que aterrizarían en Jordania, para empezar de plano con el nuevo capítulo de su extraña vida, en el que se convertiría en reina de una tierra completamente extraña. La última cosa que había pensado que vería eran las señales indicando que había llegado a Egipto. Amy se preguntaba si alguno de los primos de Dvar estaría actualmente de visita en el reino de Jordania. Quizá su nuevo jeque no quería sufrir el escrutinio de su familia. Quizá él quería seducirla con unas vacaciones en lo más antiguo del Mundo Antiguo. O, demonios, quizá él solo quería divertirse un poco por su cuenta antes de volver a sus propias responsabilidades de gobierno. Amy no podía estar segura.

En el vestíbulo del Mena House, Hakim todavía la sujetaba con una pistola con silenciador enterrada discretamente en sus costillas. Habría sido a la vez suicida y estúpido pedir ayuda, así que Amy cerró el pico. Ahora era la pobrecita Julia Roberts en *Pretty Woman*, contemplando una ciudad que nunca había conocido, excepto en los libros de fotografías y con el lujo de la mejor suite del hotel amontonado a su alrededor.

No tenía palabras.

Dvar tampoco parecía tenerlas. Estaba de pie, a su lado, y había pasado un brazo por su hombro. Ella se tensó un poco ante el inesperado contacto, pero olía tan bien, a cúrcuma y a su propio almizcle, y no pudo evitar sentirse atraída por eso también. “Es bonito, ¿verdad?”

Ella asintió. “No tenía ni idea. Sabía que eran grandes, pero no pensé... ¿cómo iba a ser capaz de imaginarlo?”

“No puedes. Yo tenía siete años la primera vez que padre me trajo aquí en un viaje de negocios. Fue increíble.” Se volvió y la sonrió. “Siempre es increíble.”

Amy tragó saliva. Él era bastante más alto que ella, probablemente treinta y cinco o cuarenta centímetros más que ella. No era como si estuvieran mirándose a los ojos. Diablos, ella estaba mirándole a su fuerte y amplio pecho, pero él la estaba mirando con esos encantadores ojos verdes, y ella podía sentir que estaba cayendo de nuevo.

Se sacudió a sí misma. “Tengo que ducharme o algo. Estoy cubierta de sal de roca de Boston y arena de El Cairo y es bastante absurdo.”

“Tienen duchas”, dijo, ronroneando. “Haré que te traigan algo de ropa. Eres demasiado hermosa para seguir vestida como una barista.”

“¿Conoces la palabra?” preguntó, un poco sorprendida.

“He estudiado en Estados Unidos, en Harvard, durante un tiempo. No seas tonta. Además, ¿quién coño crees que inventó el café?” bromeó, dirigiéndose a la puerta. “A propósito, en caso de que estés tramando algo, la habitación está en un tercer piso y dudo que intentar hacer una cuerda con las sábanas de la cama te lleve muy lejos. Además, Hakim y Nasir hacen guardia a ambos lados de la puerta. El teléfono no funciona. He pedido en recepción que lo desconectaran porque no quería que me molestaran.”

Ella frunció el ceño. “¿Lo dices en serio?”

“Completamente, señorita Monroe. Eres mía ahora, y nunca te vas a escapar de mí – jamás,” dijo, cerrando la puerta de golpe tras él al salir al vestíbulo principal.

Amy suspiró y probó el teléfono, solo por si acaso. Hacía tiempo que le habían confiscado su teléfono móvil. Fiel a su palabra, el teléfono ni siquiera sonó, estaba completamente muerto, ni siquiera daba tono al descolgar. Yendo hacia el balcón, echó un vistazo. Incluso aunque hubiera sabido cómo anudar las sábanas de la cama para hacer una cuerda, seguiría estando demasiado alto. Además, tenía la política de no basar sus planes vitales en cosas que hubiera visto en los dibujos animados puesto que rara vez funcionaban, incluso para el querido y viejo Bugs Bunny.

Genial, hasta el momento sus brillantes planes o intentos de huida habían sido completamente limitados o habían supuesto un fracaso absoluto. Aún peor, ella no era MacGyver. Diablos, debería conformarse con ser su versión paródica, McGruber. Por el amor de Dios, si solo era una estudiante que había dejado los estudios de postgrado, trabajaba como barista y estaba permanentemente endeudada. No tenía ninguna esperanza de imaginar cómo escapar. No es que fuera una chica Bond, precisamente.

Encogiéndose de hombros para sí misma, cogió las esponjosas toallas blancas que habían preparado para ella y fue al baño. Era tan bonito como el resto de la habitación, con paredes de mármol y una doble ducha con chorros de vapor. Todo resplandecía, rematado por lo que parecían ser también hojas de oro, y asumió que estaba hecho solo para parecerlo porque otra cosa sería demasiado cara y excesiva, incluso para comenzar a plantearlo. Entrando en la ducha, abrió el agua casi hasta escaldarse y se quitó los mugrientos pantalones y la camiseta.

Cuando las primeras volutas de vapor empezaron a llenar la ducha, se metió en ella. Después de tanto tiempo atada, estar bajo el agua parecía el paraíso, las gotas calientes cayendo sobre sus entumecidos brazos, que aun hormigueaban. Tenía marcas, surcos y líneas rojas donde las improvisadas esposas habían mordido su piel. No habían llegado a cortarla y en unas horas más, tenía la esperanza de que nadie pudiera darse cuenta. Supuso que las cosas podían haber ido aun peor. Joder,

todavía estaba aterrizada de que las cosas hubieran ido *mucho* peor. ¿Cómo era eso de los sótanos del infierno?

Se imaginaba que ahí era donde ella estaba actualmente.

Pero en el infierno había bonitos accesorios, el hombre más sexy que hubiera visto jamás y duchas lujosas. Era mejor que las viejas ideas que tenía ella sobre tridentes y pies de cabra. Aquí no había lago de fuego, solo el ritmo constante de la ducha cuando el agua caía sobre ella, llevándose lejos el dolor y el miedo acumulados durante el día.

Amy suspiró y apoyó la cabeza en el mármol. Estaba frío, en contraste con el calor de su piel o el que se estaba acumulando en su interior. Dios, ¿qué se suponía que tenía que hacer? Se volvió para coger el dispensador de champú, entonces brincó hacia atrás. Dvar ya estaba allí.

En toda su gloriosa desnudez.

Debía haber entrado cuando ella había estado dejando que el agua se llevara toda la mugre de su cuerpo.

Ella se lamió los labios ante la vista. Incluso aunque su corazón latía salvajemente, incluso aunque alcanzó a cubrirse los pechos con los brazos y esconderle su desnudez, no podía quitarle los ojos de encima. Era mucho más grande de lo que ella nunca podía haber imaginado y se preguntaba cómo de ancho era. El traje escondía mucho de lo que había debajo. Tenía hombros anchos, una constitución que parecía hecha para el fútbol americano o como quiera que se llamara su equivalente en el extranjero. Se llamaba rugby, ¿no? Tenía una constitución muy poderosa, como si hubiera sido capaz de construir las condenadas pirámides que se veían por su ventana simplemente con sus manos. Su pecho estaba perfectamente cincelado, como el del David a partir del mármol. Ella tragó saliva con fuerza mientras el agua se deslizaba hacia abajo por su torso y corría en riachuelos por las líneas de sus abdominales, una perfecta tableta de chocolate, y se preguntó si el hombre vivía en el gimnasio.

¿No se suponía que los gobernantes tenían que estar ocupados?

Seguro que el cuerpo del presidente de los Estados Unidos no se parecía en nada a esto.

Hombre, podría ser que fuera una estrategia pensada para mantener a Jardania feliz. Puede que las mujeres ganaran una lotería de vez en cuando para degustar las delicias del jeque. Podría tener mucho más sentido que cualquier otra cosa que él hubiera hecho en las últimas veinticuatro horas. Decir que había caído a través del condenado agujero del conejo de *Alicia en el País de las Maravillas* era un eufemismo que no sería divertido nunca más.

Aún corría más abajo el agua, hacia el camino de vello que llevaba a los oscuros rizos sobre sus testículos. Su miembro surgía duro y apetecible de aquella mata de pelo delante de ella. Amy había tenido algunos amantes en la Universidad, pero nunca había visto un pene tan grande. El tamaño no era cómico ni pornográfico, pero el jeque no tenía nada de lo que avergonzarse, realmente. Eso podía explicar parte de su ...eeeemm... actitud prepotente.

“Yo...esto era privado,” dijo ella, encontrando finalmente su voz, aunque le sonó baja y metálica incluso en sus propios oídos.

“¿Lo era?” preguntó él, acercándose, lo bastante cerca como para que su miembro se moviera arriba y abajo y tocara el abdomen de ella. Ella se estremeció ante ese grado de intimidad, aunque no necesariamente la odió. “Necesitas aprender, fiercecilla, que *nada* es privado para mí – nunca más.” Se acercó aún más a ella, su miembro duro y caliente entre ellos incluso cuando él acarició su mejilla. “Eres mía.”

Dvar no estaba seguro de lo que estaba haciendo allí.

Su plan original había sido encontrar un atuendo adecuado para su nueva jequesa y darle algo de espacio para que pudiera digerir los acontecimientos del día. Después, recuperó rápidamente el sentido común. Él no necesitaba que Amy Monroe estuviera “de acuerdo” con nada. Aquí no había regateo, ni negociaciones. Él no era ni tonto ni sensiblero como sus primos. Él era el Rey y el Jefe de las Fuerzas Armadas de Jardania y tendría a Amy en cualquier momento que quisiera y, ahora mismo, la quería húmeda y arrodillada.

Así que envió a Hakim a por la ropa y volvió a la ducha. Amy estaba tan ajena a todo, inclinada sobre la pared de mármol y apretando la frente contra las frías baldosas. Adoraba mirar, era un placer infravalorado. Por supuesto, tomar lo que quería era una prioridad, pero puedes aprender mucho, especialmente sobre un amante, observando cuando las personas son realmente ellas mismas. Estaba retirándose los irregulares mechones de la frente. Ya le había ordenado que dejara crecer ese condenado desorden. No era lo bastante regia todavía, no tenía la apariencia de una jequesa. Él había visto la larga melena de su hermana, y sí, Amy estaría perfecta con una melena de cabello negro, oscuro, rizándose naturalmente bajo sus hombros. Sin embargo, el resto de ella era increíble – su diminuto cuerpo, sus pequeños pero atrevidos pechos con pezones rosa oscuro y sus largas y flexibles piernas.

El momento de mirar había pasado.

Entró a hurtadillas y se entretuvo al verla mirándole. Se preguntaba si estaría mojada por algo más que solo la ducha, si se sentía tan excitada sólo por verle como él se sentía por verla a ella. Respiraba trabajosamente y él estaba hipnotizado por los suaves montículos de sus pechos, por la forma en que subían y bajaban al jadear con cada respiración.

Ella era *suya* y, ya era hora de enseñárselo realmente.

Después de ese titubeante preámbulo, cruzó la distancia que los separaba y presionó su dureza contra ella.

Oh, sí, era momento de empezar de verdad.

“Así que, fiercecilla, ¿qué crees que voy a hacer contigo?” preguntó, presionando su vara contra la suave y tentadora carne de su abdomen. “¿Cómo piensas que voy a tomarte?”

Amy tragó saliva y sus ojos miraron a toda velocidad por la habitación, y él se preguntó si estaba sopesando las probabilidades de poder escapar.

Él la alcanzó y sujetó sus manos detrás de ella, contra el frío mármol de la ducha. “No puedes alejarte, no esta vez. Lo controlo todo, y solo te he preguntado qué creías que iba a pasar. ¿Follaremos como animales? ¿Te tomaré como decís en América “a estilo perrito”? ¿Alguna vez has tenido sexo anal? ¿Debería hacerte pasar por una experiencia completamente nueva de esa forma?”

Él sonrió burlonamente. “Eres tan pequeña que quizá simplemente te levantaré y dejaré que me montes, tus piernas alrededor de mi cintura mientras me

zambullo en tu interior. ¿Qué quieres, Amy? ¿Qué necesitas?”

Ella forcejeó ante su agarre, pero él simplemente apretó los dedos alrededor de sus muñecas. Probablemente apretaba lo bastante fuerte como para dejarle moretones, pero no le importó. Necesitaba hacer esto, necesitaba que ella entendiera y aceptara el papel de jequesa y la primera regla es que ella *siempre* debía estar disponible para su jeque. Ella viviría para atender en el momento *sus* necesidades y las de nadie más.

No ahora.

Nunca más.

“Quiero que me dejes ir”.

“No, fierecilla,” dijo él, su erección frotándose contra ella. “No quieres.”

Él maniobró un poco, de forma que la sujetó ambas muñecas con una sola mano. Pasó los dedos de su mano derecha despacio por encima de su pecho, por la hondonada de su estómago y por la suave mata de rizos oscuros en el vértice de sus muslos. Eran tan delicados, casi como plumón. Él se preguntó que otras sorprendentes suavidades le esperaban al explorar a su fierecilla.

Movió con cuidado los dedos entre sus muslos, probando. Ella apretó los muslos en un primer momento y le fulminó con la mirada, sus ojos azules, tan parecidos a glaciares, mirándole fijamente y rebelándose fieramente. Simplemente, se apretó más contra ella, dejando que su dureza hablara por él.

“Déjame entrar, fierecilla. Es mucho más fácil de esa forma.”

“Yo...”

Él separó sus muslos y sintió humedad allí abajo, sintió su humedad empapando sus dedos y supo que no había maldita forma de que *toda* la humedad se debiera al agua de la ducha. Oh sí, ella estaba tan excitada como él. ¡Joder!, teniendo en cuenta como jadeaba al intentar respirar, Amy estaba más que dispuesta para lo que iba a ocurrir. Pasó los dedos sobre ella con habilidad y después también por encima de los suaves pliegues de su núcleo. Parecía terciopelo bajo sus manos, tan increíblemente suave y tierno.

Amy se estremeció y por un momento, dio la impresión de que sus piernas dejaban de sostenerla. Sólo las enormes manos de Dvar sujetándola la mantenían en pie para que no cayera delante de él. Eso vendría después. Tenía mucho tiempo para tenerla de rodillas, su lengua pícaro y juguetona lamiendo la cabeza de su miembro. ¿Ahora? Ahora solo quería sentirla y después hacerla gritar de placer, haciéndola olvidarse totalmente de América.

“Estás tan húmeda y preparada, fierecilla. ¿Para qué estás lista?”

Ella seguía fulminándole con la mirada, pero parte de ella parecía estar lo suficientemente espabilada para entender lo que él quería. “Para ti, te quiero a ti.”

El asintió. “Tienes toda la razón. ¿Vas luchar también por esto?” preguntó, moviendo su mano a través de sus pliegues hasta el sensible punto nerviosos que protegían. Presionó su pulgar contra él, moviéndolo bruscamente en círculos en el sentido de las agujas del reloj y ella dejó escapar un gemido que viajó directo a la parte más primitiva del cerebro de él. Su miembro dio una sacudida por su propia voluntad, y se desesperó de tal manera que tenía que estar dentro de ella.

Dvar no dijo nada, pero se movió de nuevo, envolviendo la cintura de ella con los brazos y se sintió aliviado cuando ella no le golpeó ni le arañó con las manos recién liberadas. El la levantó como si no pesara nada y, francamente, su peso era prácticamente insignificante. Sus piernas de ella se enroscaron alrededor de su cintura y él dejó que su erección se deslizara en su interior. Su entrada era muy ajustada y estaba claro que, aunque probablemente no era virgen – quién lo era en esos días – sí que había pasado un tiempo desde la última vez. La cabeza estaba justo en su interior cuando ella siseó.

“¿Estás bien?”

Ella asintió y frunció el ceño. “Solo es que es más grande de lo habitual.”

Él se rio entre dientes y comenzó a besarle la garganta, dejando que se acostumbrara al tamaño. Depositó besos por encima de su hombro y hacia abajo, en el pequeño hueco entre la clavícula y la garganta. Demoró la lengua en el hueco de su cuello y después subió para mordisquear sus labios, mordiéndolos ocasionalmente, disfrutando de la sensación de la carne atrapada delicadamente entre sus dientes. Ella gimió y su miembro se agitó de nuevo, deslizándose más fácilmente en su interior al crecer la humedad. Centímetro ardiente tras centímetro ardiente, se deslizó en ella sintiendo su calor y su presión, la estrechez de su canal, casi como si le estuviera masajearlo mientras él empujaba su erección más profundamente en su núcleo.

Por fin, ella estaba en la posición adecuada y él podía sentir como había entrado totalmente en ella. Dvar sonrió con satisfacción a los brillantes ojos azules. “Parece como si encajáramos perfectamente, fierecilla.” Movié las caderas tentativamente, y ella clavó las uñas en su espalda, penetrando en su piel con la perfecta mezcla de placer y dolor. “Y ahora, ¿cuáles son las palabras mágicas?”

Ella frunció el ceño mirándole. “¿Abracadabra?”

Él movió sus caderas justo un milímetro, provocándola a ella tanto como a sí mismo. Le llevó más auto-control del que él pensaba que tenía. Estaba desesperado por tomarlo todo de ella, sentirse entrar profundamente en ella con necesidad y urgencia animal. Sin embargo, había un juego en marcha. Él quería que ella suplicara, quería que se lo pidiera. Iba a terminar con su sarcasmo y su oposición incluso si se moría de deseo allí mismo.

“¡Maldita sea! ¿No será “Ábrete Sésamo”?”

Él empujó hacia de nuevo hacia ella y se rio mientras ella gemía y se estremecía con sus mínimos esfuerzos. “Definitivamente, creo que ya está abierto, fierecilla.”

“Uff, entonces... ¡por favor!”

“Por favor, ¿qué?” la provocó, hacienda que su voz sonara baja y gutural, como un ronroneo.

“Por favor, Dvar, sólo fóllame.”

“No, ese no es mi título y tú lo sabes.”

Ella corcoveó contra él, pero él sabía que ese patético intento por conseguir fricción no iba a saciarla durante mucho tiempo. “¡Por favor, mi jeque, por favor!”

El asintió, sin necesidad de continuar enseñando y provocando. Comenzó a moverse en serio, sus caderas encontraron su propio ritmo frenético contra el de ella. Empujó en su interior, su miembro encerrado en ella, sintiendo que sus músculos comenzaban a ondularse y moverse alrededor de él. Sus jugos fluían ahora libremente, haciendo que sus movimientos fueran más sencillos. Sus uñas se clavaban en su piel, sus pechos suaves y elásticos se apretaban contra su pecho. Amy acercó los labios al hombro de él y empezó a saborearle, besándole, pasando su lengua por encima, rozando la sensible piel con los dientes. Su pene se movió con excitación y eso le hizo bombear más firmemente, con un ritmo aún más frenético. Ella gemía sobre él, sujetándose a él como si temiera por su vida, como si él fuera un condenado toro en uno de esos rodeos americanos o un potro salvaje.

Demonios, quizá lo era.

Entonces lo sintió, el espasmo en sus pelotas, la sensación de tirón en la boca del estómago. Él se corrió, disparando su semilla en el interior de ella, sintiendo que su esperma se mezclaba con el flujo de ella y el agua, ahora fría, de la ducha. Pero mantuvo el ritmo lo mejor que pudo incluso aunque él continuaba estremeciéndose – ella no había sentido el mismo alivio todavía.

Él era el jefe y podía mostrarse despiadado, pero todavía era un jeque que deseaba complacer.

Puso una mano entre sus cuerpos y toqueteó su clítoris incluso cuando ella enroscó sus piernas con más fuerza en torno a su cintura. Sus diestros y callosos dedos dibujaron patrones semicirculares mientras sus caderas subían a encontrar las de ella. Era hábil, desordenado e incluso violento, pero la pasión entre ellos volaba feroz y libremente.

A él le encantaba.

Ella se corrió, por fin, gritando su nombre y una colección de maldiciones que le impresionaron. No la había oído gritar de esa forma ni a sus guardias, y él *pensaba* que les había llamado de todo excepto “hijos de Dios” el día anterior.

Amy terminó y finalmente cayó sobre su hombro y, aunque él estaba cansado, sabía que tendría que bajarla más pronto que tarde.

Él besó sus parpados cerrados. “Bienvenida al Medio Oriente, mi jequesa. Bienvenida a casa.”

Capítulo Cinco

Finalmente, Amy pudo terminar su ducha después de lo ocurrido. Espera, ¿qué había ocurrido? Bueno, no, sabía *qué* había ocurrido. Lo que había pasado era el sexo más alucinante que había tenido en su vida. No era un misterio. La parte que a ella se le hacía tan rara, tan inesperada, es haberse sometido a todo sin cuestionarlo, haber sido absolutamente complaciente. De acuerdo, puede que no absolutamente complaciente. Dvar era mucho más grande que ella, tenía la constitución de un maldito jugador de fútbol americano, y no hubiera sido capaz de hacerle nada que él no hubiera querido, obviamente. Después de todo, el hombre le había sujetado los dos brazos con solo una de sus anchas manos. La única elección real que se le había ofrecido en la ducha había sido elegir la postura. Aun así, quizá podía haberse resistido un poco más. Ella no iba a casarse con ese hombre, no iba a ser su maldita jequesa, o esclava sexual o cualquier otra cosa que él creyera que iba a ocurrir.

Naturalmente, mientras terminaba de lavarse con fuerza, dejando que el agua resbalara entre sus muslos, Amy podía sentir el calor extendiéndose por su vientre, el placentero estirón de la comodidad y la saciedad. Su núcleo todavía cosquilleaba y, sinceramente, sabía que a una gran parte de ella nada le gustaría más que quedarse allí, bueno, en su país, Jardania, y ser su reina.

Él sabía cómo llevarla a cumbres del placer que ninguno de sus torpes compañeros de estudios la había llevado jamás.

¡Por el amor de Dios!, si era como un maldito dios griego enviado directamente para ella.

Pero él *no había preguntado*, maldita sea, solo se la había llevado rápidamente a otro mundo, ignorando cualquier plan de vida que ella pudiera haber hecho. Bueno, su mayor plan parecía implicar salir a flote con dificultades mientras continuaba sirviendo cafés, pero ese no era el tema. Ella no era Alexis, no era su hermana, tan fácilmente influenciable o engañada por el extraño síndrome de Estocolmo. No iba a ser fácil para este jeque, no importaba como de fantástico hubiera sido el orgasmo.

Suspirando, salió de la ducha y se secó. Prudentemente, se puso el grueso y esponjoso albornoz. No había razón para pensar que Dvar no iba a estar fuera, esperándola, y no quería darle la impresión equivocada de que estaba lista para el maldito segundo asalto. Bueno, sí que lo estaba, pero no necesitaba que él lo supiera. Fuerza de voluntad, eso era todo lo que necesitaba. Necesitaba solo la fuerza de voluntad suficiente para pasar por todo hasta que pudiera alertar a su hermana, o a la Interpol, o a quién fuera.

Cuando entró al dormitorio principal, puso los ojos en blanco. Su instinto no se había equivocado y Dvar estaba holgazaneando en un lado del grandioso colchón, mirándola con un deseo salvaje. Al menos estaba vestido con un par de pantalones lisos de lino y una camisa blanca, también de un tejido ligero. Ella frunció el ceño al verle.

“¿Qué?”

“Esperaba, no sé, ¿una chilaba y un pañuelo en la cabeza, quizá?”

“A veces, prefiero vestir a la manera occidental. Me he educado en América, fierecilla, y pensé que esto podría ponerte las cosas más fáciles.”

Ella resopló. “Porque tu elección de vestuario me hace sentir mucho mejor ante la idea de ser una esclava sexual.”

“Vas a ser la jequesa, una reina. Estás lejos de ser solamente una incorporación a mi harén.”

“¿Tienes un harén?”

“Oh, sí, pero quizá deje de lado a la mayor parte de él. Tienes un polvo bastante irresistible, señorita Monroe.”

Ella tragó saliva y se obligó a no pensar en su propio deseo y necesidad de él. “Bueno, lleva cualquier cosa. ¿Qué se supone que tengo que ponerme yo?”

Él sonrió con suficiencia e hizo un gesto hacia los pies de la cama. Allí había un ropaje diáfano, del color rosa del algodón de azúcar. No era tan grueso y pesado como los burkas oscuros que había visto en las noticias o incluso, cuando visitó el reino de su hermana, pero aun así, cubriría su cuerpo haciéndole parecer un paquete. Frunciendo el ceño, se acercó y lo cogió. El caftán rosa se transparentaba.

“No puedo salir así.”

“Oh, no tienes que ponerte solo eso,” dijo, moviendo la sábana. Bajo ella, había un traje de dos piezas. Un conjunto color lavanda de pantalones árabes (le vinieron flashbacks de los vídeos musicales de M.C. Hammer) y un top cruzado con auténticos cristales tallados y brazaletes colgando de él.” Me sentí creativo en uno de los mercados cercanos. Cumple bastante con el estereotipo, pero hay tantas chicas americanas que siempre habían querido ser como aquella princesa en la película de Disney que creí que te haría gracia.”

“Quieres decir que incluso fuera de Jardania quieres que haga el papel de la chica tontita del harén.” Ella miró desafiante a la cama y cruzó los brazos sobre el pecho. “No hay forma de que yo me ponga nada de eso, de ninguna de las maneras.”

Él se encogió de hombros. “Entonces verás las pirámides de Guiza con tu mejor albornoz o desnuda. No me importa. Con el calor que hace en este maldito sitio, quizá airties si vas desnuda. Sin embargo, no creo que te guste mucho, fierecilla. Pareces un poco más modesta que eso, aunque eres bastante escandalosa.”

“¡No puedes hablar en serio! No puedo salir vestida como la maldita Princesa Jasmine.”

“Oh, sí que puedes y lo harás, así que ponte en marcha,” dijo él, saltando de la cama y saliendo de la habitación.

Amy sacudió la cabeza y empezó a ponerse encima aquella maldita gilipollez. Si iba a estar atrapada aquí, al menos necesitaría algo de ropa, incluso aunque esta no dejara absolutamente nada a la imaginación.

Dvar le dirigió a Amy una sonrisa de suficiencia cuando tomó el brazo que le ofrecía. Detrás de ellos. Hakim y Nasir montaban guardia. “Estás espléndida.”

Pasó la mano por encima del estómago de ella, su delgada cintura quedaba realzada por el cinturón dorado de los pantalones. Estaba mucho más hermosa que

cualquier chica que él hubiera visto jamás, sobre todo por ese carácter ardiente que estaba deseando domesticar. Quizá estuviera teniendo suerte en esa batalla. Al final, se había puesto la ropa, después de todo. Eso ya era algo.

“Me siento como si hubiera salido de *Las mil y una noches*.”

“Entonces puedes ser mi propia Sherezade. ¿Qué historias vas a narrar para mi esta noche, cariño?”

“El cuento del jeque que no entendía en qué momento dejaba de controlarlo todo,” resopló ella.

Él se rio. “Esa no me interesa mucho. Disfrutaré más escuchando tus fantasías más ocultas, señorita Monroe.”

Las pálidas mejillas de Amy enrojecieron en un bonito escarlata que destacó sus finos pómulos. Oh, a esto sí era divertido jugar con ella. Le sorprendió. Era tan arisca, incluso durante el tiempo que la estuvo observando, incluso en el trabajo, donde parecía que casi todo el mundo la molestaba. Coño, si había pasado casi todo el tiempo que habían estado juntos insultando o amenazando (de forma bastante poco eficaz) a sus hombres. También tenía un lado más tierno y frágil y él quería explorarlo.

Diablos, ¿a quién quería tomar el pelo?

Él quería explorar cualquier cosa que Amy le pudiera ofrecer.

“También necesito recordarte,” dijo él, “que Hakim y Nasir son expertos en sus trabajos. Son unos guardaespaldas maravillosos y los mejores tiradores de Jordania. Si piensas en escapar o en alertar a alguien, dispararán.”

“¿Hablas en serio?”

El sacudió la cabeza. “Fierecilla, hay balas de goma para control de multitudes o una pistola eléctrica, una taser, en caso de necesidad. Así que puedes elegir tu veneno. Pero no intentes ser una heroína. No hay nada de lo que huir excepto lujo y sexo increíblemente bueno. Muchas mujeres matarían por estar en tu lugar,” le dijo, con una sonrisa de superioridad mientras cogían el ascensor para bajar dónde les esperaba la limusina. “Después de todo, me suelen considerar uno de los solteros más ricos y deseables del mundo.”

“Bueno, puede que yo no quiera hacer nada con el dinero del petróleo de los Yassin”, dijo ella, apretando la mandíbula.

Las puertas se cerraron y él trató de ignorar la forma en que Hakim se situó más cerca de él. Dvar estaba bastante convencido de que, a pesar de sus palabras y su tono, Amy no iba a empezar a pegarle o cualquier otra cosa potencialmente dolorosa. Bastante seguro.

“Entonces creo que ya estás bastante atada por el sexo.”

“Eres un cerdo.”

“Te gusta,” dijo él simplemente.

El viaje en ascensor fue corto, como lo fue la transición a la limusina, sin ningún contratiempo. Hakim y Nasir se sentaron delante, y él, en la parte de atrás con Amy.

“Lo has hecho bien,” dijo. “Mira, si simplemente estás callada y dejas que todo vaya ocurriendo, entonces disfrutarás del estilo y las maravillas de El Cairo. La ciudad entera está a nuestra disposición. Puedes tener cualquier cosa que quieras, ya sabes, simplemente necesitas pedirlo.”

Ella le lanzó una mirada asesina y se puso un mechón del flequillo detrás de la oreja. “¿Sería posible que me dieras un teléfono móvil? Creo que eso me encantaría.”

“No, y sabes que no vas a comunicarte con nadie durante un tiempo, durante el periodo de adaptación.”

“Eso es un eufemismo,” resopló ella. “Las pirámides no pueden estar tan lejos. Puedo verlas desde nuestra terraza.”

“Es verdad,” dijo él, estirándose y poniendo un brazo sobre su hombro.

Amy se puso tensa, pero entonces él vio como miraba a Nasir, que a su vez la miraba fijamente a ella. Era un guardaespaldas bastante bueno, después de todo. Ella se relajó, y es posible que por fin estuviera penetrando en su dura cabeza la idea de que no había necesidad de luchar más contra esto, que esto era lo que su vida estaba destinada a ser.

“Es agradable, al menos,” masculló, mientras la limusina rebotaba en la polvorienta carretera del desierto dirigiéndose hacia las pirámides arrastrándose por la arena. Ahora tenían que cambiar a camellos y así atravesar la gruesa arena, pero aún les quedaban unos minutos de camino todavía. “No había estado nunca antes en una limusina.”

“Asumí que lo habías hecho, con tu hermana.”

“No he visitado tanto a Alexis. No había estado nunca antes en una limusina. Nunca antes había sido una chica que frecuentara ambientes de lujo.”

“¿De verdad?”

Ella bufó. “¿No has intercambiado notas con tu primo Farzad sobre nuestra familia? Mi padre abandonó a mi madre cuando yo tenía unos ocho años y desde entonces fuimos muy justos para todo. Alexis pidió todos los créditos del mundo para pagarse los estudios de leyes. Ahora ya no importa, pero hemos hecho muchas cenas a base de comida precocinada barata y hemos pasado muchas Navidades recibiendo calcetines y útil ropa interior porque no teníamos dinero extra para juguetes.”

“Oh.”

“Exacto, y ahora soy barista, así que me las arreglo pero no voy a galas ni monto en Hummers estirados, ¿sabes?”

El asintió y apenas pudo encontrar las palabras que quería decir. Había estado intrigado por el valor y la belleza de Amy las pocas veces que la había espiado cuando visitaba el palacio de su primo. Había estado más fascinado y seguro de que la quería cuando él y su equipo la habían acechado la última semana en Boston. Sin embargo, puesto que su hermana era abogada, siempre había asumido que venían de una familia con dinero. Sinceramente, el hecho de que su infancia pareciera tan dura y solitaria, le dejó totalmente impactado.

“Siento que tu padre...”

“Mi padre,” le cortó, “es un enorme imbécil. Ni siquiera vino a la boda de Alexis porque a su nueva esposa no le apetecía viajar. Tenía una crisis de la mediana edad, se largó hacia ninguna parte y de vez en cuando enviaba una felicitación de cumpleaños, normalmente en la fecha equivocada. Era, y continua siendo un tremendo idiota.”

“Sin embargo, iba a decir que entiendo el sufrimiento de crecer sin padre.”

Ella frunció el ceño. “¿Qué?”

“Mi padre murió en una batalla justo cuando yo tenía doce años. Era general, como yo, y se tomaba sus deberes para con el pueblo de Jardania muy en serio. Algunos jeques solo planean la estrategia, pero él sentía que era su deber participar activamente en la batalla para proteger a sus ciudadanos. Uno de esos condenados perros lebaneses le disparó.”

“Lo siento.”

“Fue hace bastante tiempo, en realidad, bastante más que bastante,” dijo él, suspirando.

En ese momento, su mano se dirigió al bolsillo de sus pantalones. Llevaba la medalla más preciada de su padre con él dondequiera que fuera. La luna creciente de plata era el símbolo de su elevado rango en el ejército antes de su muerte, según la costumbre de Jardania. Dvar se sentía anclado a ella, le mantenía unido a un padre al que se le hacía difícil recordar adecuadamente. Los recuerdos se habían difuminado, claro, después de casi dos décadas, pero él temía ver todavía a su padre con los ojos inocentes de un niño. No recordaba al hombre que había sido y solo deseaba haber tenido tiempo para rodar esas conversaciones que se supone que se tienen entre padre e hijo – esas que le hubieran servido de guía para ocupar el trono. Algunos días, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Está bien, la mayor parte de los días.

Siempre le había parecido que si hubiera conocido a su padre, habría hecho todo mucho mejor.

“¿Has sido jeque desde los doce años?”

Él asintió. “En cierto modo. El título ha sido mío desde entonces, pero hasta que cumplí los veintiuno un consejo de generales gobernaba el país, No hubiera sabido hacerlo solo. Pero durante los últimos once años, sí, he estado oficialmente a cargo de Jardania y he trabajado para ayudar a mantenerla a salvo. Algunos días, casi parece imposible. Pero ya hemos tenido suficientes cosas deprimentes por hoy, señorita Monroe. Así que dime, ¿qué piensas de las limusinas?”

Ella le sonrió. “El cuero es súper-suave, la cosa más alucinante que nunca he sentido. Desearía tener suficiente dinero para montar en esto todo el tiempo.”

Él se rio mientras empujados hacia atrás y luego hacia delante. Acercándose rápidamente, abrió su puerta antes de que pudiera hacerlo Hakim. Después de todo, Dvar podía ser un caballero en algunas situaciones. Se le abrió la boca ante su ofrecimiento, y él pensó que tendría que ser cortés más a menudo. A ella le realmente le atraía. “Amy, tu carruaje aguarda.”

Ella miró al camello y la modesta tela a modo de, bueno, montura no era precisamente la mejor palabra, pero tendría que serlo. Quizá montar era el mejor eufemismo. “Tienes que estar bromeando.”

“Guau,” dijo ella. Él adoraba mirarla.

¿No era extraño? Con la mayor parte de su harén, el necesitaba sentir las tocándole para sentir sus cuidados y su deseo. También quería eso de Amy desesperadamente, pero también estaba contento de observarla, de ver la alegría y la intensa curiosidad extendiéndose por su cara. Oh, diablos. Dvar podría ser completamente honesto sobre cualquier cosa. A veces era un amante completamente egoísta. Con Amy, sin embargo, ya se había encontrado jurándose a sí mismo darle a ella todo el placer que pudiera, todo el tiempo mientras pudiera ver el brillo en sus ojos de zafiro, el asombro en su mirada.

Él asintió mientras tomaba su mano. Estaban adentrándose en el túnel que conducía a la cámara interior de una de las pirámides. Él había estado más de una vez anteriormente y sabía que aquí había riquezas y joyas. Por otro lado, ya no había moho tóxico, como el que había atacado a la excavación original de Tut realizada por Carter, ni nada tan estúpido como las maldiciones. Pero Dvar podía apreciar que para los no iniciados había algo alucinante en estar en los túneles y cuevas que habían estado selladas y ocultas durante miles de años.

Amy definitivamente estaba intrigada por todo esto, puesto que agarraba su mano con más fuerza y sostenía su linterna.

“¡Esto es alucinante!” exclamó ella mientras respiraba profundamente, como para calmarse. El guía les había parado y estaba explicando el protocolo del enterramiento cuando se pararon en una parte del túnel que él podría decir en la tenue luz que iba a ensancharse mucho. “No he viajado mucho, tampoco, aparte de para ver a Alexis o mi sobrino, Farid, obviamente.”

“Esto es solo el principio, fierecilla,” dijo él, pasando una mano por la delicada piel de porcelana de su cuello y disfrutando de la forma en que ella se estremeció bajo su caricia.

“Así que lo dices y... ¡guau!” dijo ella, cuando entraron en la cámara del tesoro de la tumba.

La única cosa que quedaba allí ahora era el sarcófago con la parte de arriba retirada. Normalmente esto no era parte de la visita, pero él había pagado generosamente para que ella pudiera mirar dentro un momento para ver la momia en su interior. Si no, nunca debería haber estado expuesta al aire. Pero las reglas podían romperse con la adecuada cantidad de influencia – él siempre lo había creído.

Amy dio la vuelta al gran ataúd de piedra, en el que aún eran visibles los jeroglíficos y las brillantes pinturas de Anubis. Dentro, el marchito cuerpo no era

exactamente una vista inspiradora, pero ella se inclinó hacia delante todo lo que le permitió el guía. Era como si todo su maldito cuerpo estuviera vibrando mientras ella daba saltos arriba y abajo sobre las puntas de sus pies. Si él hubiera sabido que interesándose por su historia personal se iba a relajar tanto, lo habría hecho incluso antes.

“¿Cuánto tiempo ha estado aquí?”

“Ramsés III fue enterrado unos tres mil años antes de Cristo”, explicó el guía.

Ella sacudió la cabeza. “¿Cinco mil años? Esto es tan abrumador, no puedo ni siquiera empezar a entenderlo. Es flipante.”

Él sonrió abiertamente y caminó hacia delante, tirando de ella hacia él. “Bueno, entonces, ¿quién sabía que podías estar tan entusiasmada con los muertos?”

Ella resopló y, quizá no se había dado cuenta siquiera, pero la señorita Monroe claramente se estaba metiendo bajo su piel. Ah sí, esas defensas – esa maldita testarudez – se estaban derritiendo rápidamente. “Es simplemente surrealista. Solo había visto esto en la televisión y en los libros de texto. Es como si todo lo que he visto en el *National Geographic* estuviera realmente aquí y, simplemente, es mucho más brillante e interesante que Boston.”

“Son un montón de cosas,” dijo él, acercándola a su pecho. “Vamos, si la momia te ha emocionado, entonces imagina como te sentirás viendo los tesoros.”

Era un país diferente y una cultura diferente, pero Amy estaba convencida de que quizá algunas cosas permanecían constantes en las tierras del desierto. Después de todo, mientras caminaban a través del museo, examinando todos los artefactos en exposición procedentes de la tumba del Rey Tut, estaba convencida de que daba igual si era un rey egipcio de hace milenios o un barón del petróleo actual, el amor por el lujo ostentoso era una constante. Aquí, todo era de oro. Había sillas hechas de oro, estatuas de oro de águilas y de panteras, los símbolos del cayado y el cetro, también hechos de oro. Oro por todas partes. Era suficiente para casi conseguir que una chica quisiera mostrarse sarcástica sobre el toque de Midas.

Pero eso no era todo. La colección estaba más que completa, además.

Pasó por una urna de cristal de exposición y se sorprendió ante los vasos canopos. Al menos, así era como la pequeña etiqueta los llamaba. Al leerla con más detalle, le cambió la cara. Estas sencillas jarras de piedra coronadas con cabezas de oro de diferentes seres, desde chacales a monos, pasando por halcones, contenían lo que quedaba de los órganos extraídos y desecados del rey niño de la Antigüedad.

“Uff, ¿así que esto es todo lo que queda después de todo?”

Dvar se rio entre dientes detrás de ella. Curiosamente, estaba empezando a adorar ese sonido. Disfrutaba el intenso ruido que salía de su pecho, lo adoraba aún más si él estaba cerca de su oreja, haciéndole cosquillas y tentándola con su aliento. Notó calor en su estómago y, de pronto, su ropa interior quedó espantosamente mojada. ¡Por Dios!, el jeque era el sexo personificado, ¿o no?

Cerró los ojos y respiró profundamente unas cuantas veces. Amy no estaba interesada en ser agasajada con banquetes y en hacer excursiones VIP. No era lo que ella quería. Ella quería volver a casa, de vuelta a su vida aburrida en un bonito apartamento pequeño como una cajita sin que le ocurriera nada interesante en absoluto. Ella quería su libertad y poder elegir. Realmente no le importaba que estar de vuelta sola en los Estados Unidos significara volver a su vida sirviendo café. Lo que significaba era que él no estaría tomando decisiones por ella, dictando órdenes que podían cambiar la estructura de su vida para siempre.

Había dejado que le pasara antes.

Su padre lo había hecho, largándose un día y dejándola.

Nunca permitiría que le volviera a ocurrir.

Dvar se rio por lo bajo de nuevo, su clitoris palpitó y Amy trató de evitar que el deseo se extendiera en su interior. “A veces así es, pero considerando que estamos viendo tres salas repletas de las riquezas con las que fue enterrado y lo tremendo que es el sarcófago no creo que sea tan malo.”

“Lo que quiero decir es que, al final de sus días, de Tut todo lo que queda cabe en unos cuatro vasos y está vendado en un gran y extravagante ataúd”, dijo, volviéndose hacia Dvar con el ceño fruncido.

Él se encogió de hombros. “Es un ataúd forrado de oro, y es uno de los tesoros más famosos del mundo. Ser famoso puede ser una meta. Simplemente, podía haber muerto a los dieciocho y no desarrollar muchos de sus méritos, pero lo que importa es ser alguien recordado por la historia.”

Ella frunció el ceño. “¿Tu padre tiene monumentos en su honor?”

El asintió y pareció crecer ante la pregunta. “Hay un pilar de mármol en su honor en los jardines. Padre era mucho más que impresionante. Está en todos los libros de historia de Jardania, como lo están mi abuelo y mi bisabuelo, todos ellos grandes líderes.”

“Y hasta ahora, ¿tú que has hecho?” preguntó ella, endureciendo el tono. Tenía que hacerlo así. Si se lo permitiera, se enamoraría de Dvar y nunca más volvería a tener su propia voluntad o a ser libre de nuevo. “¿Secuestrar a una chica y esperar a que tus primos te ayuden a resolver la crisis por la invasión de Lebano?”

“Es una situación política escabrosa. Se rumorea que tienen armas nucleares. ¿Qué me sugieres que haga? Tenemos que pensar antes de hacer las cosas, y no soy un secuestrador de mujeres. Puede que te sorprenda, pero las chicas del harén están allí como invitadas y han pedido ser incluidas en él. Ellas saben lo que significa.”

“¿Y qué significa?”, exigió ella, rodeándole, con las manos en las caderas y la barbilla levantada, apuntándole. “¿Qué podrían querer de una vida como esa?”

“Es una oportunidad. Se envía un estipendio a su casa, a sus familias, y a mis chicas no les falta de nada. Tienen todo lo que desean.”

Se estaba inclinando más hacia ella y le abofeteó con fuerza en la mejilla. “¿Entonces son tus putas? De forma bastante literal, también. Yo no soy así y no voy a convertirme en tu puta. Puedes olvidarte de ello. Solo porque no tengo mucho dinero y me crie bastante pobre... Tengo demasiado respeto por mí misma como para caer en eso.”

Él se frotó la mandíbula y la cogió con rudeza por el codo. A ella se le puso el corazón en la garganta y se dio cuenta de que le había pegado muy fuerte. Hakim y

Nasir ya corrían hacia ella, con las manos en los bolsillos de sus chaquetas. Dvar sacudió la cabeza.

“No, la señorita Monroe y yo tenemos algo que resolver. Ven conmigo, fierecilla. Sin duda, la disciplina es muy importante.

Diciendo eso, la sacó de la sala hacia un pequeño vestíbulo lateral del museo. Estaba oscuro y olía a mohó, y ella se imaginó que algunas veces se había utilizado como almacén improvisado, especialmente por las cajas de cartón dispersas alrededor y cercanas a ella.

“Eso no ha sido inteligente,” dijo él. Apretaba los dientes y sus ojos de jade ardían. “No debes dejar por tonto a tu jeque.”

“Tú no eres mi jeque”, atacó de nuevo, incluso ahora incapaz de postrarse totalmente ante él. Hubiera sido más inteligente hacerlo, o pedir protección o pedir perdón, o cualquier otra cosa. Ella nunca había sido una chica lista. Las mujeres Monroe siempre dicen lo que se les pasa por la cabeza. “Eres mi maldito secuestrador y eso no lo voy a olvidar nunca.”

Él asintió y la empujó contra una pared. Sus manos quedaron con las palmas apoyadas contra la pared. “Entonces, necesitas ser castigada.”

“¿Qué? ¿Aquí?”

“Es una visita privada y nadie osará interrumpirnos. Sabes que Hakim y Nasir se ocuparán de ello.”

“Gritaré,” dijo ella.

“No vendrá nadie,” dijo él, y como para asegurarse, su voz resonó con férrea claridad. “Ahora me perteneces, fierecilla, y *seré* respetado,” dijo. Dvar enfatizó este punto maniobrando con la mano derecha bajo su caftán y alcanzando el cinturón de sus pantalones de harén. “Creo que necesitas entender que ahora yo lo controlo todo en tu vida, incluso cuándo sientes placer y cuándo dolor.”

“Yo...”

Dvar no le ofreció ningún tipo de precalentamiento. Solo se inclinó más cerca de ella, que pudo sentir su erección presionando contra su espalda, a la vez que su mano llegaba a sus pliegues a través de su vello púbico. A pesar de la presión que ejercía sobre el cuerpo de ella y la ira que había en su voz, fue tierno al tocarla, sus dedos dibujando delicadas figuras sobre la suave piel de ella. Ella ya estaba mojada, lo estaba desde que él había respirado en su oreja, muy cerca de ella. Para él fue más que sencillo deslizar los dedos por la superficie, provocándola y atormentándola de una forma muy diferente.

Ella se estremeció y trató de volverse contra la pared. Él presionó más fuerte dentro de ella y ella sintió la fuerza de los músculos de su pecho mientras él se inclinaba sobre ella, sujetándola bajo su agarre. “Por favor.”

“No. Estás preparada y tan, tan mojada, señorita Monroe,” ronroneó en su oreja.

Él se estiró un momento y capturó el lóbulo de la oreja entre sus dientes. Dvar jugaba con él, luchando contra él mientras sus dedos exploraban los profundos recovecos de sus pliegues. Él soltó su lóbulo y ella gimió al perder el contacto, a pesar de que el miedo hacía que su corazón latiera fuertemente. Dios, le parecía que el corazón iba a explotarle en el pecho. Eso la aterrorizaba, incluso pudo admitir perfectamente que esa era la vez que más se había excitado en toda su vida. Este hombre poderoso y dominante – joder, este dios vuelto a la vida – la deseaba y ella le deseaba a él desesperadamente.

“Entonces, joder, tendrás que hacer algo con ello,” atacó de nuevo, su cuerpo todavía tembloroso bajo él.

“Lo estoy haciendo,” le prometió.

Mientras hablaba, dos gruesos dedos se deslizaron en su canal, moviéndose fácilmente dentro y fuera, lubricados con su flujo. Su pulgar, ligeramente calloso, encontró su botón del placer. Al principio, él solo se apoyó allí y se dedicó a profundizar con los dedos dentro de ella. Sus músculos se tensaron deliciosamente en su núcleo y ella disfrutó de la sensación de sus dedos, tan gruesos y que la llenaban tanto, en lo más profundo de ella.

“Necesito más,” dijo ella, jadeando.

“Se puede hacer, fierecilla,” dijo él.

Ella notó que él presionaba más fuerte en su interior, sus caderas flexionándose un poco al tiempo que su mano empujaba. Sus nervios se estremecían como si se estuviera consumiendo, como si se estuviera quemando por todas partes a la vez. Entonces, él empezó a frotar su protuberancia nerviosa bruscamente. Ella corcoveó contra él y sintió que las piernas no la sostenían. El fuego estaba creciendo en su interior como si fuera un incendio de nivel cinco. Sus músculos se estremecían en su interior y se habría caído si las poderosas caderas de Dvar no la hubieran estado sujetando a la pared.

Entonces, él comenzó a mover la mano rápida y furiosamente y ella cerró los ojos, sobrepasada por las sensaciones, por todas ellas – estaba su olor a almizcle con su ligero toque de cúrcuma, su cuerpo, fuerte y pesado, presionando contra ella y la humedad que fluía de su núcleo. Era demasiado y el fuego que se extendía dentro de ella era como si cada caricia de sus dedos fuera lo mismo que añadir gasolina a una pira ardiente.

Finalmente, los dedos de él presionaron más profundamente hacia su centro y se corrió, chispas crepitantes extendiéndose por todo su ser, lucecitas explotando tras sus ojos. Se dejó caer en su agarre, incluso cuando él embistió una vez más con sus caderas, su miembro, obviamente, contra su espalda.

“Ahora eres mía, fierecilla, dilo”

“Vete al infierno.”

Él se rio y se apartó.

Ella casi se cayó – sus piernas parecían de gelatina después de todo – pero se las arregló para recolocarse pantalones y el caftán. Los pantalones que llevaba estaban empapados, pero tendrían que servir hasta que le fuera permitido cambiárselos. Estaba a punto de darse la vuelta y lanzarle una mirada asesina, cuando él la sorprendió lanzándose contra ella y sujetándola de nuevo contra la pared.

La golpeó duramente en el trasero dos veces sin preguntar y escocía, seguramente le iba a dejar marcas y le resultaría difícil sentarse durante uno o dos días. Se mordió el labio y trató de retener las lágrimas que amenazaban con escaparse de sus ojos.

“*Mía*”, le dijo, prácticamente gruñendo. “Ahora ya lo sabes.”

Y diciendo esto se fue, dejándola que uniera sus pedazos, una tarea en la que Amy parecía estar fallando estrepitosamente.

Capítulo Seis

“Aún es una insolente, mi señor,” dijo Hakim.

Dvar asintió y tomó un sorbo de su bebida, un chupito doble de bourbon, en el bar del Mena House. “Lo es, pero creo que está empezando a aprender.”

“Con su permiso, le diré que hay chicas mejores,” respondió Hakim, pasándose una mano por la barba entrecana. “En el harén hay un montón de chicas que son bellas y complacientes, que entienden las costumbres de Jardania y que estarían complacidas de honrarle como usted se merece.”

“¿Estás criticando mi elección de jequesa?” preguntó.

“No, mi señor, pero es una forma de decirle que usted siempre se hace las cosas más difíciles de lo que realmente tienen que ser. ¿Esto es lo que quiere hacer? ¿Realmente quiere ser rechazado e insultado?”

“No creo que ella realmente quiera decir las cosas que dice al insultar. Para ella, parecen ser más algo arraigado que otra cosa. Entiendo la necesidad de rebelarse. Al principio, tampoco llevé bien el ir a la academia militar y el entrenamiento. Si ser algo malhumorada la ayuda a ajustarse a su nueva vida y, francamente, me proporciona una excusa para darle azotes en ese adorable culo, entonces ¿quién soy yo para discutirlo?”

“Sin embargo, usted tiene muchas cosas en la cabeza – los rebeldes, la guerra que se está preparando contra Leban – y quizá una consorte que sea más agradable sería mejor, desafiaría menos su mente.”

“Creo que las peleas son exactamente lo que deseo, mi viejo amigo,” dijo, mientras terminaba su bebida. “Ella es todo lo que siempre he querido en una mujer.”

“No es jardana.”

“Y sé que eso es una espinita que tienes clavada. Me imagino cuál es el motivo. No importa si mis primos han ido tan lejos como para casarse con chicas americanas. Quizá estén hechas de un material más duro de lo que muchos de nosotros hubiéramos pensado. De forma extraña, creo que el desafío alivia mis preocupaciones durante un rato. Si fuera demasiado dócil, el desafío no estaría presente y el miedo a que Leban tenga armas nucleares se comería mi espíritu.”

“Muy bien, pero ¿qué pasara si ella nunca se relaja? ¿Si siempre le odia?”

Él se rio entre dientes y le hizo un gesto al barman para que le pusiera otro chupito doble. “Oh, Hakim, ¿es tu forma de decirme que estás preocupado por mí? No te preocupes. Estoy hecho de un material duro y unos cuantos mohines y pataletas de la señorita Monroe no me desanimarán.”

“Sin embargo, es duro ser rechazado tan a menudo.”

Él resopló y sorbió de su nuevo vaso. “Concédeme algo de crédito. Puedo vencer la resistencia de la mayoría de las mujeres.”

Hakim levantó una ceja. “No estoy cuestionando su habilidad, mi jeque, solo quiero recordarle que proporcionar a una mujer unos cuantos orgasmos no es lo mismo que una adquirir un compromiso de por vida con ella. No puede esperar conservar a la jequesa a punta de pistola o de taser siempre. Con el tiempo, tendrá que adaptarse a los rigores de la vida en palacio y a lo que se espera de ella como esposa del jefe del estado. No dudo de su habilidad para proporcionarle placer carnal, pero me preocupo por si realmente conectarán de forma adecuada.”

“El amor es un cuento de hadas, algo para niños.”

“Su madre y su padre ciertamente no creían eso. A pesar de su harén, Danae era su favorita y todo el mundo lo sabía.”

“Oh, créeme,” dijo, tomando otro sorbo e inclinándose sobre la barra del bar, “Amy es bastante más que mi favorita a día de hoy.”

“Por supuesto, mi jeque, pero ahora usted tiene que estar seguro de que ella siente lo mismo, sin presiones.”

“No, sin presión – solo están en juego el futuro del linaje real y la legitimidad de mi reinado. ¿Por qué iba a preocuparme por eso?” Dvar, enojado, dejó el vaso y se levantó. “Por cierto, he prometido encontrarme con ella en el restaurante, así que creo que debemos ir yendo para cuando Nasir la acompañe abajo, ¿no te parece?”

Hakim se estiró y sujetó a Dvar del brazo. Si hubiera sido cualquier otro miembro de su guardia el que hubiera hecho eso, habría sido ejecutado. Pero Hakim había sido su guardaespaldas personal desde que era un niño y, desde la repentina muerte de su padre, había ocupado en cierta forma la posición de mentor. Quizá eso hacía que el hombre mayor se tomara más confianzas de las que debería, fuera menos serio, pero Dvar no podía volver atrás ahora. Tampoco quería hacerlo la mayor parte del tiempo.

“Mi jeque, solo tenga cuidado. ¿Lo hará?”

“Siempre lo hago, Hakim,” dijo apartándose finalmente y colocando su solapa. “¿Nos vamos?”

Él lo había organizado para que parte de su personal se uniera a ellos en El Cairo. Una de las mujeres favoritas de su harén (había formado parte del harén de su padre y cuidaba de las chicas, no dormían juntos) estaba aquí ahora con una selección de ropa y joyas para su futura esposa. Phedre era sensata y de confianza. Además, tenía un gran ojo para la moda. No tenía dudas que Amy estaría resplandeciente cuando entrara.

Dvar se movió nerviosamente en su silla y se recolocó en el asiento. El comedor Jan el-Jalili del Mena House era exquisito. Era más un patio cubierto que cualquier otra cosa. Así que, aunque hubiera un tejado sobre las mesas, no había paredes propiamente dichas que lo rodearan. En lugar de eso, había cortinas de oscuras cuentas negras cayendo desde el dosel superior hasta el suelo de mosaico. A través de ellas, incluso en la creciente oscuridad, uno podía mirar hacia afuera, hacia las enormes pirámides. El impresionante monumento, una de las Maravillas del Mundo Antiguo, estaba allí, lista para ser observada mientras comían. Esperaba que Amy disfrutara con ello, se había sentido muy emocionada con todo hasta el momento.

Hablando del diablo, no pudo evitar sonreír amplia y, sí, ansiosamente cuando se abrió camino entre la gente que había en el restaurante. No estaba vestida con nada abiertamente árabe o característico de su cultura. Esta vez, Phedre había elegido el eterno vestido negro de fondo de armario. Era un modelo ajustado de satén que

se ajustaba bien a sus suaves curvas. Tenía la falda bastante corta y el escote en forma de corazón. Formaba una combinación fantástica con el collar largo de oro y amatistas que lucía en la garganta.

Sus ojos estaban delineados generosamente y con gusto con kohl, lo que les hacía brillar como si fueran los zafiros más exóticos y hermosos. “Lo siento. Aparentemente, he ganado un maquillaje de Barbie del que nadie me había hablado.”

Él soltó una risita y colocó la silla para ella. “Ese es uno de los beneficios.”

Ella hizo un gesto de dolor cuando tomó asiento, dejando escapar un siseo dolorido y él sintió una profunda punzada en el corazón al darse cuenta de que quizá la había golpeado un poco más fuerte de lo necesario. Tenía que verlo después de la cena. Sería justo. Ella era su jequesa y era su deber protegerla y cuidarla lo mejor que pudiera, incluso si ella necesitaba aprender cuál era su sitio. Después de todo, Amy todavía necesitaba la seguridad de sus brazos acogedores.

“Así que he sido la princesa Jasmine y ahora me siento un poco Barbie,” dijo de nuevo, gesticulando en dirección a la gran joya de su cuello. “¿Puedo querer saber de qué me vas a vestir la próxima vez?”

“Tengo tantas ideas, señorita Monroe...”

“Si implican cuero, vamos a tener un montón de problemas,” dijo y según hablaba, arrugó la nariz de manera deliciosa e incitante. Era casi adorable. “No voy a ser una especie de amante fetiche.”

Se rio entre dientes mientras el camarero llevaba el champán y el pan plano, o *aish*, para ellos. También había hummus y diferentes tipos de aceitunas y otros entrantes para que pudieran empezar. Él ya había pedido la cena para ella previamente – *hamam mahshi*, pichones rellenos – y tenía bastante curiosidad por ver cómo iba a reaccionar.

Él se sorprendió a sí mismo riéndose mucho con ella, y no era por el choque con su actitud americana, o su insistencia en desafiarle a cada momento. Era fácil con ella. Sinceramente, con la situación tan seria que había en su país, se sentía si hiciera siglos desde la última vez que se había reído tanto. Le hacía bien a su espíritu sentirse tan libre, tan ligero. Estirándose para cogerlo, sirvió champán para los dos.

“Sin embargo estás increíble esta noche. Debes aceptar todos los cumplidos puesto que puedes obtenerlos, fierecilla.”

Ella sonrió y sacudió la cabeza. “Solo me das coba para tener más sexo.”

“No,” dijo él honestamente mientras cogía para él un trozo del pan *aish* y lo mojaba en el hummus. “Creo que necesitas un poco más de amor sensible y delicado que de sexo.”

“¿Y tú qué sabes de eso? Tengo el culo más que dolorido. No tengo lo que se dice una buena vista sobre él, pero definitivamente lo siento como si estuviera ardiendo.”

“Quizá eso encaje también con la forma en la que te hago sentir interiormente,” replicó él con una sonrisa de superioridad mientras se metía el pan en la boca.

“Por dentro, estoy de acuerdo en que estoy caliente, pero de otra manera”, dijo ella, ruborizándose y él adoró ese rubor escarlata en sus pálidas mejillas. “En serio, ¿qué va a pasar?”

“Yo tengo hambre, tú tienes hambre, así que comamos.”

“No me refería a eso.”

“Pero es una respuesta perfectamente lógica a la pregunta. ¿Quieres que te encierre en tu habitación y te alimente de pan y galletas saladas? ¿Quizá una jarra de agua?”

“Soy una prisionera” señaló ella. “No es como si Phedre no fuera agradable, pero ella está allí en parte para ser tus ojos y tus oídos. En cualquier caso, pongo un pie fuera de la puerta de la habitación y allí está Nasir con su taser. Por tanto, no entiendo por qué estás siendo tan agradable conmigo. Yo estoy aquí, tanto si quiero estar como si no.”

“No tiene sentido tratarte como si fueras una prisionera.”

Sus ojos azules se abrieron todo lo que podían, con un brillo peligroso. “Soy una prisionera, así que no me estás tratando como si fuera nada.”

“Y mi percepción es que me preocupas mucho por ti y que no te hubiera elegido a ti si no fuera a hacerlo, así que ¿por qué no aceptas simplemente que hay cosas agradables que quiero hacer por ti? Te he llevado de excursión privada por el descubrimiento arqueológico más sorprendente conocido por los hombres. Tengo algo planeado para después de la cena – no es nada sexual, así que no empieces – y no tienes ni idea de si me guardo algo más en la manga.”

“Si al final me vas a empujar dentro de una torre en Jordania, ¿qué importa lo que sea que me enseñes ahora?”

“¿Crees que tu hermana está siendo retenida por mi primo Farzad?”

“No, pero ella quiere estar allí. Volvió por decisión propia cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. Yo no quiero que eso sea el destino de mi vida. Solo quiero irme a casa. Era una vida modesta y bastante cutre, pero era *mía* y lo hacía todo por mí misma.”

“Ser independiente es importante para ti, ¿no?”

“¿No lo es para todo el mundo?” argumentó ella, metiéndose algo de pan con hummus en la boca. “Es extremadamente importante para mí. No quiero nadie más que pueda irse en cualquier momento. Si confío en la gente, entonces pueden jugármela, o dejarme, o morirse.”

Él se detuvo y pasó una mano por su corta barba. “Sí, ya veo que eso podría doler. Me dolió durante años después de lo de mi padre.”

“Como si respirar fuera un trabajo diario,” terminó ella la frase y fue casi como si ella le estuviera leyendo el pensamiento. Escalofriante.

“Sí, pero nosotros sobrevivimos. No puedes pasarte toda la vida estando sola, luchando solo para ti. ¿Te has planteado tener familia?”

“Mamá es genial y Alexis y mi sobrino Farid son increíbles, también. No siempre estamos cerca físicamente, pero Alexis y yo hemos llegado a entendernos muy bien últimamente y yo no necesito ser secuestrada como esclava sexual para estar satisfecha. Preocúpate de ti mismo.”

Él suspiró. Ella estaba casi totalmente rota. Sus titubeos sobre conectar y el dolor producido por el abandono de su padre era real. Era algo que ella claramente no iba anunciando y explicaría porque parecía que estaba dentro de una concha, tratando de ignorar cualquier intento de comprometerse con ella que él había realizado.

“Entonces, solo quiero decirte que, por supuesto, el sexo es parte de esto, pero también me preocupo por ti, Amy. Mi equipo y yo te observamos durante una semana, y te estabas ahogando. No tenías nada más que un trabajo monótono en el que servías como un zombi al siguiente cliente, descansabas y pagabas el alquiler.”

“Es temporal,” respondió evasivamente, mientras dejaba de mirarle a él y miraba a sus manos. “Sólo tengo que pensar que voy a hacer, ahora que no voy a tener mi título de Máster en Bellas Artes.”

“¿Qué es eso?”

“Iba a hacer un máster en escritura creativa,” admitió ella.

“Y, ¿cuáles fueron tus estudios de grado?”

“¿Cuáles fueron los tuyos?”

“Empresariales, después estudié en la academia militar en Jordania. Tenía que entender cómo se dirige un país tanto desde el campo de batalla como desde el despacho. No era negociable. Ahora dime, ¿qué eras antes de salirte de la escritura creativa?”

Ella suspiró y se miró aún más las manos delante de ella. “Realmente soy licenciada en Historia, especializada en las Cruzadas. Es algo que realmente me encantó en la Universidad Americana. Supongo, no sé, puesto que el inglés era mi segunda especialidad... nunca lo sabré. Quería escribir una novela histórica de ficción sobre las guerras.”

Él frunció el ceño. Interesante. Así que Amy sabía más de la historia de al menos parte del mundo árabe de lo que ella admitía. “¿Sobre qué hubiera tratado?”

“¿Qué te importa? Fracase, así que abandoné la idea.”

“Quizá no lo hiciste y solo eres tan dura contigo misma como lo eres conmigo.”

Ella soltó una risita y volvió a mirarle, gracias a Dios con parte de su alegría de vuelta en sus ojos. “Tú eres el más duro de todos. Tengo mi culo dolorido para probarlo,” terminó ella. “En cualquier caso, era tan auto-indulgente y estúpido...”

“Ponme a prueba.”

“Iba a ser sobre una especie de Juana de Arco, una chica que finge que en realidad es un caballero para luchar en las Cruzadas y después cae prisionera del general enemigo.”

Él se rio y se sintió aliviado cuando el camarero trajo su plato y lo puso sobre la mesa. “Entonces puedo ser una investigación muy exacta. Después de todo, tengo mi cuota de antigüedades árabes alrededor del palacio. Fue construido hace unos mil años y pertenece a mi familia desde hace unos trescientos.”

“Impresionante”, dijo ella y después frunció el ceño hacia el plato de plata. “¿Qué es esto? Parecen tres pollos pequeños sobre una especie de risotto.”

“Es una mezcla de trigo y lleva algo de cebollino y otras cebollas frescas. Realmente es pichón relleno, *hamam mahshi*. Aquí es una exquisitez y es extraordinariamente tierno. Te prometo que te va a gustar.”

Ella se encogió de hombros. “Bueno, estamos en El Cairo, ¿cierto?” Amy miró la carne de nuevo antes de llevársela a los labios con los dedos. “No sé si quiero hacer esto.”

“No seas tan, ejem, *gallina*,” dijo él, burlándose de ella. Para probar su punto de vista, Dvar se llevó un gran trozo de carne a la boca. Estaba jugoso y delicioso, como siempre. “Mira, he sobrevivido. ¿No estarás tan asustada de hacer algo que yo acabo de hacer, fierecilla? ¿No estarás tratando de mostrarme que este jeque grande y malo no puede darte órdenes?”

Los ojos azules relampaguearon y ella se metió un trozo enorme en la boca. Bebió unos pocos sorbos de agua y uno de champán y masticó un poco antes de poder pasar un trozo tan grande por su garganta. Después de un par más de sorbos, fue capaz de respirar de nuevo con normalidad. Al menos, no parecía una ardilla rayada con la comida almacenada en las mejillas.

“¿Cuál es su veredicto, señorita Monroe?”

“¿Realmente? Es condenadamente genial. Es mucho más jugoso que cualquier pollo que haya comido.”

“Bueno, esto no es exactamente un Boston Market o un Purdue ^[3], así que no seas tan plebeya. Siempre va a ser excelente. Los chefs aquí son fabulosos.”

“Tengo la sensación de que aquí está lo mejor de todo, ¿tengo razón, Dvar?”

El asintió y se estiró, tomando su mano izquierda en la suya, apretándola firmemente. Estaba complacido de que ella le dejara, si no hubiera sido así no lo habría hecho. “No tienes idea de la razón que tienes.”

El bazar de Jan el-Jalili no se parecía a ningún sitio que Amy hubiera conocido jamás. Había sentido mucho vértigo en las treinta y seis horas anteriores, desde las calles llenas de nieve y sal de Boston a la multitud de cuerpos que empujaban a su alrededor en el calor. Se había cambiado, poniéndose simplemente unos vaqueros y una camiseta negra, pero, ante la insistencia de Dvar, se puso el caftán rosa por encima por recato. No fue exactamente una petición, no cuando la taser estaba cerca,

pero ella estaba contenta de llevar debajo ropas tan cómodas.

El bazar realmente consistía en una serie de edificios antiguos de piedra, terminados con intrincados minaretes y parapetos. Había mercancía por todas partes, incluso por la noche, y usaban focos y linternas para estimular a los compradores. Algunos eran simples puestos, solo mantas puestas en el suelo con bolsos o especias en ellos. Mujeres con vestidos largos y harapientos y las mejillas sucias de hollín y ceniza trataban de obtener la mejor oferta por sus mercancías. Algunos de los puestos eran enormes e impresionantes. Se le abrieron los ojos de par en par cuando se detuvieron en el puesto de las lámparas. No se parecían en nada a las complicadas lámparas de cristal de diseño occidental. En lugar de eso, eran bonitos globos de cristal soplado que brillaban como planetas y estrellas en la noche. Algunos tenían todavía más detalles, solo una fuente de luz, no con varios pisos, pero la parte de arriba de las esferas estaba cubierta con rejillas metálicas. Le recordaban a las luces de gas de las películas de época, pero no eran de metal sencillo o algo simple, no. Estaban grabados con diseños geométricos deslumbrantes y algunos, eran de brillantes azules o verdes azulados.

También había puestos con más ropa, más cosas que recordaban a Sherezade ^[4] o a la princesa Jasmine. Había tops cruzados y pantalones árabes en diferentes tonos de brillante carmesí, verde fluorescente o los más pálidos azules. Sin embargo, estaban hechos de tejido transparente en la zona del estómago y por encima de la clavícula. Se transparentaba lo suficiente para que los tops enojados brillaran realmente y fueran el centro de atención.

Los olores eran tan diferentes, también. Realmente, quizá fuera más adecuado decir que había olores. Nunca se había dado cuenta de lo esterilizado y artificial que era el mundo sellado herméticamente de los centros comerciales, ¿Aquí? Aquí podía oler la carne cocinada con pimentón en un puesto de comida callejera mezclada con el almizcle y el sudor de docenas de cuerpos y el aroma provocador del azafrán y la lavanda de un puesto de especias. Habían pasado por la sección de carne del mercado no hacía ni ocho minutos y el olor era picante, avasallador y algunas de las piezas parecían estar un poco pasadas.

Era real, un compromiso con la vida, y ella estaba impresionada por lo mucho que le gustaba.

Después de meses manteniéndose a flote sin saber cuáles iban a ser sus próximos pasos, era totalmente diferente sentirse tan conectada con el pulso de la humanidad latiendo a su alrededor.

Dvar estaba sonriendo ampliamente ante su actitud y, quizá, ella no debería mostrar en la cara tan claramente lo que sentía. Pero, de nuevo, ¿cuántas veces había estudiado esto? ¿Con cuánta frecuencia había leído historias sobre bazares locales y de beduinos? ¿Con cuánta frecuencia había leído sobre las maravillas y el esplendor del Medio Oriente y sus rutas comerciales? Quizá parte se debiera realmente a que había perdido su proyecto, su gran obra. Tenía la teoría, toda la historia sobre las Cruzadas y las culturas implicadas en ellas aprendida durante cuatro años metida en su cerebro, pero no tenía un punto de referencia real.

Nunca había oído el sudor de cientos de cuerpos apiñados en el bazar.

Nunca había visto el esplendor de tanta plata brillante en el pequeño puesto en el que se detuvieron. Todas las joyas estaban expuestas, pero un vigilante con su propia taser en la cadera vigilaba que no fueran robadas. Dvar se paró e hizo un gesto hacia todo lo expuesto.

“Puedes elegir lo que quieras, fierecilla. Sólo una cosa, así que elige sabiamente.”

Ella puso los ojos en blanco. “¿Todavía estás intentando comprarme?” Las palabras eran duras, pero el tono era juguetón y levantó la parte derecha de su boca en una media sonrisa.

Él se encogió de hombros. “Estoy honrando a mi jequesa. Elige lo que desees, mi amor.”

Ella le miró un poco asombrada con la expresión cariñosa que había utilizado. No creía que Dvar pudiera estar hablando en serio. Para ser sinceros, él apenas la conocía. Sin embargo, la forma en la que dijo la palabra “amor” fue dulce y le hizo sentir que le temblaban las rodillas. ¡Por Dios! pero... ¿qué le estaba pasando? ¿Todavía quería intentar llamar a su hermana para pedirle ayuda en cuanto encontrara un teléfono?

Amy ya no estaba tan segura.

Aun así, le ofreció una sonrisa educada, recuperándose rápidamente de la impresión que le habían producido sus propias revelaciones internas. El mercado tenía grandes brazaletes de plata con filigranas y bonitas turquesas, jade y amatistas en el centro. Había cruces coptas que acababan en cada extremo en diseños similares a estrellas y largos picos, algunas cubiertas con brillantes cuentas amarillas y rojas. Los collares eran enormes declaraciones de intenciones, algunos de ellos con un grosor de hasta cinco centímetros y compuestos de hileras alternadas de plata y gruesas cuentas de turquesa. Estaban hechos a imitación de los diseños de la joyería de la época del rey Tut, incluso aunque no fueran reales. Incluso, algunos de los colgantes imitaban la herencia del antiguo país con halcones y escarabajos en piedra roja jaspeada.

Ninguno de ellos, sin embargo, era exactamente lo que ella tenía estaba buscando. Mientras su... espera, ¿cuál era la palabra adecuada? ¿Mientras su secuestrador? ¿Amante? Oh, déjalo. Mientras Dvar buscaba entre sencillos colgantes de plata, de un estilo mucho más occidental y comprensible, su atención se dirigió finalmente a una larga cadena que terminaba en un gran ojo abierto. Se había añadido detalles con algún tipo de piedra azul para hacer que el ojo pareciera, al mismo tiempo, mirar en todas direcciones y estar delineado con kohl.

“¿Qué es eso?” preguntó ella, señalando el colgante.

Tanto el dependiente, un hombrecillo rechoncho y locuaz, como Dvar la miraron. El hombre se entusiasmó, y volviéndose hacia ella, empezó a hablar rápidamente en árabe. Dvar frunció el ceño y miró al collar como si fuera tan ordinario como los diseñados para engatusar a los turistas. Pasó las manos por encima del metal y el borde chapado en oro, ese extraño metal azul alrededor del ojo.

“Es un ojo turco. ¿Sabes lo que es?”

“No.”

“Es un colgante que habitualmente se regala a los niños pequeños para protegerlos de los espíritus malignos, pero hay adultos que lo utilizan como forma de mantener alejada la mala suerte. Todo se basa en cuentos de viejas y supersticiones. ¿No te gustaría algo un poco más sofisticado? Como te he dicho, puedes elegir cualquier cosa de aquí o, joder, podemos ir también a ver a uno de los vendedores de oro.”

Ella sacudió la cabeza. “No, hay algo especial en este.” Y diciendo eso, Amy lo cogió y rápidamente abrochó el cierre alrededor de su cuello. El medallón le quedaba largo y el ojo colgaba entre sus pechos, por encima de las joyas de amatista que no se había quitado antes.

Dvar sacudió la cabeza mientras metía la mano en su bolsillo y sacaba los billetes extranjeros de brillantes colores. Dijo algo brusco y rápido en árabe antes de pasarle el brazo por los hombros y guiarla hacia el puesto de pinchos, en el que estaban cocinando esta carne que olía increíblemente y le producía un hormigueo en la nariz con toques de pimentón.

Es posible que el pichón fuera demasiado pequeño para alimentarla hasta el día siguiente puesto que su estómago estaba haciendo ruidos.

El frunció el ceño al ver el ojo azul acurrucado en su pecho. “¿Realmente crees que necesitas la buena suerte?”

Ella asintió. “He sido secuestrada por un jeque perverso, uno que quiere hacer lo que quiera conmigo en los museos públicos. Nunca sé de qué tendría que protegerme.”

Él sonrió mientras atravesaban un estrecho callejón y su mano se movió como una serpiente bajo su caftán y su camiseta. Las ásperas manos estaban sobre su pecho derecho, amasándolo y ella paró entonces, gimiendo un poco por el esfuerzo. Era la sensación más asombrosa que jamás había sentido. Sus caricias, incluso las más básicas, la volvían salvaje y anhelante, convirtiendo sus huesos en gelatina y aflojando sus músculos.

Ella le deseaba.

Lo había hecho desde el momento en el que le vio en la cafetería, con sus ojos de jade brillando ante ella y su barba bien recortada que de alguna manera la incitaba a lamerla. Sin embargo, no estaban en un ala privada del museo y ella no estaba lista para ser arrestada – ni siquiera con todo el dinero que tenía él – y empujada en una cárcel extranjera por escándalo público. Inclinandose hacia él, le besó en la mejilla.

“Eso para luego,” susurró ella. “Ahora vamos a comprar comida.”

“¿Seguro que es de comida de lo que tienes hambre?”, ronroneó él, con su voz convertida en ese murmullo sordo que hacía que el calor se extendiera por su abdomen y su núcleo más interno se estremeciera de necesidad.

“No, nunca, Dvar. Llévame al Mena House. Creo que me prometiste algunos cuidados especiales,” dijo ella, con la voz más susurrante que nunca en su vida.

Diablos, después de todo, era una Monroe, ¿o no?

Ella estaba estirándose desnuda delante de él. No era tan extraño. La había visto totalmente desnuda en la ducha esa mañana y después habían follado. Sin embargo esto era diferente, algo mucho más delicado y vulnerable. Las sábanas de seda parecían el cielo en su piel, especialmente para la dolorida piel de su culo. El enorme y dorado cabecero brillaba incluso a la débil luz de la luna.

A ella le encantaba.

Producía un intrincado juego de luces y sombras reflejadas que jugaban con los pómulos de Dvar, haciendo que parecieran más altos y más pronunciados. Era como si hubiera sido esculpido en mármol, moldeado por las manos más expertas. Lo había pensado desde la primera vez que lo vio y no podía conseguir que su mente dejara de hacer comparaciones con el David, incluso aunque Dvar estaba mucho, pero que mucho más dotado. Sin embargo, era perfecto, como si Dios, o el destino, o el Universo le hubieran creado como un proyecto especial para ponerle por encima de todos los demás hombres que ya estaban ahí fuera

Misión cumplida.

Después de todo, ella no quería nada más que lamer cada pulgada de él, dibujar con su lengua la cresta de sus abdominales. Coño, quería contarlos todos. ¿Podía existir un pack de diez? Ella podría perderse en su físico, en sus estrechas caderas o en el modo en el que su vello bajaba juguetonamente desde su hueso púbico hasta el grueso y oscuro montón de vello encima de su miembro.

Pero no estaba bien.

Todo esto la disgustaba. Se estaba enamorando de él, podía sentir que disfrutaba realmente de su compañía, riendo las bromas que él hacía y simpatizando con sus propias pérdidas y responsabilidades. Incluso podría admitir que había algo divertido en ser su Cenicienta, en permitirle colmarla de regalos y viajes. Esto podría ser algo que ella pudiera amar.

No era como si nunca más fuera a ver a su hermana o a su sobrino. Cielos, si seguramente les vería más siendo la reina de una nación vecina y aliada de lo que lo hubiera hecho viviendo en otro continente. Farzad y Dvar eran primos cercanos, así que claramente su familia lo aprobaría.

Era solo... que no eran sus planes ni sus normas y ella no quería ceder el control.

Lo mejor que podía hacer era quitarse voluntariamente la ropa y esperar a ver que iba a hacer él con el aloe vera que llevaba en la mano, que entendía él por cuidados especiales.

Dvar se movió sobre sus codos y rodillas a través de la mastodóntica cama. Sus manos sujetaban un trapo y la botella de aloe vera, respectivamente, pero, incluso con el poco natural modo de moverse, él era la gracia encarnada. Ella tuvo flashes de una pantera o algún otro poderoso depredador acechándola a través de la seda y el colchón debajo de ella ya se estaba humedeciendo con sus propios jugos.

Se paró y puso la botella y el trapo en la mesita de noche, a su lado. Se movió sobre ella, dejando que su erección se moviera de arriba abajo delante de ella y le hiciera cosquillas en la sensible piel de su abdomen, incluso entrando un poco en su ombligo.

Ella se rio nerviosamente y se retorció mientras él volvía atrás y se sentaba a su lado. El aloe vera estaba de nuevo en sus manos y él se frotaba las manos una contra otra, extendiendo el verde bálsamo en ellas.

“Nunca deberías llevar ropa,” dijo. “Estás increíble sin ropa. Es como si estuvieras hecha para estar desnuda, no bromeo.”

“Creo que estás bromeando un poquito, mi seeñor,” dijo ella, estirando el título como había hecho antes. Ella sabía que le enfadaba, pero Amy estaba empezando a entender que, a pesar de sus duras palabras, bueno, a Dvar parecía gustarle que ella le contestara. Que paradójico era este hombre. “Sé que no soy espectacular. Si soy algo, soy un poco demasiado delgada.”

“Estás resplandeciente,” dijo él y había una veneración en su tono que de nuevo la sacudió, como cuando la llamó “amor.” Quizá ella significaba más o estaba empezando a significar más para él de lo que incluso él entendía. “Ahora,” ordenó él, con voz profunda y resonante. “Túmbate boca abajo.”

“¿Qué me harás si no lo hago?” le provocó ella. “Tienes la mano cubierta de aloe – las dos, en realidad. Ahora no puedes maltratarme, Dvar.”

“Puedo ordenar que lo hagan, mi reina.”

Ella soltó una risita, se puso boca abajo y siseó un poco por lo frías que tenía las manos. Él las estaba pasando por sus nalgas, extendiendo el aloe en los puntos que él había dejado doloridos antes con sus propias manos.

“Joder, se te ha puesto rojo.”

“¿Hay grandes y cómicas huellas rojas de manos?” preguntó ella, endureciendo el tono.

Ella se había sorprendido cuando él lo había hecho y se le habían saltado las lágrimas. Ella sabía condenadamente bien que había un precio por desobedecerle, por tratar de ser ella misma, la mujer que ella quería ser. No tenía ningún interés en asustarse por eso. Maldita sea, sufriría las consecuencias una docena de veces más antes de convertirse en una lánguida damisela.

“No,” dijo él, su tono también era duro, como el diamante, aunque continuó con sus atenciones. Sus manos grandes se sentían alucinantes en su trasero, amasándolo con el mayor cuidado y atención. Aunque las marcas todavía quemaban donde la había golpeado exactamente, ahora estaban casi normales gracias al refrescante aloe. “Todavía está un poco rojo, pero estarás bien por la mañana. Además,” dijo él, inclinándose para provocar el lóbulo de su oreja otra vez. “Si no te hubiera pegado, ahora no tendrías esto.” Él enfatizó su argumento limpiándose una mano en las sábanas y moviéndola bajo sus caderas para tocar su vello púbico. “Venga. No puedes decirme que esto no vale la pena. Estoy aquí, mi jequesa, y estoy listo para adorar tu cuerpo. Todo lo que tienes que hacer es decirme que quieres que haga.”

Ella se estremeció bajo su caricia, pero entonces, de repente, se dio la vuelta para mirarle, clavando los ojos en los suyos. Esos pozos de jade que casi brillaban como esmeraldas a la luz de la luna. Se le cortó la respiración. Maldita sea. Esto sería más fácil si él no fuera tan condenadamente guapo. “Solo túmbate a mi lado. Solo quiero que me abracés fuerte.”

El asintió y se limpió ambas manos en las sábanas. Dvar se tumbó en el colchón a su lado y abrió ampliamente los brazos. Ella se enroscó contra él, su trasero contra sus caderas, mientras su larga dureza presionaba contra ella. Su miembro se retorció un poco tras ella, y no era tonta, sabía que él hubiera querido más. Había pasado tiempo desde la ducha y él no había tenido un orgasmo en el museo como ella.

Pero esto era lo que ella necesitaba – la intimidad.

Ella acomodó la barbilla contra su hombro y bostezó. “Gracias, me siento mejor”,

Él la besó en la sien e inclinó la cabeza contra la suya. “Cualquier cosa por ti, fierecilla.”

Ella se fue quedando dormida, creyendo que, en gran parte, era verdad.

Capítulo Siete

La mano de ella estaba blanda y caliente en la suya mientras esperaban ante las grandes puertas francesas que iban de suelo a techo y que les separaban del balcón de palacio. Era la gran tarima desde la cual él daba discursos y hacía promesas a su pueblo. Ahora tenía algo nuevo. Algo había cambiado la última noche en El Cairo, algo había sosegado a Amy y no había vuelto a quedarse mirándole furiosa. Había dejado de mirar a los teléfonos y a las personas que los atendían melancólicamente. Sin embargo, era más que eso. También era diferente para él. Siempre había sido un hombre que podía tomar o dejar a sus mujeres. Las mujeres del harén le daban placer, en particular Kamala, que era adorable y tenía una lengua tan sorprendente y dedicada – pero nunca había sentido que esas mujeres se le metieran bajo la piel.

Él había elegido a Amy porque le interesaba, porque era hermosa y feroz, pero ella tenía que ser, como le había dicho a Hakim, poco más que una distracción. Una reina, sí, pero él no había esperado amor profundo y espiritual.

Solo había pasado un par de días con ella. No podía decir todavía con exactitud qué era esto.

Pero había algo.

Él nunca había dormido tan bien como cuando la había sostenido en sus brazos. Las pesadillas que le habían asaltado desde la muerte de su padre no le habían molestado la noche anterior. Después, por la mañana, no hubo mayor placer para él que ver como los dorados rayos del sol naciente jugaban con su pelo oscuro y su pálida piel. Ella se había convertido para él en algo más que un deseo o una obsesión y él deseaba desesperadamente que su pueblo lo entendiera.

Más que por sus sentimientos o los de su pueblo, él tenía esperanzas porque ella estaba cambiando, también. Él esperaba que ella también quisiera hacer su trabajo y no invirtiera su tiempo solo en elaborar un plan de huida. No podía estar seguro, pero la alegría en aquellos pozos de zafiro se había sentido tan real, tan tranquilizadora esa mañana. Él no podía creer que ella pudiera fingirlo, no creía que tuviera esa habilidad. Él se había aferrado a ello porque quería a su reina a su lado, tan completamente comprometida como lo estaba él con todo.

“¿Estamos esperando? Creía que tenías aquí las cámaras y los consejeros del gobierno y el resto de la gente... ¿y nos están esperando?” preguntó ella con voz temblorosa.

Él estiró el brazo y le retiró el pelo de la cara. Algunas veces los negros mechones, desfilados e irregulares, se le caían a los ojos. El peluquero real iba a tener mucho trabajo para arreglar eso de alguna manera. Sus ojos eran tan profundos como el maldito océano y nunca deberían ser ocultados al mundo. Eran tan regios como ella iba a llegar a ser.

“No tienes nada que temer. Mi gente va a adorarte. Ya has visto lo bien que Omai y los otros países han recibido a sus novias americanas. Ellos saben que les servirás bien.”

Ella asintió. “Es mucha gente. Nunca esperé llegar a ser el tipo de persona que atrae multitudes.”

“Confía en mí, fierecilla, *pareces* la clase de mujer que puede hacer eso y botar diez mil barcos,” replicó él besándole la mejilla. “Estás lista, ¿verdad, señorita Monroe?”

Ella suspiró y miró hacia abajo, a los baldosines del suelo del palacio, sus ojos parecían hipnotizados por los patrones geométricos, la complejidad de la alternancia de los triángulos azules y dorados. “¿No querrás decir “Jequesa Yassin”?”

“Todavía no es oficial, pero lo será, y será glorioso.”

Ella suspiró de nuevo y le miró, y ni siquiera él pudo dejar de ver que sus ojos estaban acuosos y empañados. “Solo prométeme que no voy a perderme a mí misma, que no vas a desecharme como una baratija y veremos a donde me lleva este camino.”

Él reprimió una amplia sonrisa. Sinceramente, era la mejor noticia que había oído en meses en especial con el peligro al que estaba sometido su país, tan cerca del umbral de la guerra. “Bueno, supongo que intentarlo y no insistir en que soy tu jodido secuestrador es un comienzo.”

“¿Verdad? No dejes que se te suba a la cabeza, Dvar.”

“Nunca lo haré,” dijo, tomando el brazo de ella con el suyo y dirigiéndola hacia el balcón.

La multitud se contaba por cientos de personas bajo su gobierno, todos leales súbditos con sus mejores túnicas y burkas, todos vitoreando en el momento en el que Amy y él alcanzaron el extremo, junto a la barandilla. Tomó la mano de ella entre las suyas y después las elevó por encima de sus cabezas, como si fueran los ganadores de una carrera. Quizá si esto funcionaba, fuera una victoria aún mayor, encontrar amor y consuelo en el otro en un mundo tan difícil.

Dándole a Amy un beso en los labios, soltó su mano y caminó hacia el estrado. Había preparado un breve discurso, a fin de cuentas, y necesitaba que sus súbditos entendieran la alegría que les había llevado. Hablando en árabe, dijo “Pueblo mío, Jardania siempre ha sido una nación fuerte y orgullosa.” Los vítores de la multitud y los ojos de su fierecilla, tan concentrados en él, animaron a Dvar a continuar. “Somos un faro de esperanza y progreso para nuestros vecinos, una tierra que se ha mantenido en paz desde el sacrificio de mi padre. Siempre hemos perdurado y, por si los tiempos se ponen duros de nuevo, he traído un gran regalo procedente de América. Ella es Amy Monroe, que pronto será la Jequesa Yassin y, algún día, la madre de mis hijos, del próximo jeque. Abrazadla tan cálidamente como lo hicisteis conmigo después de la muerte de mi padre, dadle la bienvenida a nuestro hogar.”

Él sonrió y bajó del estrado, caminando hacia Amy y llevándola de vuelta a su lado como la reina que era. “¡Vuestra Jequesa!”

La multitud rugió, aplaudiendo salvajemente bajo ellos. Algunos de los hombres se retiraron los pañuelos de la cabeza y los ondearon en señal de aprobación, tratando de reprimir su entusiasmo. A su lado, el rostro de Amy era muy expresivo. Se le abrió la boca y sus ojos azules brillaban con el sol de las últimas horas de la tarde.

Ella tenía que sentirse tan sobrepasada como él, especialmente con el calor de su pueblo extendiéndose hacia ella.

Dvar se inclinó y le dio un largo beso, la lengua jugueteando con la de ella. Separándose, le sonrió, tocándola con la cara sólo un poco, con su bien recortada barba. “Bienvenida a casa, fierecilla.”

Cuando las festividades de la tarde noche acabaron, Amy se sintió aliviada. Ella había asumido que directamente después de su sorprendentemente cálida recepción, sería conducida a las habitaciones que iba a compartir con el jeque. Sin embargo, Dvar se había disculpado con el ceño fruncido, mencionando que tenía una conferencia telefónica con sus primos sobre la creciente crisis con Lebarón y que Phedre la llevaría a las dependencias del harén y la acomodaría lo mejor posible, con ropas apropiadas para la noche. También la presentaría al resto de las mujeres del harén. Se había ido con tanta prisa que no había podido preguntarle sobre ello. ¿Iba a ser una entre muchas? Incluso si ella era la reina y la candidata a madre de sus hijos algún día, ¿iba a tener que competir por su atención entre un mar de mujeres núbiles vestidas con reveladores caftanes y pantalones árabes?

Simplemente no lo sabía y eso la aterrizzaba.

Aun así, sonrió mientras la mujer mayor la conducía bajo los largos e intrincados pasillos hacia las dependencias del harén. Phedre era adorable, hasta con el cabello casi gris debido a su avanzada edad. Colgaba por su espalda, cayendo hasta la mitad de la cadera en una larga y gruesa trenza. Su nariz era afilada y ligeramente aguileña y sus ojos marrones eran cálidos y amables.

“Entonces...” dijo Amy, sorprendiéndose a sí misma al darse cuenta de que ya no estaba tratando de luchar por todo.

Había dejado de contemplar la posibilidad de darse la vuelta y correr por su vida y por su libertad, había dejado de buscar a su alrededor acceso a un teléfono o a otra forma de comunicación. De todas formas, seguramente su hermana Alexis la vería pronto en las noticias. Ahora, después de la última noche y de la seguridad que había sentido extenderse sobre ella mientras dormía en los brazos de Dvar, no quería huir. Si además se le añadía el cálido recibimiento de su pueblo y la absoluta belleza tanto de Jardania como del palacio, entonces era como un cuento de hadas. En gran medida, no podía creerlo. Sabía que no duraría. Después de todo, Amy no era esa clase de chica. Ella no era esa chica a la que le ocurrían cosas felices. Ella era la chica abandonada y sola, la indecisa sin ningún plan en la vida.

Aun así, podría vivir con esto. Podría intentarlo. Incluso si solo durara un tiempo, aunque fuera una gloria tan efímera como Brigadoon^[5], ella podría intentarlo. Podría permitirse a sí misma ser feliz, aunque solo fuera por una vez. *Después de todo*, le dijo una voz pequeña y fría que parecía hablar desde sus tripas, *nunca has tenido planes reales o un futuro que empezar a poner en marcha*.

Phedre notó que se había separado de ella y se dio la vuelta para mirar fijamente a Amy, con sus grandes ojos marrones desbordantes de preocupación. “Entonces, ¿qué? Mi jequesa, si me permite, parece preocupada. No puedo entender a qué se debe. Todo el mundo está encantado de que esté usted aquí. Para ser sincera, han pasado años desde la última vez que vi a Dvar sonreír así.”

“Siempre está bromeando conmigo. Es tan jovial que no puedo creer que sea reservado”

“Eso es porque es jovial *con usted*,” señaló ella. “Entre nosotras, mi jequesa, él es más que reservado. He visto la forma en que la sonríe y estoy contenta de que tengan eso. He tratado de hacer todo lo que estuviera en mi mano para ayudarle y consolarle después que perdiera a sus padres.”

“¿Su madre también?”

“Murió pocos años después que su padre, básicamente consumida de pena.”

“¡Oh, Dios mío!” dijo Amy cuando empezaron a caminar de nuevo. “Pero no lo entiendo.”

“¿No lo entiende?”

“No, quiero decir que ella claramente amó a su padre, supongo, si me has dicho que murió porque se le rompió el corazón.”

“En esencia, así fue,” dijo la otra mujer mientras giraba bruscamente a la derecha. Quizá era una buena cosa que Amy no estuviera tratando de escapar a ninguna parte. Después de todo, aunque consiguiera huir, nunca encontraría el camino a través de los laberínticos pasillos del palacio. “Pero, ¿por qué tiene dudas sobre ello?”

Amy se sonrojó, sintiendo como la sangre se agolpaba rápida y furiosamente en sus mejillas. “Bueno, para ser sinceros, él todavía visitaba su harén, ¿no?”

Si Phedre sentía algo de vergüenza por haber sido parte de ello no dijo nada. “Sí, pero aquello era diferente. El jeque y yo tuvimos relaciones físicas ocasionales hasta que murió, pero eso era todo. Él amaba a su reina, pero necesitaba desahogarse de otras formas.”

“¡Pero eso no es amor! En América nunca hacemos eso.”

“¿No hay aventuras amorosas, matrimonios abiertos o poliamor?”

“Venga ya, eso no es lo mismo. Estás hablando de una boda verdadera, pero luego él puede bajar al vestíbulo y de entre un grupo de bellezas elegir a la que más le guste, ¡como si fuera un maldito buffet!”

Phedre se rio. “Ya me doy cuenta de por qué Dvar se ríe tanto con usted. Tiene un fuego tan abrasador en su interior. No entiende nada de nuestras costumbres, pero piensa que las conoce. Si este enfado es por su jeque y sus miedos sobre lo que Dvar va a hacer, hasta donde yo sé, no ha decidido todavía cuáles van a ser sus disposiciones.”

“Entonces eso me hace sentir mucho mejor. Él me ha sacado de mi hogar, y, honestamente, estoy demasiado intrigada por lo que él me está ofreciendo para decir rotundamente que no, pero, al mismo tiempo, ¿cómo puede decirme que le importo cuando tiene docenas de mujeres jadeando tras él cada noche?”

“Eso es algo que tendrán que establecer juntos,” dijo Phedre, haciendo un último giro.

Pararon frente a una puerta enorme, que tenía fácilmente cuatro metros y medio de alto y estaba tallada en madera maciza. Estaba recubierta de hojas de oro y ella se sintió de repente como si necesitara preguntar cuál era la contraseña adecuada para tener su propia audiencia con el maravilloso Mago de Oz.

“Guau, ¿he llegado a las auténticas Mil y Una Noches o a la película *Aladdín*? Yo he... ¡hala!”

Phedre sonrió, era como el gesto de una esfinge que no oculta bajo él sus auténticos sentimientos, no realmente. “Ahora entiende por qué las mujeres llegan aquí tan jóvenes y con tantas esperanzas, enviadas por sus familias. Hace cuarenta años, sentí lo mismo que usted cuando lo vi por mí misma. Es surrealista y grandioso.”

Ella se estiró y empujó las grandes puertas para que se abrieran. “Bienvenida al harén, mi jequesa.”

Amy jadeó ante el altísimo techo de bóveda. Estaba lleno de mosaicos y parecía encajar perfectamente en una mezquita o en las antiguas torrecillas que había visto en El Cairo. Las sedas más brillantes colgaban del techo, creando un precioso dosel para un espacio tan grande como varios campos de fútbol. En una esquina había una serie de antiguos tocadores, todos de mármol blanco y con enormes espejos. En otro rincón había una colección de suaves almohadas y cojines, confeccionados en seda y satén, tan brillantes como un arco iris. Finalmente, había una serie de camas pequeñas, pero adorables, cada una con sus propios postes y doseles también. Debía haber dos docenas dispersas por uno de los lados de la habitación y ella supo en ese momento que tendría que competir con veintitrés mujeres (obviamente, Phedre era como una madre para Dvar). Veintitrés mujeres que podrían darle placer si un día ella no podía.

Y aunque solo le conocía desde hacía un par de días, se le hizo un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ella era bajita y menuda, una chica pálida con el pelo teñido y cortado diabólicamente en nombre de la experimentación propia de los veinteañeros. No podía competir con estas exóticas bellezas exuberantes con curvas pronunciadas y pechos bien realzados por las sedas que vestían.

Amy era del montón, después de todo, y no había nada que pudiera hacer para ganar frente a esas mujeres.

Cuando él tuviera ganas de venir aquí, lo haría.

Una mano gentil le tocó el hombro y los ojos oscuros de Phedre la miraban, con la ansiedad dibujada en ellos. “¿Está bien, mi jequesa?”

Ella asintió. “Solo es que no tenía ni idea de lo complejo y bonito que es esto.” Amy trató de sonar como si ella solo se refiriera a cómo estaba dispuesto todo, pero estaba bastante segura de que no podía engañar a Phedre, ni hacer nada para que sus ojos enmascararan sus verdaderos sentimientos.

Una chica alta, que claramente no tenía más de diecinueve o veinte años y era una cabeza más alta que ella, entró en la habitación dando pasos largos. Tenía el pecho largo y amplio, apenas contenido por su top cruzado. Su cara con forma de corazón estaba rota por una extraña nariz aguileña y tenía unos fríos ojos grises que la miraban fijamente.

“Sí, somos hermosas, ¿verdad, *reina*?” la voz de la muchacha estaba llena de desdén.

Amy se irguió en toda su estatura (de acuerdo, no era mucho) y puso las manos en las caderas. “¿Quién eres tú?”

“Mi nombre es Kamala, mi reina, y soy la favorita del harén. He sido entrenada como acróbata en mi juventud y el jeque siempre me ha favorecido por mi flexibilidad,” ella siseó aquella última palabra y Amy reprimió su urgencia, su ardiente deseo de abofetear a la otra mujer. Podía volver loco a Dvar, pero aún peor, aquella perra podía conseguir su simpatía antes que ella. Eso no podía consentirse. “Entonces, ¿cómo puedo ayudarle, mi reina? ¿Necesita un vestido mejor? ¿Quizá ayuda con esas puntas abiertas?”

Ella sacudió a cabeza y cerró las manos como puños en sus costados. “En realidad, tengo a Phedre, que estoy segura de que podrá ayudarme.” Con eso, se dirigió con largos pasos hacia los tocadores y esperó a que la mujer mayor se reuniera con ella. Cuando Amy habló de nuevo sus palabras salieron rápidas y enfadadas y no pudo controlar su voz todo lo que hubiera querido. “¿Quién es ella? No puede ser la favorita de Dvar. No es posible. Es fría y cruel como una maldita serpiente, incluso yo puedo sentir el veneno que destila.”

Phedre sacudió la cabeza. “Seguramente ella es la favorita y no está equivocada sobre sus *talentos*, como ella los llama.”

Bajó los hombros y se sintió agradecida por la amabilidad de Phedre, contenta por contar con la otra mujer que la acunaba y la mecía. “¿Ella es la favorita?”

“Lo era antes de que usted llegara y ahora no está contenta. Ignore lo que ha dicho. Aquí se dice que “sólo los corazones envenenados pueden decir palabras tan venenosas”. Está celosa, querida, así que no le preste atención.”

Amy suspiró y miró a su pálido reflejo en el espejo. Parecía cansada y demacrada por los últimos días de nervios y viajes. Sus ojos tenían grandes círculos oscuros debajo de ellos y no era nada en comparación con la otra chica, con su piel oscura, olivácea y sus ojos bellamente perfilados. “Quizá esto no podía durar más que un suspiro.”

“O podría confiar en mí,” dijo Phedre, empuñando un cepillo, así como unos estuches de maquillaje. “Kamala era una chica sencilla cuando llegó aquí, y yo la ayudé a darse cuenta de cómo utilizar mejor sus encantos femeninos. Así es como son las cosas, y voy a enseñarle también a usted.”

“¿Por qué? ¿Es que se puede evitar que Kamala sea la favorita?”

“Es una abusona y es cruel con todas las chicas aquí. Nada me gustaría más que que fuera humillada y expulsada,” continuó cogiendo un brillante peine de plata, adornado con rubíes y diamantes. Tenía forma de halcón y Amy lo miró fijamente, por los recuerdos que le traía de su reciente viaje a El Cairo. “Mi reina, cuando haya acabado contigo, ninguna mujer podrá compararse contigo. Para mí será un honor y un placer.”

Capítulo Ocho

El jardín estaba preparado con todo lo que podía pensar. La noche siguiente, después de un largo día de reuniones, Dvar lo había preparado todo para un picnic perfecto con su reina. El jardín, por sí mismo, era un precioso lugar. Tenía bonitos zarcillos colgantes de hiedra y madreselva. Había bonitas estatuas de mármol de querubines y ángeles. Y subrayándolo todo estaba la fuente central que se iluminaba por las noches y cambiaba de color en un bucle sin fin del azul al rosa, del rosa al lavanda y vuelta a empezar. Sin embargo, lo más destacado del jardín eran los innumerables y tupidos rosales. Habían sido una colección de concurso de su madre. Cada uno tenía un tipo diferente de flores y él estaba rodeado por explosiones de pétalos de color rojo sangre, naranja y blancos. Algunas eran de color violeta o incluso más oscuras, especialmente a la luz de la luna.

Para cenar, había preparado algo sencillo, solo algo de pan plano y dátiles. La carne era pierna de cordero, que era fácil de poner dentro del pan plano para llevárselo a la boca.

Cuando Amy entró en el jardín, se evaporaron todas sus reservas sobre follar con ella por todas partes. Llevaba un conjunto que él le había comprado en el bazar en secreto, un par de pantalones árabes que conjuntaban con un top cruzado incrustado de diamantes y rubíes. Había finas capas de gasa por encima de su vientre, técnicamente cubriendo su desnudez, pero él podía ver fácilmente a través de la tela la franja de maravillosa piel blanca que había debajo. Estaba intrigado y encantado con el zafiro azul que adornaba su ombligo.

A juzgar por ese detalle y por la cantidad de horquillas y peinetas en su cabello – su largo cabello – él asumió que Phedre la había ayudado con la elección de vestuario, así como a añadir extensiones a su pelo.

Lo aprobaba.

Joder, a juzgar por la forma en que su miembro de había endurecido y apretaba contra la tela de sus pantalones, estaba definitivamente seguro de que *todo* él lo aprobaba de sobra.

Todo ello quedaba totalmente redondeado por las largas líneas de kohl en sus ojos, las largas y luminosas pestañas alrededor de sus profundos ojos color zafiro y los labios, pintados de rojo sangre. Esos labios que él no podía esperar para que envolvieran su erección. El toque final era la sencilla cadena de plata que colgaba en su cuello con el reluciente ojo turco azul guardado a salvo entre sus pechos.

Finalmente, se puso de pie esperando que ella no se diera cuenta de cómo de *entusiasmado* se sentía al verla. Ella había pasado la noche anterior en el harén cuando su sesión de planificación se alargó y un día entero sin ella casi se le había hecho demasiado largo. Fue como si hubiera corrido la Maratón de Boston y solo al final, solo ahora, solo después de más de cuarenta y dos kilómetros, le estuviera permitido beber agua. Dvar la abrazó fuerte mientras sonreía.

“Mi jequesa, estás adorable, realmente tan sexy como ninguna fierecilla podría estar.”

Ella le miró y él notó ese delicioso sonrojo coloreando sus pálidas mejillas. “Me alegro de que te guste. Yo... el palacio entero es alucinante. He sentido como si cada habitación, cada atracción, fuera más hermosa que la anterior.”

Él se rio entre dientes y la condujo hasta la manta. Detrás de él, la fuente estaba iluminada en morado, lo que complementaba magníficamente el brillo de sus ojos. “Has visto muy poco. Cuando las cosas se calmen, no puedo esperar para llevarte a los establos para que veas lo hermosos que son mis caballos árabes premiados. Mi tío los criaba y yo adquirí la costumbre de mi primo Munir. Los disfrutarás,”

“Yo... no sé montar,” dijo ella, mirando a la manta mientras se sentaba. “Eso no será un problema, ¿verdad?”

Él sonrió. “No creo. Después de todo, fierecilla, tengo la sensación, de que hay pocas cosas que no puedes manejar. Realmente, te has ganado el corazón de mi pueblo, y el mío propio.”

Ella asintió y él vio cómo su garganta se movía arriba y abajo ligeramente al tragar. “Supongo.”

Frunciendo el ceño, metió la mano en la cesta y puso la comida sobre la manta. También sacó champán y sirvió para ella en un vaso. “Pareces preocupada. ¿Algo va mal, Amy?”

Ella parpadeó y él se dio cuenta de que debía ser porque había usado su verdadero nombre. No le parecía correcto provocarla llamándola señorita Monroe – después de todo, en breve sería su esposa legalmente, una vez que se hicieran los arreglos para la ceremonia. Ella iba a ser la jequesa Yassin y su antiguo nombre no tenía lugar aquí, entre ellos.

“No es nada.”

Él tomó un sorbo de su propia bebida, disfrutando de la forma en que las burbujas le hacían cosquillas en la nariz. “¿No tienes hambre? Es una comida sencilla y te prometo que he reservado el pichón para otra noche.” Hizo un gesto hacia el cordero, preparado a fuego lento y que prácticamente se desprendía del hueso. “No tienes nada en contra de esto, ¿verdad?”

Ella se rio un poco, con parte de su ánimo y habitual buen humor de vuelta. “No es eso. Y además, el otro día estaba de broma con el pichón. Me comí uno entero y yo sola y fue la carne más condenadamente jugosa que jamás haya comido.”

Él sonrió con suficiencia y se acercó lentamente a ella. “Hay hoy otras cosas incluso más succulentas para tu boca, te lo prometo.”

Ella se rio entre dientes. “Creo que me he dado cuenta.” Amy sorbió su bebida y después tomó unos pedazos del pan plano. “Es solo que el encuentro con el harén ha sido más abrumador de lo que podía haberme imaginado. Ellas son tan hermosas y yo no sé... aún no estoy segura de cuánto va a durar esto.”

Dejando su bebida, él extendió la mano y acarició su mejilla. “No he pedido a ninguna que sea mi esposa y me ayude a gobernar a mis súbditos. Hablo en serio.”

“Y estoy deseando saber a dónde va esto. No hay nada más para mí si vuelvo a casa, y estos últimos días han sido más que alucinantes, pero sé que nada dura para siempre. Mis padres no lo consiguieron.”

A él se le abrieron las ventanas de la nariz y movió la cabeza. “Yo *no* soy así.”

“Tienes veintitrés mujeres a menos de setenta metros de aquí que están deseando cubrir cualquiera de tus necesidades y saben cuáles son. Esa Kamala no lo guarda en secreto, en absoluto.”

Dvar lo pensó. Había cosas que adoraba hacer con Kamala, o, al menos, había adorado hacerlas. Esa chica siempre quería probar cualquier cosa, era tan flexible y elegante y estaba tan ávida... Lo echaría de menos, pero nunca podía haberse imaginado que su novia americana fuera tan contraria a un harén, puesto que los matrimonios abiertos eran mejores que un divorcio.

Tomó las manos de ella entre las suyas y las apretó firmemente. “¿Eso es lo que te molesta tanto? ¿Lo que tengamos Kamala y yo? Ella no es alguien a quien yo jamás haya considerado mi igual.”

“Entonces, puede que yo solo sea un poco de estímulo verbal y una yegua de cría, si es que llegamos tan lejos alguna vez.”

“No, no es eso en absoluto.”

“Entonces, ¿podemos intentarlo solo nosotros? ¿Podemos construir algo antes? Sé que el harén es una tradición y tú has tenido años para disfrutar de todos sus beneficios, pero significaría mucho para mi si yo fuera la única mujer a la que acudirías. ¿Te parece justo?”

Él respiró profundamente y sintió como se apretaba su mandíbula. Cuando habló, su voz sonaba baja y cargada de intención. “Tú no fijas los límites en nuestra relación. Yo estoy al mando, fierecilla, y pensé que lo sabías.”

“Tú sabes que mi hermana nos visitará pronto. Acabamos de salir en las noticias de Al Jazeera y sé que Alexis me llamará para comprobarlo. Incluso si no me dejas contestar, ella y Farzad estarán aquí lo antes posible para verlo con sus propios ojos. Me iré con ellos, lo juro, si no lo intentas y me das prioridad. Dame un año, y si no es suficiente, si todavía necesitas a Kamala o al resto del harén, entonces veremos que hacemos.”

“Sigues poniéndome condiciones.”

“No me importa. Te dejaré si sigues adelante con el harén.”

“Es una tradición.”

Sus ojos brillaban con fuego azul. “Si me quieres, tendrás que demostrármelo.”

Claro que se lo demostraría...

Dvar empujó toda la comida fuera de la manta, sin preocuparse de si aterrizaba en la fuente o entre los rosales. Entonces, se estiró para cogerla y ella trató de empujarle, pero ¡maldita sea! ella era suya y había necesitado cantidades de paciencia inhumanas para esperar tanto, para no abalanzarse sobre ella en el momento en el que entró en el jardín.

Ella se retorció bajo sus esfuerzos, pero él la sujetó tumbada, sujetándole las muñecas por encima de la cabeza y manteniéndola así. Sus caderas estaban aplastadas contra las de ella y cuando se quedó quieta debajo de él, supo que había sentido su erección tratando de entrar en ella, había sentido dentro de él su excitada pasión.

Él se inclinó más hacia abajo y rozó con sus dientes la piel de su cuello y Amy se estremeció y gimió debajo de él. Ella ya no luchaba para quitárselo de encima. Él la arañó de nuevo con los dientes, esta vez dibujando el camino hacia el hueco de su clavícula. Arqueó su larga lengua y comenzó a lamer su suave piel para probar su sabor, de adelfa y especias, de verano cálido y fresca verde. Era divina.

Y era suya,

Solo suya.

“Y ahora, ¿las reglas de quién estamos siguiendo?” preguntó él.

Ella le miró furiosa, incluso mientras él sujetaba sus muñecas. “Las mías.”

Él se encajó en ella casi dolorosamente, su miembro provocando su núcleo a través del tejido de sus ropas. “No. ¿Las reglas de quién, fierecilla? Sabes cuáles son. ¡Dilo!” él dio más fuerza a sus palabras succionando fuerte en su hombro, dibujando un chupetón amoratado, la piel volviéndose morada bajo sus labios. “¡Dilo!”

Ella gimió, sus ojos azules sombreados por sus pesados párpados. “Tus reglas, Dvar. Solo las tuyas.”

Él buscó a través de la tela del top y encontró su pezón derecho. Podía imaginar ese pico de color rosa oscuro bajo su mano. Masajeó su pecho y pellizcó el pezón entre sus dedos, convirtiéndolo en un punto atractivo punto duro. Amy gritó y corcoveó contra él, pero no de desesperación – sino de necesidad. Necesidad pura y animal y él tampoco podía ocultar su deseo.

Por eso les pareció que les llevaba demasiado tiempo quitarse la ropa. Pero ella pronto estuvo echada delante de él, desnuda de cintura para abajo, sus bellos rizos oscuros como un atractivo bosque delante de él. Él se inclinó y besó el ápice de sus muslos mientras sus manos jugaban con sus pechos y los agarraban.

Sentándose de nuevo, la sonrió. “¿De quién eres?”

“Tuya, solo tuya,” dijo, incorporándose y pasando los dedos, hábiles y delicados, por su miembro. “Te necesito dentro de mí, Dvar, por favor.”

Él se lo agradeció. Después de todo, había pasado mucho tiempo desde su ducha. Se situó encima de ella y deslizó su miembro en el interior de sus suaves pliegues. Él siseó al sentir el calor de ella, el maravilloso y apretado ajuste que parecía masajearle en toda su longitud mientras él entraba centímetro a centímetro. Encajaban de forma alucinante, como si ella estuviera hecha para él. Sus caderas se movieron por su cuenta entonces, su propia pasión atávica desbordándose. Él intentó ir despacio, hacer el amor con ella como había estado deseando, pero era más rápido que eso, cargado de hambre y urgencia.

La sentía increíble y él dejó que una de sus manos se deslizara por sus caderas y las apretara mientras la otra bajaba para tocar su clitoris. Amy siseó y le clavó las uñas lo mejor que pudo en los omoplatos, bajo la camisa. Le gustaba el aguijón de dolor que le producía su forma de agarrarse, los indicios de algo más en su jadeo. Se movió con él, sus piernas enlazadas alrededor de su cintura. El ritmo aumentó entre ellos y él sintió que sus pelotas se tensaban con anticipación. Ella se incorporó y le

besó, sus lenguas entrelazadas. Eso fue todo.

Él se corrió entonces, derramándose dentro de ella, sintiendo las espirales de placer atravesándole hasta que cayó sobre la manta. Ella se echó junto a él, gritando su propio placer y estremeciéndose a su lado. Al final, cuando ambos terminaron, él la arrastró a sus brazos y la sujetó muy cerca de él. La besó en la parte superior de la cabeza, evitando la peineta en forma de cabeza de halcón que llevaba, la que hacía que su cabello brillara como el ébano en contraste con sus rubies. Dvar habló.

“Te quiero.”

Oh, Alá, ¿realmente había salido eso de sus labios?

Él parpadeó despertándose a la vez que ella, como si les hubieran derramado un cubo de agua fría por encima. Era demasiado difícil de creer, de comprender realmente. Él solo había amado a su familia. Sí, había estado entretenido con alguna mujer o cautivado por su talento, pero esta saciedad era completamente diferente y mucho más real.

Unos ojos azules, grandes y asustados le devolvieron la mirada. Amy se mordió el labio y titubeó antes de hablar. “No lo entiendo.”

“Te quiero y tienes razón, no hay nadie más. No volveré a estar con el harén, nunca más.”

“Yo...”

Él la besó de nuevo, pero ella estaba todavía debajo de él. Tirando de ella, introdujo una mano en su cabello. Era tan suave y sedoso al tacto que tenía que recompensar generosamente a Phedre por el trabajo de cambio de imagen que había hecho. “Dí algo.”

“Me importas, y voy a intentarlo. Agradezco mucho que estés de acuerdo conmigo en lo del harén, pero eso es todo lo que te puedo dar en este momento.”

Él asintió y la acercó más a él, sintiendo su cuerpo delgado y enjuto contra el suyo. No era todo lo que él quería, pero tendría que servir por ahora porque no iba a dejar ir a su fierecilla.

Nunca.

Capítulo Nueve

Seis semanas después

Dvar frunció el ceño hablando con su primo Farzad por Skype. “¿Tus informes de inteligencia sobre las fuerzas de Lebano son exactos?”

Su primo suspiró y pasó una mano por su rebelde pelo oscuro. “Si, han estado revisándolo mis mejores espías y no hay duda sobre lo que está pasando. Se están movilizandoy pronto se dirigirán conjuntamente a tu frontera oriental y se aliarán con los rebeldes. Te enviaré pronto tropas y Alexis y yo os visitaremos la próxima semana para ayudarte a organizarlo todo. A mi esposa podría haberle tocado las narices la forma en la que has escondido a su hermana durante tanto tiempo.”

“No he escondido nada,” dijo él, sonriendo con suficiencia a su primo. “He estado ocupada y Amy también quería disfrutar del periodo de luna de miel.”

“¿Puedo decirte que eres un copión por traerte una novia americana para ti?”

Dvar lanzó una carcajada larga y potente. “Entonces, tú eres también un imitador por seguir los pasos de Munir. Pero estas mujeres americanas son algo más, ¿verdad?”

“Son difíciles, pero merecen la pena.”

Dvar asintió. “Estoy de acuerdo con eso de todo corazón, pero, ¿tú crees que podremos contener al ejército de Lebano? Si los informes de inteligencia de Munir son exactos, podrían tener también armas nucleares.”

“Primo, ¿alguien ha jodido alguna vez al imperio Yassin en los últimos trescientos años?”

Él se encogió de hombros. “Me retracto. Sólo desearía...”

“Yo también echo de menos a mi tío y a mi padre. Te entiendo,” se hizo eco Farzad.

“Entonces nos veremos la próxima semana y haremos que todos los que nos desafían lo lamenten.”

“Eso parece un buen plan.”

“Será un plan sólo si tenemos los pasos un poco más detallados,” dijo Dvar tristemente.

“Ahora mismo, todo lo que tengo es “patea el culo de Lebano,” pero no un mapa real de cómo conseguirlo.”

“Entonces, siéntete aliviado de que haya dos cabezas pensando y quizá la ayuda de esas feroces hermanas Monroe.”

“¿De verdad, dejas que una mujer haga planes contigo?”

“Conozco bien a mi mujer. Te veré el domingo,” replicó su primo, cortando la comunicación.

Dvar suspiró y se pellizó el puente de la nariz. Le martilleaba la cabeza y le sudaban las manos. Todo parecía más fácil con el apoyo de su primo y sus bromas, pero a la fría luz del día y en la enorme soledad de su sala de conferencias, las cosas parecían más opresivas. No podía dejar que ocho millones de personas sufrieran a causa de la crueldad de Lebano, pero él no era el líder que había sido su padre. Ya entonces, la última vez que Lebano les había invadido, habían perdido a su rey.

Sacudió la cabeza, preocupado por lo que sería de su país.

Además, en este momento él tenía más que perder. Ya no era sólo su reino y su gente a quienes él cuidaba con cariño, sino también a Amy, que también estaba manteniendo el acuerdo y pronto sería oficialmente su jequesa. Solo quedaba un mes para la boda, puesto que tenían que acudir dignatarios y llevar muchas cosas. No podía esperar al día en el que ella fuera oficialmente suya, cuando su anillo estuviera en el dedo de ella y el mullah los declarara uno ante Alá y el mundo.

“Señor”, dijo Hakim, entrando en la habitación, “Le he traído el almuerzo. ¿Hay algo más que pueda hacer para ayudarle?”

El asintió y consideró la oferta. “Comeré”

“Eso es nuevo. Parece haber perdido el apetito.”

“Hay una guerra en ciernes – no le hace ningún bien a la digestión de nadie.”

“Entonces necesitará conservar sus fuerzas,” argumentó Hakim. “¿Qué podría ayudarle a relajarse?”

Él sonrió. “La fierecilla es buena para eso.”

“No puede tener sexo a todas horas, mi jeque, pero quizá un largo día con ella podría ser bueno. Quizá hoy pueda mostrarle finalmente los establos y los caballos árabes.”

“¡Eres brillante! Sabía que había una razón para mantenerte conmigo,” argumentó Dvar.

“Pensaba que era por mi aspecto agradable y elegante, mi jeque.”

“Difícilmente,” dijo él, poniéndose de pie. “Volveré pronto.”

Con esas palabras, salió deprisa hacia los pasillos. Le llevaría un rato llegar al ala del palacio en la que estaba situado el harén. Algunas veces, incluso con su preocupación sobre las mujeres del harén, Amy se sentía reconfortada merodeando cerca de Phedre. Entró deprisa a través de la doble puerta e ignoró a la multitud de mujeres que le rodeó. Le echaban de menos, pero en ese momento de su vida, él no las extrañaba a ellas. Era especialmente receloso con Kamala y sus ojos se entrecerraron cuando ella se acercó a él. No guardó la distancia respetuosamente como hicieron las otras.

En lugar de eso, se inclinó hacia él, presionando sus senos contra su pecho de manera obvia (y desesperada). “Le hemos echado de menos.”

“No lo dudo,” dijo él, poniéndole las manos en los hombros y empujándola lejos de él.

Ella dio un pequeño traspie y su rostro se arruinó con un duro ceño fruncido un momento antes de recuperar el equilibrio. “Si alguna vez tiene necesidad de *cualquier cosa*, mi señor, sabe dónde encontrarme.”

“Sé dónde has estado durante seis semanas, Kamala. No es algo que pueda olvidar.”

Algunas de las otras chicas soltaron risitas a su alrededor y él se sintió recompensado cuando vio que sus mejillas se ponían de color escarlata de vergüenza e ira. Ella se dio la vuelta y se apresuró hacia el lado más lejano de la habitación.

Kamala aún le llamó por encima de su hombro mientras se retiraba. “Al final me querrás, Dvar. Un leopardo nunca cambia sus manchas.”

Apretando los puños a los lados de su cuerpo, él la ignoró. Nunca volvería a ella, sin importarle qué pudieran hacer sus manos y su lengua. Estaba enamorado y adoraba a su prometida. Kamala podía pudrirse en el infierno en lo que a él se refería, incluso aunque sus caderas le invitaran mientras ella salía pavoneándose. Dvar pasó entre el grupo hasta que encontró a Amy en los tocadores. Parecía extrañamente pálida, incluso para una americana, y se preguntó si habría dormido bien la noche anterior.

Extendió el brazo y la cogió por los hombros, y ella se sobresaltó cuando la abrazó.

¿Qué coño estaba pasando?

“¿Estás bien, fierecilla?”

Ella asintió y le miró. También estaba sudorosa. “Sí, qué sorpresa. Creía que estabas hablando con Farzad.”

“Estaba. Él y su familia estarán aquí en esta semana. Tu hermana se ha estado quejando. Quizá hemos sido un poco demasiado lujuriosos al principio.”

Ella se sonrojó y se mordió el labio, su mano desviándose solo un poco hacia sus caderas. Era una invitación que a él le encantaría aceptar, pero solo después de montar a caballo. “Me encantará verla. Supongo que hemos estado bastante ocupados últimamente.”

Él se inclinó y la besó, su erección comenzó a crecer al sentir el sabor de ella en su lengua. “Lo hemos estado, fierecilla. Me estaba preguntando, hablando de estar ocupado, si querrías venir conmigo a montar.”

“No sé si soy lo bastante coordinada como para montar.”

“Puedes hacerlo. Pediré que ensillen la yegua más vieja y más tranquila para ti o pensaré en algo. Tengo algunas cosas más que hacer con mis generales.”

“Entonces, ¿Farzad no tenía buenas noticias?”

“En absoluto,” dijo él, frustrado. “Pero las habrá. Cambiaremos las cosas.”

“Genial. Yo iba a ir al bazar. Yo... Phedre y yo íbamos a ir a mirar joyas.”

“Puedes tener acceso a las joyas de la corona para todo lo que quieres.”

“Pero siento que necesito un poco de aire”, añadió ella, titubeando un poco.

“¿Algo va mal?”

“No,” dijo ella, besándole de nuevo. “Y no, tampoco tiene nada que ver con dejarte. Prometí que lo intentaría y tú has sido maravilloso.”

“Lo soy en eso. Nunca he tenido quejas.”

Ella puso en blanco los ojos, azules como el hielo. “No dejes que se te suban las cosas a la cabeza, Casanova.”

Él acercó sus caderas a su espalda. “Hay otras cosas que siempre están arriba para ti, querida.”

Amy se rio y le besó una vez más. “Estaremos de vuelta a eso de las tres y montaremos entonces, aunque te juro que me voy a caer.”

“Genial,” replicó él, acariciando su mejilla. No se había imaginado que estaba sudorosa, no después de ver su mano resbaladiza a causa del sudor. “¿Estás segura de que estás bien? No tienes fiebre, ¿verdad?”

“No, solo estoy nerviosa y acalorada por las elevadas temperaturas, ya sabes cómo es esto.”

Él asintió y se dio prisa en volver a su despacho, preocupado porque ella le estaba ocultando algo, pero no estaba seguro de qué.

Amy no se había sentido bien últimamente. No había nada a lo que pudiera señalar con exactitud, pero se sentía exhausta muy a menudo. Debía ser el ajuste desde el frío y húmedo invierno de Boston al calor y las temperaturas agobiantes que superaban los cincuenta grados en los desiertos a su alrededor. Aun así, después de una noche alucinante con Dvar – y todas eran noches alucinantes – se encontró a sí misma más agotada y exhausta que nunca.

Entrando con un poco de dificultad en la sala del harén, se sentó en un blando cojín de color mandarina y se quedó mirando a Phedre. La mujer mayor hoy estaba resplandeciente vestida con un caftán de color berenjena adornado con cristales de Swarovski.

“Mi jequesa, ¿cómo puedo ayudarla hoy?”

“Puedes decirme si hay médicos a los que pueda ver.”

“Está el medico real.”

“Quiero decir en la ciudad. No me encuentro bien, pero no quiero preocupar a Dvar si solo es un golpe de calor.”

“Si pensara que solo es un golpe de calor, no estaría preguntando para ir a un médico privado por su cuenta.”

“La guerra está a punto de estallar y, si es serio se lo contaré pero si no, su mente necesita estar despejada para hacer planes.”

Phedre se mordió el labio inferior y sopesó lo que decía. “Supongo, pero debo aconsejarle en contra de tener secretos en una relación, mi jequesa.”

“Solo necesito saber por qué estoy tan cansada y...” se detuvo, sintiendo como las náuseas crecían en su interior y salió corriendo hacia el cuarto de baño.

Amy llegó a tiempo de vomitar repetidamente en el retrete. Vomitó hasta que le ardió la garganta, hasta que los músculos del pecho quedaron doloridos por el esfuerzo. Cansada, dejó descansar la cabeza sobre la blanca porcelana y empezó a llorar.

Habían pasado casi dos meses desde su última regla.

Durante un tiempo, ni siquiera pensó que esta irregularidad fuera señal de que algo iba mal. Había sufrido un gran estado de nervios, encajando en un nuevo ambiente. Además, le había pasado como cuando era patinadora sobre hielo, había perdido la noción del tiempo, ya que entonces estaba tan delgada que no había tenido una regularidad que conservar, ¿pero esto? Esto lo explicaba todo – el cansancio, ahora las náuseas, y todo lo que sentía.

Oh Dios.

No estaba preparada.

Ni siquiera estaba segura de que tuviera que estar aquí, de que Dvar pudiera cumplir su promesa a largo plazo de ponerla por encima de las otras en el harén. Incluso con el niño, no había garantías de que no pudiera terminar como su madre – abandonada y desechada como basura. Su hijo sería el heredero, pero ella no.

Apenas estaban conociéndose el uno al otro y era inevitable que Lebano y Jardania fueran a la guerra.

¿Dios mío, qué voy a hacer?

Unos brazos suaves y seguros la rodearon y ella enterró la cara en el hombre de Phedre y lloró, dejando que las lágrimas fluyeran. La otra mujer la acunó, chistándola un poco como forma de que Amy restañara sus lágrimas.

“Conozco a alguien. Iremos en cuanto se sienta con fuerzas.”

Ella asintió y la siguió hasta los tocadores. Necesitaba comenzar el día. Después de todo, podía estar equivocada, aunque Amy no lo creía.

“¿Sabe?” ronroneó Kamala, sentada cerca de ella en los espejos de los tocadores. “Parece incluso más pálida de lo habitual. Eso es bastante impresionante para una americana como usted.”

Miró a la chica que estaba a su lado. Su camisa, si aquel fino recorte de seda se podía haber llamado así alguna vez, tenía el escote bastante bajo en los pechos. Era casi pornográfico. “Bueno, eso debe ser lo que prefiere Dvar,” dijo fríamente.

“Sabe que solo es el sabor del mes, que él sólo está haciendo lo que hicieron sus primos.” Kamala se acercó más a ella. “Nunca le será fiel. Nunca querrá un mestizo como heredero.”

Amy la abofeteó con fuerza, satisfecha de ver la marca apareciendo ya en la mejilla de la otra chica. “Mi sobrino Farid es el heredero al trono de Omai y es medio americano. Es una fortaleza, no una debilidad.”

Kamala se acarició la mejilla. “Disfruta mientras estés en lo alto, puta americana. No durará.”

Amy miró como se marchaba echando chispas y sonrió para sus adentros, Había sido la única nota brillante en un día de mierda.

“Bueno, querida, el análisis ha dado positivo,” dijo el doctor.

Era un hombre muy mayor, con una larga barba blanca y los hombros ligeramente encorvados. Amy no sabía de qué le conocía Phedre, pero estaba contenta de que así fuera. Tenía un trato excelente con los pacientes y solo su gentil amabilidad y las manos de Phedre apretando las suyas mantenían a Amy anclada a la tierra. ¿De otra forma? Su cabeza estaría dando vueltas y tendría unas nauseas que ella sospechaba no tenían nada que ver con los mareos matutinos.

“¿Qué tengo que hacer ahora?” preguntó.

“Nos gustaría hacer una ecografía rápida ahora, solo para ver cómo va todo,” dijo él. “El feto será pequeño y apenas estará empezando a diferenciarse, pero así veremos qué tal está.”

Ella asintió, su garganta estaba demasiado seca entonces para hablar, para decir nada. Cuando el doctor salió de la habitación, se quitó el chal y la camiseta. Echada en la camilla de exploración, Amy descansó la cabeza en una almohada. Después empezó a respirar con profundas bocanadas recordándose a sí misma que no debía tener un ataque de pánico ni hiperventilar. Como poco, probablemente sería horrible para el bebé.

Las manos de Phedre no habían soltado las suyas y las apretaba tan fuerte que casi tenía miedo de estar dejándole moratones a la otra mujer. Ahora mismo, la vieja dama del harén era la única cuerda que la anclaba a la realidad y a la cordura.

“Shh, mi jequesa, todo va a ir bien.”

“Es solo... Si ni siquiera estoy segura de si Dvar me quiere. No sé tampoco si volverá con Kamala o se quedará a mi lado. Algunos días, todo lo que quiero hacer es irme a casa. Y entonces otro, me sostiene muy cerca de él y es el éxtasis más maravilloso que jamás haya conocido.”

“Solo descanse y conozca los hechos. Después podrá tomar decisiones.”

“¿Incluso si no tengo las ideas claras sobre qué es esto?”

Phedre suspiró pero no dijo nada más puesto que el viejo doctor estaba entrando por la puerta con un ecógrafo, uno que parecía poco manejable y tenía pinta de haberse fabricado en los ochenta. Él empezó a trabajar, encendiéndolo y después extendiendo gel sobre su punta redondeada.

“Ahora, señorita Monroe, esto va a estar bastante frío,” dijo.

Ella siseó un poco con el frío del gel y entonces, sin disimulos, giró la cabeza hacia el monitor. No había mucho que ver todavía, era una imagen increíblemente borrosa y además, una maquina realmente antigua. Sin embargo, pudo percibir la redondeada curva del pequeño cuerpo que estaba desarrollándose y la gran cabeza. Los pequeños ojos negros estaban empezando a tomar forma.

Su hijo.

No, es nuestro hijo, de Dvar y mío. Hay algo que realmente nos une el uno al otro, al menos, eso espero.

Acudieron lágrimas a sus ojos y ella las sintió deslizarse por sus mejillas. Después de todo, era la cosa más bonita que jamás hubiera visto.

Capítulo Diez

El caballo era enorme.

Era alto, sobrepasando incluso la gran complexión de Dvar y ella vio como aquel monstruo gigantesco coceaba tras él. Sus negras crines se sacudieron al hacerlo y relinchó fuertemente muy cerca de ella. Estaba ensillado y ella se dio cuenta de que la silla era grande y parecía sacada de una película antigua del Oeste. Al menos parecía lo bastante grande para ir montado cómodamente, aunque a ella le aterrorizaba salir despedida.

Ella había prometido montar y no podía volverse atrás. Eso no afectaría a nada. Dvar le había prometido que no se iba a caer y que él encontraría al más calmado y grácil de los caballos para que ella lo montara. Mirando fijamente a este gigante tuvo la sensación de que no era verdad, lo último no, al menos.

Llegando hasta donde estaba, ella se sorprendió un poco cuando el caballo relinchó de nuevo.

A su lado, Dvar se rio y palmeo el costado del caballo. “Este es Tornado, y es el caballo mejor entrenado de nuestras cuadras. Yo mismo lo domé cuando era joven y acabábamos de castrarlo.”

Ella se encogió un poco, pero finalmente tocó su cara. Era suave como el terciopelo al tocarlo. El caballo relinchó y Amy, asustada como estaba y con el corazón martilleando en su pecho, no pudo evitar una sonrisa. “Es hermoso pero, ¿me prometes que no está loco? No sé si soy capaz de montarlo sola.”

Sin darse cuenta, su mano acarició ligeramente su estómago. Quizá no iba a montar sola exactamente.

“No lo estás. He decidido hacerlo en grupo hoy. Pronto, te enseñaré en una yegua vieja para ti sola, pero hoy, yo estoy al mando,” dijo, ofreciéndole sus manos unidas para ayudarla a subir al caballo.

Amy miró al monstruo una vez más y puso el pie en sus manos. Ella confiaba en él respecto a la mayor parte de las cosas, confiaba en su juicio. Simplemente no siempre confiaba en él con el corazón y eso era mucho más complicado ahora que ella llevaba a su hijo dentro, ahora que las apuestas estaban mucho más altas que nunca. Levantó la pierna y la pasó por encima del caballo y pronto sintió una ligera brisa detrás de ella y el caballo su movió un poco al sentir el peso añadido de Dvar.

Sus brazos fuertes y capaces rodearon su cintura y entonces se inclinó para tomar las riendas. Él chasqueó la lengua una sola vez y golpeó fuerte en los costados del caballo. Y después salieron, trotando mientras cruzaba la arena.

Puede que él tuviera motivos ocultos.

Sí, quería enseñarla a montar. Los caballos árabes eran de un linaje fabuloso, uno de los más valorados del mundo y eran monturas alucinantes. Quería que su jequesa los amara como él lo hacía, sentir la libertad de la galopada. Trotaron juntos por la arena, el polvo elevándose en remolinos entre ellos. Él adoraba la forma en que el cabello de ella, todavía alargado con las extensiones, flotaba tras ella, una rica y oscura cortina de ébano que le hacía cosquillas en la nariz.

Hoy, ella olía a vainilla y granada.

El beneficio y también el motivo oculto de esto era que él adoraba sentir sus caderas contra las de ella. Cada vez que el caballo se movía, sus caderas se proyectaban hacia delante, coincidiendo con el poderoso paso del caballo. Eso le permitía empujar su miembro contra las caderas de su amante, su jequesa, y era incluso más alucinante que la velocidad y la fuerza debajo de él.

Después de un largo trote, él frenó a Tornado para dar un paseo tranquilo y entonces se inclinó y la besó en el cuello. “Creo que después de media hora, puedes descansar un poco. ¿Cómo te sientes?”

“Siento mis piernas como gelatina y estoy bastante segura, mi seeeñor, de que mi trasero va a estar todo magullado al final del día.”

“Sabes que esto es solo un trote, ¿verdad? No estábamos galopando a toda velocidad por la pista de carreras.”

“Eso no importa. Soy una chica urbana, nací y me crié en la ciudad y no es como si hubiera practicado. Supone una experiencia completamente diferente y a solo ir haciendo “bump, bump, bump”, se enfurruñó. Amy enfatizó su argumento mirándole por encima del hombro, los ojos azules llenos de alegría. “Es un poco demasiado. Definitivamente, me debes un masaje con aloe esta noche.”

Se inclinó y la besó en el cuello. “Dalo por hecho, fierecilla. Será un honor. ¿Quién te dice que no he montado todo esto solo para cortejarte?”

Ella sonrió y apoyó la espalda contra él lo más apretada que pudo. “Creo que lo has hecho. Definitivamente, pareces lo bastante loco como para hacerlo.” Su voz se convirtió en un ronroneo mientras lo decía, y eso hizo que la sangre latiera furiosamente en las venas de él. Qué cosas le hacía esta mujer.

“Bueno, definitivamente parece que estás mejor,” dijo, mientras daban otra vuelta alrededor del anillo. “Pareces animada. Estabas tan sudorosa esta mañana que me dejaste realmente preocupado.” Frunció el ceño y preguntó “¿Lo pasaste bien en el bazar?”

Sus ojos miraban de frente por delante de él, pero él sintió que su cuerpo se paralizaba delante de él. “¿Eh?”

“El bazar. Phedre y tú fuisteis a mirar joyerías como dijiste, ¿no? Sé que Hakim condujo y os llevó al bazar. ¿Lo pasaste bien?”

“No encontré nada” dijo después de una larga pausa, “que fuera tan maravilloso o útil, espero, como el medallón que tengo con el ojo turco.”

Él puso los ojos en blanco. “Es solo un colgante sencillo, que no es realmente adecuado para mi reina. ¿No te gusta ninguna otra cosa? Madre tenía un collar de diamantes bellísimo en la caja fuerte.”

Amy dejó caer los hombros. “Es bastante importante para mi saber que va a protegerme y a traer suerte a nuestra familia.”

“¿Nuestra familia?”

“Sí ya sabes, tú y yo y también eh... mi hermana y Farzad, y Farid, y todo el mundo, si se declara la Guerra. Creo sinceramente que debemos usar toda la buena suerte que podamos conseguir. ¿Quién coño lo rechazaría?”

“Nunca he confiado en la superstición,” dijo, sujetando más fuerte las riendas. “Siempre me ha gustado pensar que yo soy responsable de mi propia suerte. Mi padre siempre decía que el fatalismo era inútil.”

“Entonces era estúpido. No es que yo sea optimista por encima de todo, pero creo que a veces el destino, o la suerte o el universo – elige como llamarlo – puede estar pendiente de nosotros y podemos apelar a él, también.”

Él resoplo y le acarició el cuello con la nariz. “Lo siguiente, fierecilla, será decirme que a todos nos vigilan los ángeles de la guarda y los santos o lo que sea en lo que creéis los cristianos.”

“Puedes poner más desprecio en esa frase,” ironizó ella.

Él tiró de las riendas y el caballo se paró. Tomándola por los hombros la giro para que quedaran cara a cara. “Solo existe la suerte que nos labramos. No voy a caer en los altibajos de nada más.”

“Entonces,” dijo ella, sus ojos brillando como zafiros mientras jugueteaba con la cadena de su collar con la mano derecha. “Estás siendo un idiota testarudo y un imbécil. Qué sorpresa. De vez en cuando, está bien pedir un poco de ayuda.”

“Y yo no creo en el hombre de detrás del telón. De hecho...” empezó a hablar.

Entonces el caballo lanzó un terrorífico alarido y se encabritó. El movimiento le tiró al suelo inmediatamente. Dvar vio horrorizado como Amy se giraba y se agarraba a las crines. Ella gritó, lanzando un chillido que taladraba los oídos mientras el caballo huía recto hacia delante. No fueron más lejos porque el caballo se encabritó una vez más y se desplomó. En esa ocasión ella salió despedida y se golpeó fuertemente contra la barandilla del circuito.

Él comenzó a ponerse en pie, pero se paró al instante cuando divisó el familiar y terrorífico rollo de escamas negras y tostadas. Era una víbora de Palestina, la más mortífera de todas las serpientes venenosas de Jordania, que tenía veneno suficiente para tumbar a un caballo de carreras en menos de un minuto. Respirando tan suavemente como podía y moviéndose con pasos pequeños y ligeros, Dvar alcanzó la cartuchera de su cadera y sacó el arma que llevaba con él, su pistola favorita de las Fuerzas Armadas, que conocía de su entrenamiento militar.

En estos momentos de guerra e intrigas, hubiera sido de idiotas no llevarlo consigo.

El jeque estaba muy aliviado por haberlo hecho.

Rápidamente, sacó el arma y la amartilló, mientras tanto, la víbora olfateó el aire con su lengua y se enroscó tan apretadamente que él supo lo que significaba esa postura. La víbora saltó y el apuntó, apretando el gatillo. La bala partió al animal por la mitad y ambas partes cayeron por la extensión de arena justo delante de Dvar.

Pasando por encima de todo ese lío, se apresuró a ir hacia el lugar del accidente.

Miró fijamente a Tornado y era obvio que el caballo estaba muerto. El pecho del animal no se movía lo más mínimo y sus ojos estaban vidriosos por la llamada de la muerte. Las moscas, que de alguna manera siempre parecían darse cuenta, ya estaban descendiendo del cielo. Las espantó para pasar por allí y encaminarse hacia su amor.

Ella aun respiraba, con inspiraciones cortas y superficiales, pero al menos era algo. Podía trabajar con eso. Si hubiera quedado tan malherida que hubiera muerto...

No, él no debía pensar eso nunca.

No tenía ningún deseo de vivir con un dolor tan insoportable, ser separado de ella de esa forma.

Arrodillándose, Dvar la tomó en sus brazos. Tenía un feo corte en la sien derecha, a través del cual manaba abundante sangre carmesí que enmarañaba su pelo y salpicaba su piel de porcelana.

“¡Fierecilla! ¿Estás bien?”, se estiró y sintió el pulso, bajo y débil, y se imaginó que aún estaba conmocionada. La sacudió más fuerte, desesperado por despertarla. Ella necesitaba recuperar la consciencia. Si entraba completamente en shock, era posible que no pudiera salir de él. “¡Amy!”

Ella pestañeó al mirarle, claramente aturdida, sus ojos azules estaban turbios de miedo y confusión. Era suficiente para hacer que el corazón de él latiera con tanta fuerza en su pecho que creyó que se le iba a romper el esternón por toda la presión que estaba soportando en su interior.

Él frotó su mejilla e ignoró como su mano se volvía resbaladiza a causa de la pegajosa sangre. “Amy, ¿puedes oírme?”

Ella gimió y sus ojos giraron hacia el interior de su cabeza.

Aterrorizado, la cogió en brazos y la llevó, como si estuviera cruzando el umbral con su novia en brazos, hasta el abrevadero. Al echarle agua en la cara, al menos limpió las pegajosas salpicaduras rojas de su cara. Después de unas pocas salpicaduras, se sentó y escupió, con los ojos aún desenfocados, pero parecía más despierta que antes. Al menos esta vez, habló.

“¿Dvar? Qué... me duele mucho la cabeza.”

“Lo sé y voy a llevarte a los establos. Ellos pueden ayudarnos.”

“¿Establos? No recuerdo qué estábamos haciendo,” dijo, mirando alrededor con desesperación, girando la cabeza hasta que divisó al gran corcel muerto detrás de ella. “¡Oh, Dios mío!”

“No pienses en eso,” dijo él, abrazándola más fuerte. “Estás bien. Estamos bien y vamos a llevarte al médico. No ha sido más que una caída.”

“Me duele tanto, y estoy preocupada por el bebé,” dijo ella, estallando en lágrimas mientras se acurrucaba en su hombro.

Su mano se quedó paralizada y, por un momento, Dvar se quedó demasiado bloqueado para procesar qué más estaba pasando.

¿Un bebé? ¿Está embarazada? ¿Desde cuándo, joder?

Apartó a un lado de su mente la ira y la sorpresa y corrió hacia las cuerdas. Su jequesa y su hijo necesitaban un médico. Y, ahora, le necesitaban a él.

Todo era un borrón de luz y color y sonido. Al menos, así se lo parecía a Dvar. El mundo era plano y agudo al mismo tiempo y mientras estaba sentado en la sala de espera privada del hospital, no podía pensar en nada que no fueran su jequesa y su hijo. ¿Desde cuándo estaba embarazada? No podía ser desde hacía mucho. Después de todo, no se le notaba y ellos solo se conocían desde hacía siete semanas. Pero, ¿una caída? ¿Podía matar a su bebé? ¿Amy sufriría daños permanentes? ¿Él podría seguir viviendo si perdían a su hijo?

No estaba seguro.

No estaba seguro de nada.

Después de todo, ¿cómo podía alguien estar tan unido a algo que ni siquiera sabía que existía?

En condiciones normales, él la habría acomodado en un ala segura del palacio, pero no podía. El equipamiento del hospital local en Ahmud eran los más punteros, la investigación formaba parte de las joyas de la corona en la Universidad de Jardania. Él quería que todos los expertos estuvieran disponibles para este caso y había estado llamando por teléfono desde la sala de espera contactando con algunos de los mejores especialistas americanos en Obstetricia y Ginecología, poniéndolos en alerta por si Amy y el niño les necesitaban, también.

Finalmente, después de un tiempo que a él se le hizo eterno, uno de los médicos entró y tosió para atraer su atención. “Mi jeque, puedo darle noticias sobre el estado de su prometida.”

Le miró y se le quedó la boca tan seca como si todo el polvo del desierto estuviera cubriéndola más allá de la esperanza. “¿Qué está pasando?”

“Mi jeque, la caída ha resultado en un ligero traumatismo craneo-encefálico para la jequesa. Recomendamos que pase aquí la noche, en observación, pero ella y el bebé estará bien. Pensamos que montar y otras actividades energéticas deben evitarse en los próximos siete meses.”

“¿De cuánto está?”

“De unas seis semanas. Enhorabuena, mi jeque,” terminó el doctor, inclinándose eficientemente. “Ojalá que la dinastía Yassin continúe creciendo y prosperando con la nueva vida que crece es su interior. Ahora, si viene conmigo, podrá verlos a ambos.”

“Gracias, doctor, y considere su salario de este año aumentado al doble.”

“Mi jeque, eso es muy generoso, pero solo hacemos lo que haríamos por cualquier paciente.”

Él asintió y entró en la habitación. “Entonces espero que continúen haciéndolo.”

“Lo haremos, y ahora, quédese solo unos minutos, su jequesa necesita descansar y recuperar fuerzas,” dijo el doctor, sonriéndole.

Dvar asintió brevemente y caminó lentamente hasta la silla que había en el lado izquierdo de la cama de Amy. Dubitativo, asustado de que ella le estuviera rechazando y fuera ese el motivo por el que había ocultado el embarazo, llegó hasta ella y le cogió la mano izquierda. A causa de sus nervios, estaba seguro de que la estaba agarrando con más fuerza de la que debería, más apretadamente de lo que sería considerado educado. No quería que ella se fuera. Él podía ordenárselo, por supuesto, y ella se quedaría, pero él quería que ella se quedara por su propia voluntad.

Porque le amara, como él la amaba a ella.

“Necesitamos hablar, fierecilla.”

Ella suspiró y sus ojos se llenaron de lágrimas, gotas frías y húmedas cayendo desde el hielo de sus ojos azules. “Lo sé. Me enteré de lo del bebé esta tarde. Phedre y yo fuimos al médico después de que yo vomitara y me diera cuenta de que no me había venido el periodo. Pensaba que se debía al brusco cambio de ambiente.”

“Pero lo sabías cuando fuimos a montar esta tarde-noche. ¿Por qué no me lo dijiste?”

Ella tragó y miró abajo, a sus manos unidas. “Ha sido tan repentino, y no pensé que el paseo acabara en algo peligroso o duro. ¿Cómo iba a suponer que saldrían serpientes de no se sabe dónde?”

“Tenías que haber pensado que montar a caballo y un feto no son compatibles.”

“Sólo estaba conmocionada. No estaba segura de qué hacer o de lo que quería.”

“En Jardania no tenemos las mismas reglas que en América,” dijo él bruscamente. “No nos “deshacemos” de los problemas.”

“¡Yo nunca haría eso!” gritó, sus ojos azules ardientes por la ira. “Sólo tenía miedo de decírtelo, no quería que nos rechazaras.”

“Te convertirás en mi jequesa en unos meses en una ceremonia. ¿Por qué iba a rechazarte?”

“Porque yo no soy... solo soy yo, y tú siempre podrías cambiar de opinión.”

Él sacudió la cabeza y puso su mano sobre su abdomen, sobre el niño que crecía entre ellos. “Nunca te enviaré lejos. Joder, si lo recuerdas bien, viajé al otro lado del mundo para traerte conmigo. Incluso en nuestro primer fin de semana juntos, con toda la pasión que compartimos, nunca te he querido más de lo que lo hago ahora. No sé cómo puedes ni siquiera dudar.”

Ella sorbió y se frotó los ojos. “Y lo agradezco, de verdad. Siento haber ocultado mi embarazo, y no haré nada que pueda poner en peligro a nuestro hijo de nuevo. Significa para mí tanto como para ti.”

“No lo sientes así todavía.”

“Yo creía que iba a montar en una yegua vieja y tranquila. No creí que fuera a complicarse.”

“Entonces agradezco tu precaución, Amy,” dijo, inclinándose y besándola, un beso largo y persistente, él adoraba saborear su lengua en la de ella. Ella era rapaz con sus besos, codiciosa y hambrienta y él lo agradecía sinceramente.

Él solo estaba preocupado por que no fuera suficiente y esa preocupación le invadió mientras dejaba la habitación para dar a su futura esposa y su hijo el descanso que tanto necesitaban.

Capítulo Once

No había nada más reconfortante que tener los brazos de su hermana rodeándola. Amy se relajó en el abrazo de Alexis. Parecían la una una extensión de la otra, tenían el mismo perfil, rasgos aguileños, los mismos ojos penetrantes y el mismo pelo oscuro. Amy tenía el suyo teñido en un tono poco natural, un negro sin matices, o para decirlo más adecuadamente, lo había tenido así, hasta que Phedre y las extensiones lo cambiaron. Ahora, las únicas grandes diferencias entre Amy y su hermana mayor eran en estatura y color. Ella todavía estaba pálida y demacrada por los inviernos de Boston, mientras su hermana estaba bronceada de llevar varios años bajo el sol de Omai. También estaba más llenita, con las suaves curvas ganadas al tener a su hijo Farid, que ahora tenía casi un año.

Hablando del hombrecito en cuestión, su sobrino había trepado a la cama, a pesar de las protestas de Alexis, y se había sentado en su regazo. Esos enormes ojos verdes – de ese evocador verde jade – debían ser marca registrada de la dinastía Yassin porque le recordaban a los de Dvar.

Amy luchó de nuevo contra las lágrimas. Lo había liado todo completamente. Además de tener que competir con las otras mujeres del harén, más hermosas, ahora tenía que superar el hecho de que había arruinado la confianza en ella de su prometido.

Farid no hablaba todavía, era demasiado pequeño, pero lloriqueó un poco y acarició su mejilla. Ella suspiró y besó la parte superior de la cabeza de su sobrino. Dios, en menos de ocho meses, ella tendría su propio hijo, no sabía todavía si niño o niña y entonces tendría que cuidar de ellos. Dios, hacía siete semanas, apenas se las arreglaba como barista. Incluso con los recursos de su futuro esposo y Phedre y las otras mujeres alrededor para ayudarla, ¿cómo podía estar preparada?

“Amy, nos han dicho que el bebé está bien. ¿Cómo está tu cabeza?”

Ella suspiró y la acarició, arrepentida al notar el vendaje todavía ahí. “Todavía me duele cuando me toco y estoy mareada. Sin embargo, después de pasar aquí la noche, el médico está seguro de que no tengo nada malo. No hay hematomas subdurales ni nada peligroso.”

Su hermana lanzó un suspiro de alivio y los abrazó a la vez a Farid y a ella. “Estoy tan contenta. No tienes ni idea de lo preocupada que estaba. Farzad... todos nosotros nos subimos al avión lo más rápido que pudimos y aun así se nos hizo eterno llegar hasta aquí. No he podido descansar en absoluto hasta que te he tenido en mis brazos.”

“¿Ya te has asegurado personalmente? Soy una chica Monroe. Nos dan buenas palizas y seguimos adelante.”

“Exacto, y no estoy aquí para decir “te lo dije”.”

“Sobre montar a caballo y embarazos, porque no había sacado el tema contigo, pero definitivamente ha quedado demostrado que es una idea horrible, garantizado.”

“No, me refiero a que tú tuviste mucho que decir cuando yo me quedé embarazada mientras estudiaba Derecho.”

Ella suspiró. “Quizá estos jeques Yassin te toman por sorpresa y nunca te das cuenta. Solo... Estoy asustada de que en realidad a él no le importe.”

“¿Por qué dices eso? Tenías que haberle oído al teléfono con Farzad. Tenía pánico de que tú y el niño estuvierais heridos. Definitivamente, eres lo único en lo que ha estado pensando en los últimos dos días.”

Ella asintió y acarició el pelo liso y oscuro de su sobrino. “Pero quizá solo se preocupa porque ahora voy a darle un heredero. Quizá eso era lo único que le preocupaba.”

“¿Por qué dices así? Dios mío, he visto los ojos de Dvar cuando llegamos. Estaba desolado y eso fue *después* de que supiera que estabais bien los dos. Creo que solamente estaba preocupado de que te hubiera podido ocurrir algo horrible.”

“Bueno, seguramente porque... mira, yo no soy una chica como las del harén, ¿vale? No lo entiendes en absoluto. Hay una mujer aquí que ni siquiera es todavía una mujer, como mucho tendrá diecinueve años y era la favorita de Dvar y él no me ha prometido que nunca visitará el harén. Ahora me voy a convertir en un desastre, gorda y embarazada y ¿cómo de fácil lo va a tener para volver con una mujer joven, atractiva y que procede de su misma maldita cultura? Quiero decir, si me comparas con Kamala, podría ser también comida para perros.”

Su hermana entornó los ojos. “Yo también me sentí así. Una de las chicas del harén de Farzad intentó seducirle y yo me hice una idea equivocada. Me costó varios meses de soledad, embarazada y recordando dolorosamente mi hogar. No mereció la pena. Si realmente estás preocupada por el tema del harén, entonces tienes que hacérselo entender, pero conozco a Dvar de más de una vez. No apruebo necesariamente su plan de robar a mi hermana para cortejarla...”

“Como si eso no fuera también marca registrada del estilo Yassin.”

“Es cierto, pero no va a volver con ninguna chica del harén. Si esa Kamala es tan genial, entonces ella sería la próxima jequesa y la única por la que él estaría exultante al llevar a su heredero. No eres inferior.”

“Pero me *siento* así. Soy bajita y pálida y tan del montón y él todavía no ha prometido que nunca más. No sé lo que voy a hacer de ahora en adelante,” dijo Amy, las lágrimas brotando de sus ojos. Desde que se enteró de que estaba embarazada, le parecía que era todo lo que hacía. No eran solo los cambios hormonales. Era el miedo de que su familia, que apenas había comenzado a unirse pudiera disgregarse tan fácilmente por las pronunciadas curvas y la mirada abrasadora de Kamala. “Ni siquiera sé qué siento.”

“Entonces necesitas hablar con él y encontrar algo de paz en todo esto porque él te quiere, y yo puedo verlo, incluso aunque tú no puedas,” insistió su hermana, besándola en la mejilla.

“Pareces salido del mismísimo infierno,” dijo Farzad, ofreciéndole una taza de té.

Dvar lo cogió y lo engulló ávidamente, enfadándose solo un poco cuando algunas gotas salpicaron su bien recortada barba. “Gracias, esto es lo que te hacen unas treinta y seis horas sin dormir absolutamente nada. Me siento como si viniera del mismísimo infierno, también, así que

no es tan raro.”

“Entonces prepárate para sentirte peor. El ejército de Lebano se está movilizandoo en nuestras fronteras, en ambas. La próxima semana, lanzarán un ataque en dos frentes. Ya tengo el compromiso de apoyarnos del primo Munir y del ejército americano. Estamos preparando nuestras fuerzas para una guerra terrestre y pronto llegará el momento de atacar.”

“Así que lideraré el combate desde el frente, incluso aunque mi prometida este embarazada. Ya veo.”

“Puedes pasarte por casa de vez en cuando, pero es hora de acabar esta batalla de una vez para siempre. Estoy cansado de la intriga y de los rebeldes. Necesitamos poner a esos perros lebaneses contra las cuerdas, eliminar hasta al último de ellos.”

“Estoy de acuerdo. Yo solo... perdí a mi padre en la Guerra y estoy preocupada. No quiero dejar así también a mi hijo o a mi hija.”

“Tenemos a cuatro poderosas naciones en pie de guerra contra Lebano. En unos pocos meses, esto habrá terminado y tendremos la victoria que necesitamos tan desesperadamente.”

“Eso espero, primo, y espero que el coste no sea demasiado alto,” dijo, mirando al cuarto donde su amada fierecilla descansaba, recuperándose y encontrando consuelo en su hermana. “¿Son esas todas las novedades? Por favor, dime que no hay nada más funesto en el horizonte que la guerra abierta.”

“Si solo fuera eso,” dijo Farzad, levantándose y empezando a caminar de un lado a otro.

“¿Qué?”. Él suspiró. “Mis espías, al igual que la CIA, indican que hay un topo en tu propia casa, primo, que un miembro de tu personal, uno de tus mejores amigos debe estar revelando secretos a Lebano.”

“Eso es imposible.”

Él suspiró y sujetó sus manos, con las palmas hacia arriba. “Es de mal gusto matar al mensajero, solo quiero decirte que tienes que tener cuidado y trabajar aún más duro. Es más que probable y tienes que acostumbrarte al hecho de que haya una serpiente en tu seno, alguien escondido en tu entorno, lo que no solo significa Jardania, sino más probablemente tu familia, preparado para haceros daño.”

“Entonces, por imposible que parezca, empezaré buscando allí,” dijo, apretando los puños.

Seis meses y medio después...

“Tienes que seguir comiendo, fierecilla,” dijo, ofreciéndole la ensalada verde con pollo que su médico había recomendado.

Amy había desarrollado diabetes gestacional y tenía que alimentarse regularmente para evitar tener una hiperglucemia que pudiera llegar a hacer caer en coma al bebé por el elevadísimo azúcar en sangre. No habían preguntado todavía por el sexo. Él quería saberlo con todas sus fuerzas, pero ella estaba chapada a la antigua y había insistido en que sería mucho más divertido si era una sorpresa. Pero a él le estaba matando no saberlo y era algo agridulce, también. No debería pensar nunca en ello, pero estaba terriblemente preocupado porque su hijo pudiera morir. El bebé era casi demasiado grande y seguro que nacería prematuramente debido a la diabetes, puede que en una semana o dos. Era más que eso, sin embargo. Si perdía a su hijo, si sus pulmones no pudieran funcionar debido a la enfermedad, si algo fallaba... bueno, Dvar solo quería saber de una vez, cuál era el sexo del bebé.

Amy masticó débilmente las tiras de pollo e incluso picó la manzana que le habían dado. “Lo sé. Es solo que es tan difícil.”

Se inclinó y la besó en la frente mientras le retiraba el pelo de la sudorosa frente. “Lo sé, pero cuanto más comas, mejor estarás, por el bien del bebé y por el tuyo. Solo un mes para el parto, y el doctor Rashid está seguro de que lo cumplirás del todo.”

Su mujer refunfuñó mientras escarbaba en la comida. Siempre era una lucha conseguir que comiera. Si él hubiera estado de un humor más festivo, hubiera dicho que era “la eterna lucha”, pero él nunca lo estaba en esos días. Sin embargo, ella lo intentaba con tanto ahínco, sin importar cómo de mareada o cansada estuviera. Solo era que el pelo de su fierecilla estaba débil y apagado, sus ojos medio cerrados de sueño y su respiración superficial. A menudo estaba mareada, también. Era una lucha que se hacía cuesta arriba, pero llevaba seis meses luchando como una leona. Él sabía que podía continuar, o al menos, *esperaba* que pudiera.

Ella terminó por fin su ensalada, aunque había más hojas verdes en el plato de las que él hubiera querido. “Mira, me lo he comido todo, como prometí.”

“Casi todo. Sabes que tengo que volver al frente en unos pocos días y no quiero hacerlo.”

Ella se estiró y puso la mano de él sobre su vientre, no tan redondeado aún como a él le hubiera gustado que estuviera, no con su enfermedad y su lucha por comer. “No nos importa. Sabemos que eres necesario.”

“También lo era mi padre,” dijo él, apretando la mandíbula.

Ella suspiró y le besó. Un beso casto. Él echaba de menos esa parte de su relación. Ahora eran besos suaves, robados y largas noches pasadas solo sosteniéndola, esperando que continuara respirando hasta el amanecer. Él echaba de menos el hambre física de sus primeros días, pero no lo bastante como para volver al harén. Esta mujer, la única a la que él amaba, estaba haciendo tanto para traer a su hijo al mundo, ¿cómo no iba a quererla por ello? Ninguna niña como Kamala o incluso ninguna de las otras mujeres del harén podría tener siquiera la esperanza de compararse con ella.

“No eres tu padre. Volverás a casa con nosotros. Tengo tanta fe en ti que lo harás,” dijo ella, su tono calmado y claro.

“Tú piensas eso, pero cada vez que estoy ahí fuera, solo quiero estar aquí. Necesito arrasar a esos cabrones del Lebano en el Este, pero solo quiero abrazar a mi mujer y a mi hijo como estoy ahora”, dijo, acentuando su argumento apretándola más entre sus brazos. “Estaré de vuelta tan pronto como pueda, amor y después de esta vez, no me iré hasta que él o ella esté aquí.”

“Eso suena genial,” replicó ella, con un ligero silbido y mordiéndose el labio inferior.

“¿Qué pasa?” preguntó él, que conocía bien el humor y la forma de hablar de su fierecilla después de tantos meses.

“Nada.”

“No es nada. Le preguntaré a Phedre. Es más sincera que tú.”

“Lo que quiere decir,” replicó Amy, frunciendo los labios. “que está más dispuesta a contártelo todo.”

“Mi espía más leal. Entonces, ¿por qué estás preocupada? ¿Es porque Kamala ha seguido a Phedre hasta aquí como si fuera un condenado cachorro?”

Amy sacudió la cabeza de forma demasiado forzada para estar siendo sincera. “No, no es eso en absoluto.”

“Creo que sí es.”

“Bueno, me he cansado de que esté controlando todo sobre mi. Algunos días, casi desde que hemos venido, tengo miedo de que me envíes fuera o me mantengas como a una yegua de cría, pero solo ames a las chicas del harén. Ellas son más guapas y del Medio Oriente y lo saben todo sobre tu cultura, y yo estoy luchando para aprendérmelo todo como si me estuviera jugando el aprobado.”

Él suspiró. “Tú eres la madre de mi hijo.”

“Pero soy más que eso. Te quiero, y espero que tú me quieras también después de tanto tiempo juntos, pero tengo miedo de estar equivocada.”

Dvar se rio entre dientes y luego se rio más fuerte cuando ella le golpeó débilmente el hombro. “No, sigue haciéndolo.”

“¿Te estoy abriendo mi espíritu y contándote mis inseguridades y tú te estás riendo?”

“Me estoy riendo porque es ridículo. Nunca te dejaría y sinceramente, ahora que sé que Kamala te está atormentando de esa forma, la enviaré de vuelta a las tierras de los beduinos. No tiene sitio aquí.” Él se inclinó y la besó, dejando que su lengua bailara y masajeara la suya propia. “Nunca ha tenido un sitio aquí. La única mujer a la que quiero eres tú.”

“Pero por el bebé”

“Siempre te he querido,” señaló él, besándola de nuevo. “Ahora, descansa para que puedas comer la próxima ronda. Ya sabes que el doctor Rashid te ha puesto un horario muy estricto.”

“Lo sé. Si no lo sigo, puede ser un desastre para sus niveles de azúcar y los míos,” dijo, apretando su vientre. “Haré cualquier cosa para protegerle, te lo prometo.”

“Y por eso es por lo que te quiero,” dijo, levantándose y saliendo para hablar con el doctor Rashid, que estaba esperando.

Era un hombre joven, apenas mayor que Dvar, pero también era un superdotado. Había empezado en la Facultad de Medicina muy joven y era uno de los más respetados expertos en embarazos de alto riesgo y unidades de cuidados intensivos neonatales de Londres. Había estado volando específicamente para atender a la jequesa veinticuatro horas al día los siete días de la semana desde el diagnóstico de diabetes en el tercer mes. Era de ascendencia musulmana, pero había sido criado por su madre, británica, así que no llevaba barba. Esto producía el vertiginoso efecto de hacerle parecer más joven aún.

“¿Cómo está realmente?” preguntó Dvar.

“Mi jeque, el bebé es ya tan grande que espero que se ponga de parto en cualquier momento aunque le quede un mes. Necesita retrasar su visita al frente.”

“Delo por hecho. ¿Y los pulmones del bebé?”

“Estarán lo suficientemente bien. Él o ella puede que necesite estar intubado y en la incubadora el primer mes o dos de vida, pero todo irá bien. Simplemente, no la deje.”

Él miró hacia los aposentos de su jequesa. “Créame, nada podrá hacer que la deje.”

Ella se despertó con el sol del atardecer colándose a través de las gruesas cortinas detrás de ella. Cuando parpadeó, se encontró a Hakim, fácilmente reconocible por su cabello entrecano y su altura, con una bandeja preparada con fruta y verdura, así como salmón fresco para la cena.

“No tenías que hacer eso. Estoy segura de que Phedre lo habría hecho.”

“Mi jequesa, por supuesto que tenía que hacerlo.”

Ella frunció el ceño, pero se sentó lo mejor que pudo. “Está bien, pero estoy segura de que estás ocupado con temas de espías, reuniones y planes para el frente.”

Él asintió, pero sacó una tela y ella frunció el ceño. No es como si él siempre llevara un pañuelo. “Tengo una misión más apremiante, Amy.”

Ella parpadeó. Nunca antes la había llamado así. Siempre había sido “señorita Monroe” hasta la boda y ahora siempre utilizaba con deferencia su título de jequesa. “¿Qué está pasando?”

“Solo que el general de Lebano quiere conocerte,” dijo, extendiendo la mano hacia su boca antes de que pudiera gritar y poniendo la tela sobre su rostro. Un olor penetrante y nocivo quemó su nariz.

Después, solo hubo oscuridad.

Capítulo Doce

“Ah, Jequesa Yassin, es un placer conocerla.”

La voz que asaltó sus oídos era dura y fría, había algo amargo por debajo de todo en su adormilada consciencia. Amy se sentó lo mejor que pudo, pero siseó cuando las cuerdas mordieron su brazo, las esposas que la mantenían estirada y sujeta – al menos vestida, gracias a Dios – al hierro forjado del cabecero y los pies de la cama. Tenía la garganta seca y la visión desenfocada. No estaba de cuando había comido por última vez y eso la asustaba. Si no comía, la hiperglucemia la arrollaría. Aun peor, su bebé podría caer en coma debido a sus inapropiados niveles de azúcar en sangre.

¿Quién es usted?”

“Soy el general del ejército de Lebanon. Su marido y sus primos están acabando con mis hombres y estamos perdiendo, puedo ver cómo va a cambiar el curso de la guerra a menos que haga una jugada fuerte.”

“Yo no... ¿qué?” parpadeó ella. “Lo último que sé es que Hakim entró con comida y cloroformo y... ¿Qué coño está pasando?”

“Hakim ha sido el agente doble más leal. Yo no quería llegar a esto,” dijo él, acariciando una barba poblada, enredada y sucia, manchada de polvo. “Pero he tenido que hacerlo. Su marido puede elegir. Puede rendirse y tener de vuelta a su mujer y a su hijo o puede recibir su cabeza en una caja.”

“¡No puede hacer eso! Yo no importo, pero nuestro hijo sí. Por favor, tengo diabetes y si no como, el bebé morirá de todas formas.”

“Entonces,” dijo él, sus dientes amarillos brillando a la luz. “Esperemos, jequesa, que su marido responda rápidamente,” dijo, dando un portazo detrás de él. Ella pudo oír el ruido de la cerradura.

Se inclinó de nuevo sobre el cabecero e intentó escapar con tanta fuerza como pudo, casi dislocándose el hombro con sus esfuerzos. No consiguió moverse. Gruñendo, se relajó en el colchón. En esta postura, ni siquiera podía tocar a su bebé, no podía consolarle.

“Tu padre vendrá, cariño. Ya lo verás,” dijo, y trató de ignorar lo asustada y débil que sonaba su voz. Sí, Dvar vendría, ¿pero sería demasiado tarde?

“¿Dónde está ella?”, exigió él, cruzando toda la anchura de la sala de guerra hacia Hakim.

Había ido una hora antes a alimentar a su amada y se había encontrado con que no estaba. También había encontrado a Phedre, golpeada en un lado del pasillo. Ella había dicho que se lo había hecho Hakim y que después había cogido a la reina pasando por encima de sus subordinados y ella no tenía ni idea de dónde estaba Amy ahora.

Ahora él tenía las solapas de las ropas de Hakim en las manos y apretaba con fuerza contra la pared, contra los muros de mármol del palacio. Algo crujió y él sonrió abiertamente, *salvajemente*, contento por producirle dolor. Él estaba sufriendo, así que Hakim, el traidor, también tenía que sufrir.

“¿Dónde está mi esposa?”

Hakim, alguien a quien él había creído uno de sus amigos más fieles, le gruñó. La expresión resultó tan extraña en la cara del que él llamaba viejo amigo, que apenas pudo reconocerle. “Todos estos años, los he pasado siendo el chico de los recados de un niño débil, de alguien que solo habría abochornado a su padre. Puedes hacer lo que él hizo y salvar su país, ser un héroe o bien vender Jardania, dejándola totalmente bajo el control de Lebanon. ¿Quieres a esa puta americana o quieres a tu pueblo?”

“¿Qué?”

“La tiene el general Hassad y la dejará morir de hambre hasta que te rindas. Así que, elige.”

Miró al otro hombre, aquel a quien había mirado como a una figura paterna desde que el suyo falleció en estas interminables guerras. Alcanzándole de nuevo, le pegó un fuerte puñetazo, disfrutando del chasquido del hueso cuando rompió la nariz del traidor. Su puño quedó manchado de sangre. “Elijo a mi familia. Ahora, vayamos a por Hassad. Va a lamentarlo *todo*.”

Quizá no hubiera sido la elección de su padre, intentar salvar su familia, pero ellos eran los que le importaban y, maldita sea, no les iba a perder ahora. Tirando de su móvil, llamó a sus primos, a ambos, y ladró una rápida serie de órdenes. Iban a llevar la pelea a Lebanon y a terminar con esta guerra y esta agitación de una vez y para siempre.

Él atravesó repentinamente y con facilidad las puertas del palacio de Hassad. Sus hombres y sus primos se enfrentaban al ejército, incluso tenían con ellos a las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Se sentía como un vaquero de las viejas películas del Oeste que eran las favoritas de su padre. Había guardas cargando contra él, pero sacar su nueve milímetros y disparar contra los lacayos era un trabajo rápido. Corriendo por las escaleras del palacio, buscó la habitación más vigilada y la encontró rápidamente. Había diez hombres rodeándola.

Se escondió detrás de una columna y lanzó una granada, contando hasta diez hasta que estalló, esparciendo a la guardia por todas partes. Dvar pasó por encima de los trozos de cuerpos y atravesó la puerta. Le dieron ganas de vomitar al ver a Amy, pálida y demacrada, desmayada en la cama. Respiraba, pero de forma ligera e irregular. Rondándola estaba Hassad, con su barba enredada y un puro apretado entre los dientes.

“Bien, bien, Dvar, eres un tonto. Creí que nos reuniríamos por la vía diplomática y cederías a mis demandas. A tu alrededor, tus hombres están muriendo y tus primos están arriesgándose. ¿Crees que puedes llevarte a tu reina de vuelta? Lleva aquí dos días y no la he dado nada de comer, ni siquiera agua. ¿Crees que tu mocoso todavía está vivo?”

“Déjala ir, Hassad. Desátala y te llevaré a juicio.”

“No lo creo,” dijo Hassad, su mano derecha acercándose lentamente a la pistola que llevaba en la cadera.”

Dvar desenfundó primero, dejando que su nueve milímetros se oyera con un disparo resonante que hizo eco en el dormitorio. El agujero fue extrañamente limpio, atravesando el torso del general, un lío sanguinolento que ya manchaba su blanca túnica y su pecho. Empezó a manar sangre a borbotones y cayó de rodillas.

Dvar corrió hacia la cama y se detuvo el tiempo suficiente solo para golpear al general rápidamente en las costillas, para acelerar su viaje al infierno. Fue más que satisfactorio verle caer al suelo y no moverse nunca más. Llegando hasta ella, acarició su amado rostro.

“Amy, por favor, estoy aquí.”

Ella parpadeó mirando hacia él y habló jadeando puesto que respiraba con mucha dificultad. “El bebé, no lo siento moverse... estoy tan asustada.”

Él asintió y la besó. No te preocupes, amor, ahora estáis a salvo. Te lo prometo.”

Y eso fue todo lo que tuvo tiempo de decirle antes de que ella se volviera a desmayar y él se pusiera a buscar la llave.

Cuando se despertó, estaba gritando.

El dolor de los últimos días había sido demasiado. Amy se sentó rígidamente, feliz de que la visión de su marido rescatándola no hubiera sido solo una alucinación. Miró hacia abajo y su mirada se detuvo en su vientre plano.

¿Qué demonios?

Aterrorizada, tocó su abdomen y se estremeció. No sintió nada. Estaba liso y mucho más pequeño de lo que recordaba. No podía sentir a su bebé dando patadas o moviéndose dentro de ella. ¿Habían muerto? ¿Qué estaba pasando, por el amor de Dios?

Se puso de pie, sintiéndose mareada, pero insistió, a pesar de que el vértigo la asaltó. En cuanto llegó a la entrada de su dormitorio, tanto Dvar como Phedre corrieron hacia ella. Ambos la sujetaron por debajo de los brazos y la sostuvieron erguida.

“¿Dónde está el bebé? ¿Ha muerto?”

Phedre se rio, “No, está bien. Estaba tan enferma que una vez que volvió al palacio, el doctor Rashid la anestesió y le hizo una cesárea de emergencia. Has estado desmayada unos días desde entonces, pero el bebé está en una sala especial en la incubadora. Sus pulmones están bien, pero necesita descanso y alimento.”

“¿Hubo...? ¿El coma le produjo daños?” preguntó ella.

Phedre la dejó completamente en manos de Dvar y ella se relajó en el abrazo de su marido. “Creo que necesitas ver este milagro por ti misma, mi jequesa.”

Ella miró a Dvar, a esos ojos de jade que parecían gobernar el mundo entero y su corazón. “¿Está bien el bebé?”

“Nuestro hijo, Hamza, está bien. Nuestro pequeño león es fuerte. No cayó en coma, y solo necesita unos pocos días más como cualquier bebé prematuro, pero está bien, fuerte como su madre.”

Las lágrimas llenaron sus ojos y besó a Dvar, disfrutando su sabor y el almizcle que era en parte suyo y en parte de su exclusiva colonia. Se le había hecho eterno estar prisionera del general, aunque habían sido solo unos pocos y aterradoros días. Ahora estaba a salvo y estaban juntos.

Todo lo demás era pequeño e insignificante.

Se tenían el uno al otro.

Hablando del bebé, cuando entraron en el nido, ella rompió a llorar libremente, contenta de ver a su pequeño y precioso hijo, de su oscuro pelo grueso. Llegando hasta él, le acarició a través de las ventanas de la incubadora mientras se apoyaba en su marido. “Es perfecto.”

“Lo es.”

“Y le quiero.”

Dvar suspiró y la besó. Era un beso que prometía mucho más para esa noche, muchas más cosas que la harían arquear los dedos y la dejarían sin aliento. “Y yo os amo a ambos, mi jequesa. Bienvenida a casa.”

Para suscribirse a nuestro boletín y permanecer actualizado sobre nuevos libros exclusivos en estas colecciones,

[HAGA CLICK AQUI](#)

Nota de las autoras para todos nuestros seguidores/lectores:

¡Muchas gracias por leernos!

Si has disfrutado el libro, por favor, deja un comentario positivo.

¡Estamos preparando más historias de jeques! ¡Inscríbete en el boletín de nuestros seguidores para estar a la última!

¡Muchas gracias!

-Ella and Jessica Brooke

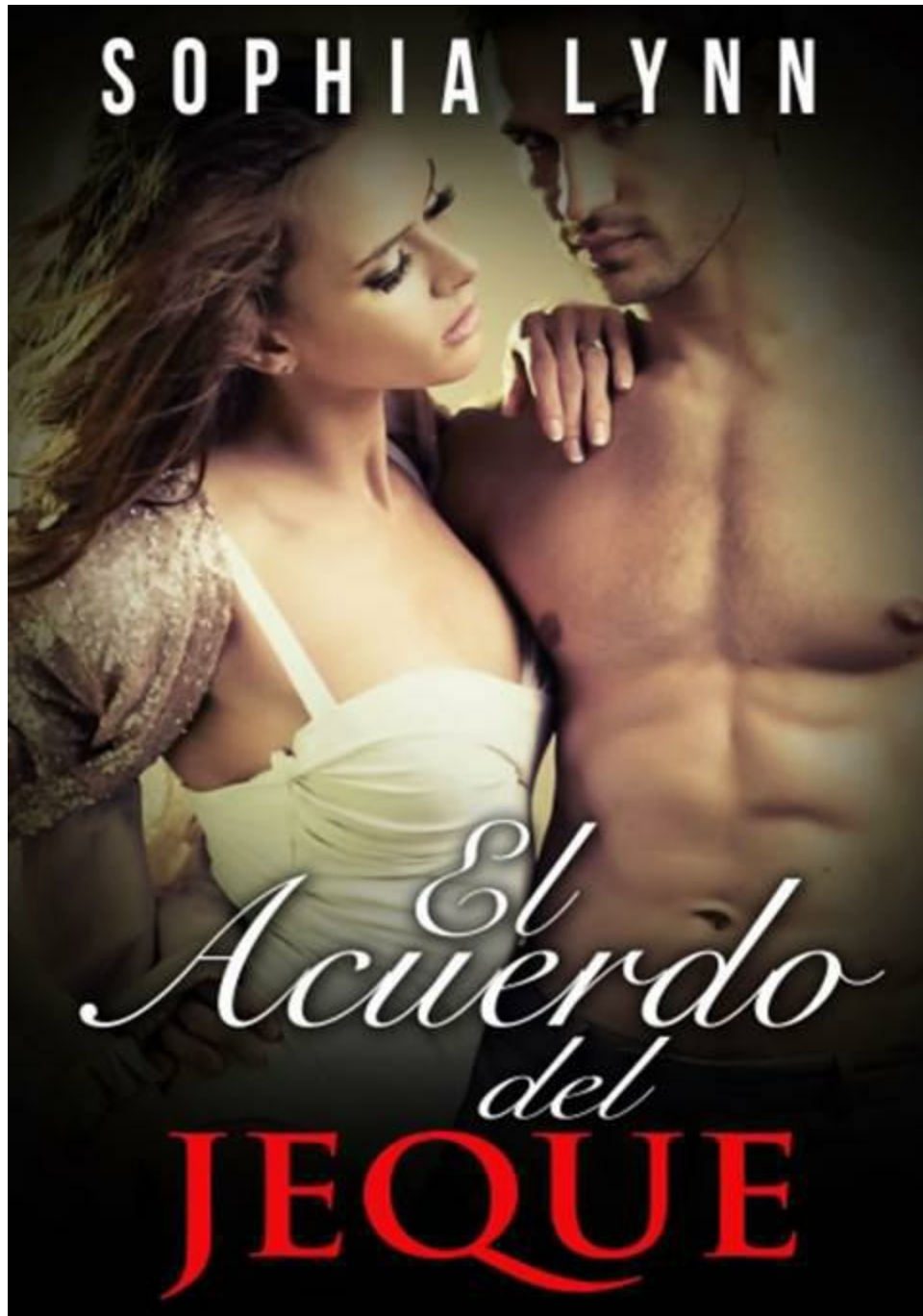
¡HABLANOS! ¡QUEREMOS SABER DE NUESTROS FANS!

Correo electrónico jessicabrooke34@gmail.com

¡Síguenos en Facebook! **[HAZ CLICK AQUI](#)**

OTRA HISTORIA QUE DISFRUTARÁS
El Acuerdo del Jeque

Por: Sophia Lynn



¡Muestra gratis a continuación!

El Acuerdo del Jeque

Por: Sophia Lynn

**Todos los derechos reservados.
Copyright 2015-2016 Sophia Lynn**

CAPÍTULO UNO

Hace seis meses, Chicago

Era un día frío y ventoso en el centro de Chicago, y Meghan Peluso empezaba a darse cuenta de necesitaba un cambio inmediato. No tenía sentido. Lo estaba haciendo todo bien. Había accedido a una de las más prestigiosas escuelas de derecho del país, estaba como becaria en uno de los bufetes más reconocidos de Chicago durante el verano, y destacaba en sus estudios.

—Entonces, ¿qué sucedía?

Puso la pesada caja de archivos encima del radiador frío, mientras miraba por la ventana. Llevaba a Chicago en su sangre, de muchas maneras. Sus padres habían nacido allí. Ella y sus hermanos habían crecido allí. Era tan parte de ella como su pelo negro liso o sus ojos azul claro.

Sin embargo, todavía sentía que le faltaba algo. Había algo dentro de ella que ansiaba algo más.

Por primera vez en años, pensó en su abuela. Angela Peluso había llegado a Chicago como una chica joven de Palermo. Había sido una feminista, era independiente y salvaje, mucho antes de que incluso existieran palabras para ese tipo de comportamiento. Había sido algo así como una vergüenza para el puritano padre de Meghan, pero hasta su muerte cuando Meghan tenía doce años, ella había sido una de las personas que más había influido en su vida.

—Recuerda esto, mi amor —había dicho en más de una ocasión. —Haz como tengas intención de seguir. Si no tienes intención de seguir así, no deberías seguir así.

En ese momento no tenía sentido, pero sólo tenía doce años; una edad en la que todos sus problemas podían resolverse acudiendo a sus padres, a un profesor, o aprendiendo algo nuevo.

—¡Eh! Peluso, deja de soñar despierta. Vuelve al trabajo.

Meghan salió de sus sueños, mirando al enjuto y sarcástico rostro de Sam Armitage. Era un socio de la empresa y se ruborizó al ser sorprendida por alguien de su importancia.

—Lo siento señor. Estaba dejando esto encima un momento.

Él meneó la cabeza. —En mi día, los becarios estaban hechos de otra pasta. Te voy a decir una cosa, cariño, si es es mucha molestia para ti, ¿por qué no dejas que Paul o Michael lo hagan?

Ella se puso rígida. —Estoy segura de que puedo hacer esto, señor —dijo fríamente. Ella sabía que era una tontería hablarle a un socio mayoritario de esa forma. Armitage sólo se rió, acariciando su hombro de un modo un poco más sociable de lo que a ella le habría gustado, antes de irse.

Había casi llegado a los archivos cuando Paul Gilhooly asomó su cabeza hacia fuera en el pasillo y le hizo una señal. —Ven aquí, tienes que ver esto.

Cautelosa pero curiosa, caminó, dejando los archivos junto a la puerta.

Paul y Michael, los otros dos becarios estaban de pie junto a la puerta mientras Niall Calderson, el dueño de la empresa, hablaba acaloradamente por teléfono.

—¿Qué está sucediendo? —susurró a Paul.

—Calderson está machacando a alguien, —dijo Paul con una alegría apenas contenida.

—Ha pensado que nos daría la oportunidad de ver cómo lo hacen los profesionales.

Y había llamado a Michael y a Paul pero no a mí —pensó Meghan. Se quedó pasmada. Se cruzó de brazos y escuchó como Calderson cada vez gritaba más fuerte.

—Vale, eso tiene gracia, mucha gracia, McPherson. Esto es lo que hay, el resto no vivimos en un mundo de fantasía, ¿de acuerdo? Vivimos en el mundo real, y eso es algo que tienes que afrontar, amigo mío.

Calderson era un hombre grande, de más de uno noventa y todo músculo. Ahora, había una avaricia depredadora en su cara que a Meghan le daba náuseas. Se dio cuenta de que el McPherson que estaba al otro lado del teléfono debía ser Glen McPherson, el jefe de Homes for Holidays. Homes for Holidays compraba casas, las arreglaba y alojaba a familias necesitadas en ellas. Las cosas no les habían ido demasiado bien desde hacia un año más o menos.

—Vale, vale... bueno, vamos a ponerlo así, McPherson. No hay ninguna maldita razón en el mundo para que esas propiedades sean entregadas para viviendas, ¿vale? Técnicamente, fueron divididas en zonas para eso cuando las compraste, pero, ¿sabes qué? Las cosas cambian. Los tiempos cambian y si no estás al día, pues realmente no hay mucho que pueda hacer por ti, ¿lo hay?

Esto fue seguido con una risa que hizo que Meghan apretara sus puños.

—Oh, vamos.. Si piensas que tú y cualquier abogado que puedas contratar, están dispuestos a ir contra mí, te estas equivocando y lo sabes. Ni siquiera pudieron conseguir los formularios correctos para solucionar tu problema de zonificación...

Calderson rió, sonando satisfecho de sí mismo.

—Bueno, tal vez tuvimos algo que ver con eso. Totalmente legal, por supuesto. Lo mejor para los desarrolladores. Vale. Vale. Puedes creer eso si quieres. Y bueno, la próxima vez que nos veamos, las bebidas corren de mi cuenta, ¿vale?

Terminó la llamada con un broche de oro, girándose hacia Michael y Paul. Pareció un poco sorprendido de ver a Meghan allí de pie, pero la ignoró haciéndoles gestos a sus becarios.

—Y chicos, así es como se hace. Recordarles a donde pertenecen y no dejéis que se olviden.

—Paul sonrió cortésmente, pero Michael sonrió ampliamente, asintiendo con la cabeza como una marioneta.

—Muy directo —dijo.

El momento en el que dijo eso fue como si el cielo se abriera para Meghan.

Haz como tengas intención de seguir, —pensó.

Podía ver lo que pasaría si seguía así. En su larga carrera se iba a encontrar con hombres iguales a Michael y Calderson. Si tenía suerte, acabaría con algunos Paul, que no la aceptarían, pero tampoco dirían nada en su contra. Apretaría los dientes, intentaría hacerlo lo mejor posible y en la mayoría de los casos se encontraría rechazada por tipos como Calderson.

O peor aún, se encontraría a sí misma convirtiéndose en alguien como él.

—Renuncio —dijo repentinamente, con su voz brillante y afilada en la sofocante habitación.

En cuanto dijo esas palabras, pudo sentir como se quitaba un peso enorme de sus hombros. Comenzó a sonreír como si fuera la primera vez en años. Cuando se dio cuenta de que su sonrisa sólo ponía nerviosos a Michael y Paul, sonrió aún más.

Calderson frunció el ceño. —¿Qué piensas que estás haciendo, señorita? — gruñó. —Superaste a más de doscientos aspirantes para estar justo donde estás ahora. ¿Vas a desechar la oportunidad que te hemos dado?

Había una forma diplomática forma de manejar esa situación. Ella sabía que la había. Podía hacerlo, parecer agradecida por permitirle trabajar gratis. Podía evitar quemar puentes, y tal vez si sólo había sido un momento de locura temporal, quizás podría volver.

—No tengo ninguna duda —dijo dulcemente —porque la oportunidad que me ofrecen es una mierda y no quiero decir gracias por ello porque estoy segura de que sería el primer paso para convertirme en alguien como usted.

Se giró hacia Michael y Paul, que estaban mirándola estupefactos. —Me voy de aquí mientras todavía puedo —les dijo. —Os sugiero que hagáis lo mismo si queréis hacer algo bueno en este mundo.

Se giró y se fue, ignorando los archivos que había llevado. Fue más rápido mientras golpeaba las puertas, y cuando llegó a su coche, estaba sonriendo intensamente. Se sentía como si estuviera iluminada por dentro con una especie de resplandor virtuoso.

Subió a su coche, pensando distraídamente en lo mucho que odiaba Chicago en invierno, y en lo lista que estaba para un cambio.

—Voy a hacer el bien en este mundo —susurró— y en algún lugar, ella podía sentir a su abuela asintiendo con la cabeza en aprobación.

CAPÍTULO DOS

Hace seis meses, Dubai

La discoteca era ruidosa y caliente, y estaba repleta de bailarines apretados cadera con cadera y hombro con hombro. Zayed consiguió salir de la multitud, haciéndose camino hacia arriba a la zona de asientos privados que lo dominaba todo. Sonrió a la turista rubia que le regaló su mejor postura a una dulce mirada, mientras se liberaba de una chica que había envuelto su brazo alrededor de su cintura.

—Ponme un agua de lima y un doner kebab, ¿vale?— pidió al camarero— que asintió inmediatamente.

El club era una de las propiedades de su familia, uno de sus favoritos cuando llegó a Dubai. Lo conocían bien allí y sabía que en general, lo que hiciera allí no le llegaría a su familia.

Subió la escalera hasta la habitación privada subiendo los escalones de dos en dos. Después tendría un montón de tiempo para ir a un lugar de verdad a comer y tal vez después a otro club ...

Zayed se detuvo cuando se dio cuenta de que había alguien en la habitación esperándole.

—Entra y cierra la puerta —dijo Kazim.

Kazim parecía tan pálido como la misma muerte. Cualquier protesta que pudiera hacerle a su tío por interrumpir su noche no llegó a salir de los labios de Zayed. Hizo como le dijo, apagando la vida y el ruido del club tan suavemente como un par de tijeras cortaban un lazo. Más tarde, pensaría en ese gesto y se estremecería un poco.

Era fácil decir que los dos hombres estaban emparentados. Ambos eran altos, su pelo era tan negro como el carbón, aunque Kazim tenía un corte de pelo de tipo militar y el de Zayed era un poco largo. Ambos eran justos, aunque la ira o la pasión podían hacer que sus rostros cambiaran de color, y ambos tenían unos ojos verdes sorprendentes que se podían ver de vez en cuando entre las familias reales de los Emiratos Árabes Unidos. Kazim era ligeramente corpulento, y Zayed era esbelto, más como un tirador que como un luchador.

—No puedo pensar que vengas con buenas noticias —dijo Zayed con cautela.

—Tienes razón —dijo Kazim abruptamente. —Tu padre se ha puesto enfermo.

Zayed frunció el ceño. Su madre era la frágil. Su padre era como un acantilado, silencioso y eterno. No podía imaginar un mundo donde su padre hubiera enfermado, o donde no pudiera ejercer su mano de hierro.

—En serio...

—No es ninguna broma, sobrino. Lo ha estado ocultando durante algún tiempo, pero tu madre le ha hecho ceder. Se ha resistido a llevarte a casa durante bastante tiempo, pero ahora tienes que venir y ocupar su lugar en la familia.

Zayed tomo aire y lo soltó, respirando profundamente. El club, su costoso apartamento en Dubai, no es que no fueran muy atractivos para él, pero aquí había algo más profundo. Toda su vida iba a cambiar, y iba a hacerlo de una manera que era casi demasiado grande para imaginarlo.

—Es hora de dejar todo esto atrás— dijo Kazim sin rodeos. —Todo cambia, y esto está sucediendo ahora.

—Bien —dijo. —De acuerdo. Vamos.

Caminando por el club, ya le parecía muy lejano. Esta era la vida de un hombre que él ya no podía ser, y se sorprendió un poco al darse cuenta de que no la iba a echar de menos. Él podría echar de menos la libertad de hacer lo que deseara, ir y venir como quisiera, pero ahora su familia dependía de él, sus seres queridos contaban con él.

—¿Crees que estoy listo, tío?— preguntó a Kazim en el coche.

Kazim se reclinó contra el asiento de cuero mientras el conductor ponía en marcha el motor. Miró a su sobrino con ojos brillantes y afilados. Zayed sabía que fuera lo que fuera lo que le dijera su tío, sería la verdad sin rodeos, nada más y nada menos.

—Veo a un hombre que está dispuesto a asumir las preocupaciones de su familia— dijo su tío finalmente. —Sin embargo, también veo a un hombre sin raíces. Un hombre que sólo ha vivido para sí mismo hasta ahora, y que ahora debe vivir para la familia que le dio la vida y su lugar. Todavía no veo a un hombre que vaya a proteger el futuro de la familia, el que creará él mismo. Ese hombre todavía no existe.

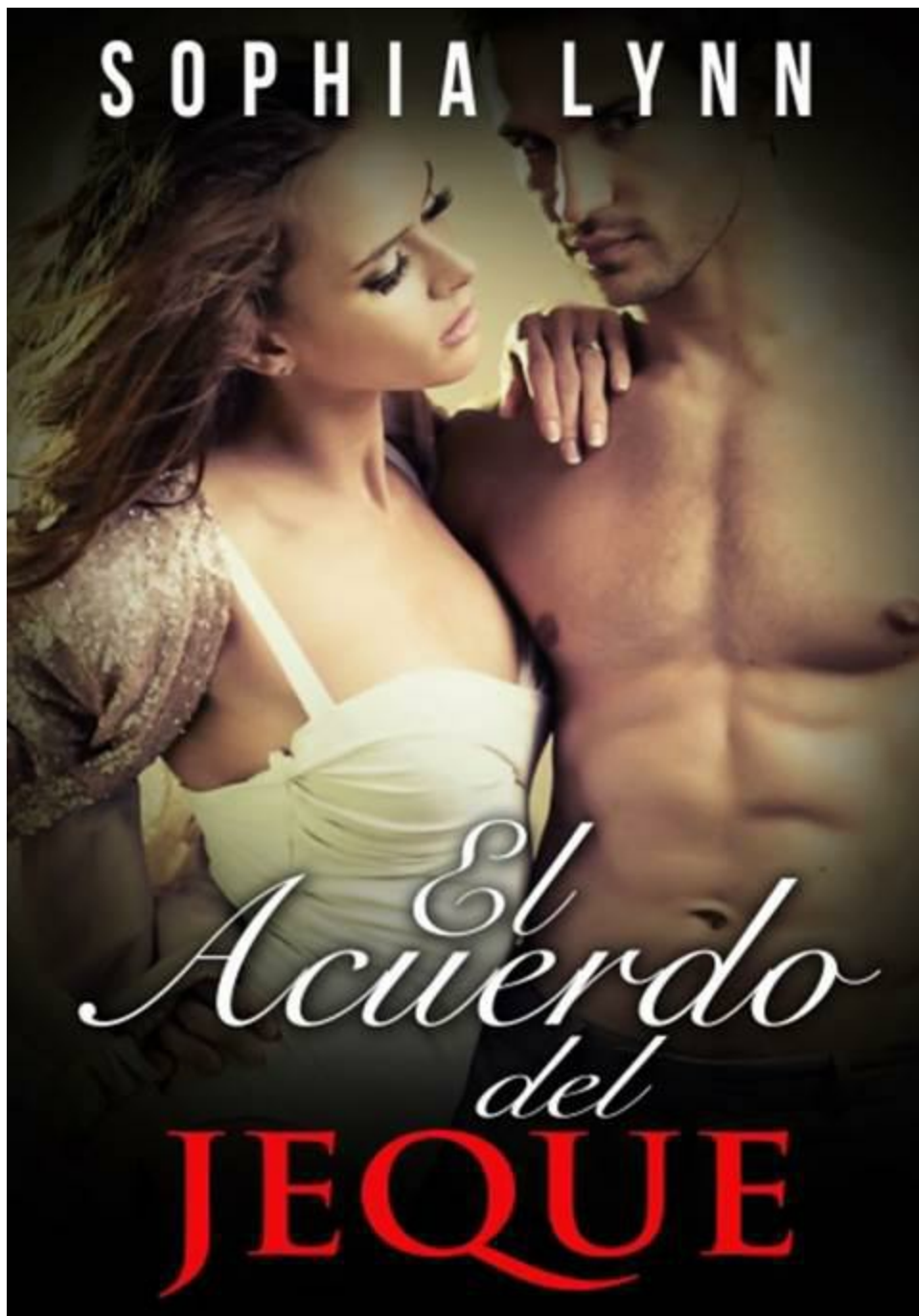
Zayed simplemente asintió con la cabeza, pero su tío lo agarró firmemente por el hombro.

—Creo que ese hombre existirá en el futuro— dijo. —Estoy deseando conocerlo.

Las luces de la ciudad se reflejaban en los cristales tintados del coche al irse. Zayed podía sentir que el mundo estaba cambiando para él. Le daba la bienvenida.

Estaba preparado.

SOPHIA LYNN



[HAGA CLIC AQUÍ PARA LEER EL RESTO GRATIS CON KU!](#)

[\[1\]](#) N del T: Lebano, al igual que Jardania, son naciones ficticias cuyos nombres recuerdan a los países reales, pero esta novela no refleja acontecimientos históricos ni actuales.

[\[2\]](#) N. de la T.: Flash es un superhéroe ficticio que aparece en cómics estadounidenses publicados por DC Comics. Posee súper-velocidad, lo que le hace correr y moverse extremadamente rápido.

[\[3\]](#) N. de la T. : Boston Market y Purdue son dos restaurantes conocidos en Estados Unidos, pertenecientes a cadenas de restauración.

[\[4\]](#) N. de la T: Sherezade es la protagonista y narradora de las historias *Las Mil y Una Noches*, que intrigan al sultán y la ayudan a sobrevivir noche tras noche a la costumbre del sultán de decapitar a sus esposas tras la noche de bodas.

[\[5\]](#) N. de la T.: Se refiere a Brigadoon, que es el pueblo que aparece en la película del mismo nombre en la que dos viajeros encuentran ese pueblo, cuya peculiaridad es que aparece un solo día cada cien años.